

MEMORIAS DE UN ESPÍRITU

¡TE PERDONO!

012782
Casa editorial de Carbonell y Esteva

MEMORIAS DE UN ESPÍRITU

¡TE PERDONO!

Comunicaciones obtenidas
por el médium parlante del Centro Espiritista
«La Buena Nueva» de la ex-villa de Gracia
copiadas y anotadas

POR

Amalia Domingo Soler



TOMO QUINTO



BARCELONA

Imprenta y Librería de Carbonell y Esteva
Rambla de Cataluña, 118

1904



LXII

ANTES de salir de la casa de mi hermano para ir al nuevo Convento, durante toda la mañana apenas tuve tiempo de ponerme el traje que me habían hecho expreso, el lujoso hábito que me regaló mi protector, con el cual hablé largamente, oyendo de sus labios frases tan dulces, tan cariñosas, tan consoladoras, que el padre más amoroso no las hubiera pronunciado más tiernas.—Vístete, me decía, vístete pronto, para colocar en tu pecho la cruz roja sobre pétalo blanco, concedida por el Rey como distintivo de tu alta gerarquía religiosa.

»Tan agradable coloquio lo interrumpió Benjamín, que al enterarse que yo me iba á encerrar se puso hecho una furia, me amenazó con hacer los mayores desatinos, comenzando por hacerme salir de mi clausura pegando fuego al Convento; le dejé

hablar para que su cólera perdiera una parte de su fuerza y le dije después:

»—Déjame seguir los impulsos de mi voluntad, que más sabe el loco en su casa, que el cuerdo en la agena; hazte cargo que no me encierro, y que no encerrándome, la calumnia clava en mí sus garras, y calumniándome cae la deshonra como lluvia de fuego sobre mi familia, á esto ¿qué dices?

»—Que tienes razón, yo te creo un angel; pero ¡ay! que también eres mujer, ¡te has enamorado!... ¿por qué lo has hecho tan tarde?

»—¿Yo enamorada?...

»—Tú lo has dicho.

»—Tú deliras.

»—No deliro, lo que no han dicho tus labios, lo han declarado tus ojos.

»Debí sonrojarme, y Benjamín conociendo que había ido demasiado lejos, cogió mi diestra y besándola con el mayor respeto murmuró ¡eres una santa!

»Me avisaron en aquel momento que la nueva Comunidad me aguardaba, y me alegré mucho para cortar una conversación que se iba haciendo enojosa. Pasé al gran salón y encontré á 150 esqueletos, que no otra cosa parecían aquellas pobres mujeres revestidas con diversos hábitos, y cubiertas con largos velos. Mi Comunidad solo podía

constar de cincuenta monjas, ¿qué harían las demás? Mirándolas con inmensa compasión las dije:—Hermanas mías, solo una tercera parte del grupo que formáis puedo recibir en mi Convento, no seré yo la que os escoja, sed vosotras las que me busquéis; y me senté esperando la iniciativa de ellas.

»Hubo un momento de pausa, todas se miraron á través de sus velos, pero ninguna se movió. ¿Qué esperáis? las dije, ¿por qué no hacéis uso de la libertad que os concedo? Mirad al cielo, levantáos esos velos y no bajéis los ojos, estáis en mi casa, haceos cargo que no sois religiosas y que yo soy vuestra mejor amiga; á pesar de mis palabras ninguna se movió; y llegué á impacientarme hasta el punto que me levanté diciendo:—Creo que voy á prescindir de vosotras. ¿No me queréis? ¿qué os han ordenado? parecéis estatuas, mejor dicho, esqueletos; ¿y así servís á Dios?... os lo repito, yo no os escogeré; entonces una jovencita dijo: ¡Madre! y al querer andar cayó desmayada, corrí hacia ella y la dije: Tú serás la primera entre todas, á tí confiaré mis penas y mis alegrías; tras de ella, otras muchas dijeron ¡Madre! en tanto que á la joven desmayada, mirándola fijamente, le decía yo en voz baja:—¡Toma vida, alienta

y despierta, infeliz! la desmayada, le daré este nombre, me dijo con dulzura:

»—¡Qué bueno sería morir!

»—Aún no; eres joven; vive, que vida tienes; la joven se coloreó y me miró con infinita ternura; ¡cuánto decían sus ojos! después, obedeciendo á mi mudo mandato se colocó entre sus compañeras, las que se habían adelantado, en tanto que las rehacias situadas en segundo término, parecían sombras por su inmovilidad. Las que se habían adelantado se fueron animando y dieron algunos pasos hacia mí, á las otras les pregunté de nuevo si alguna quería venir para completar el número; el pelotón de sombras se movió y muchas lloraron amargamente. ¿Por qué lloráis? las dije, comprendo que sois víctimas de la religión, yo os prometo poblar á España de Conventos para albergar en ellos á todas las religiosas que sufren; tenéis miedo, ¡infelices! ¡pobres mártires! yo haré que para vosotras también brille el sol de la libertad y del amor.

»Se completó el número de mi Comunidad, y las sobrantes se marcharon mudas y silenciosas aunque la mayoría de ellas iban llorosas, ¡pobres mujeres! no se atrevían ni á demostrar su sentimiento; la religión que hace autómatas no es religión.

»Cuando me quedé sola con mi Comunidad las dije:—En mí tendréis una madre que quiere en torno suyo almas que vuelen, no que se sepulten en vida. Yo adoro á Dios de distinta manera que la generalidad, por eso algunos creen que me inspira el Diablo. Al decir esto, todas se conmovieron, y yo repliqué: ¿Creéis que me domina el Diablo?—No, madre, contestó la *desmayada*, con vos iré al cielo, si lo hay, y si no, al lugar donde reposen las almas, hay en vos algo misterioso que os libra de todo mal; las demás movieron la cabeza en señal de aprobación.

»Bien, hijas mías; no quiero que bajéis los ojos, quiero que miréis al cielo, todas me miraron y parecían espíritus que despertaban de un penoso letargo; les pregunté sus nombres, del siglo y de la clausura, las hice sentar, y las obsequié con abundantes manjares, diciendo en resumen:— ¡Hijas mías! ahora sois libres y adoraréis á Dios, en espíritu y en verdad; quiero que seáis mis hijas, que tengáis mútua franqueza, no quiero hipocresías ni odios encubiertos, quiero paz y amor.

»—¡Ay! ¡madre! ¡cuánto os amo! dijo la *desmayada*.

»—Bueno, pues ese amor, no quiero que sea para mí sola, quiero que ames á

tus compañeras, quiero que forméis una familia.

»Efecto de los buenos alimentos que tomaron y del aliento de mis palabras, como por encanto se abrieron aquellas bocas y hablaron... ¡cuánto hablaron! se iniciaron las mútuas confidencias y salieron á relucir horrores, contaron lo inexplicable de tormentos, castigos y ayunos insoportables, ¡infelices! ¡cuántos asesinatos se han cometido en nombre de la religión!

»Se organizó por fin el cortejo que era lucidísimo porque iba en él la representación de la iglesia, del Estado, del ejército, del pueblo, de la nobleza, de todas las clases sociales; las calles y los campos eran insuficientes para contener á la población en masa que se agolpaba para vernos pasar. Yo al ver los campos murmuré con tristeza: ¡Ya no os contemplaré!... la *desmayada* que iba á mi derecha me decía: —¡Qué hermosa sois! vuestro rostro, y vuestro hábito todo es luz.—No, decía otra monja jovencita que iba á mi izquierda, no es luz, es incienso, una nube la envuelve, pero este incienso huele mejor, mucho mejor que el que se usa en las iglesias, pero... ¿estáis triste?

»—Triste, no; pero pienso si seré buena madre para vosotras.

»—Lo seréis, y lo seréis inmejorable.

»Hay momentos en la vida humana que no se pueden describir: los obreros me saludaban y me presentaban sus hijos para que recibieran mi bendición; los niños me tiraban besos y flores, y la Comunidad que me rodeaba se quedó asombrada ante aquel homenaje de un pueblo agradecido.

»Llegamos á la puerta del templo, y allí las autoridades religiosas cumplieron su cometido, llovieron bendiciones, y se rociaron los muros con agua bendita, y las campanas las echaron á vuelo y hubo un momento que todo dijo ¡Gloria! ¡Gloria á Dios en las alturas! Yo me conmoví extraordinariamente, no sabía lo qué me pasaba, todo era vida en torno mío y sin embargo, ¡llevaba el desconsuelo en mi corazón! Entramos en el templo y cada uno ocupó su lugar; comenzó la función religiosa y en su promedio subió á la Cátedra del Espíritu Santo el orador sagrado, mi amigo el sacerdote, que no iba pobremente vestido como de costumbre, no; llevaba una vestidura digna de su elevado cargo, pero sin lujo desmedido, lo más sencillo que permitía su rango, ¡qué hermoso me pareció! estaba muy serio, muy grave, ¡pero qué interesante! habló admirablemente sobre las religiones y las fundaciones religiosas, y muy

especialmenté de la vida claustral de las mujeres, y en un momento de entusiasmo dijo:—Entre nosotros está, la religiosa, la madre, la hermana, que no por sus votos religiosos, sino por la elevación de su alma, es digna de ser respetada y atendida y admirada de propios y extraños. Yo no la ensalzaré, yo no la elevaré, porque los que por sí mismo se elevan, no necesitan encomiásticos elogios, las flores que tienen perfume, no necesitan que la ciencia se los dé. Aquí está esa mujer que todo lo llena con su aliento y su fuerza. Habló admirablemente sobre los atropellos cometidos conmigo y dijo:—Y esta mujer que tiene alma de gigante y entereza de héroe y energías inquebrantables para luchar y vencer en el palenque de la vida, ¿se ha de encerrar aquí? ¿aquí morirán sus iniciativas de darles pan al obrero y tranquilidad al pueblo? ¡Señor! vos que representáis al Santísimo Padre en la Tierra ¿permitiréis que esta mujer se encierre aquí? si el Rey quiere que su pueblo tenga pan, dejemos á esta mujer en completa libertad para hacer el bien. Yo lo pido de rodillas que esta mujer tenga poder para fundar nuevas Comunidades y organizar ejércitos de obreros que vivan tranquilos y felices. Se dirigió después á la nobleza recomendándole el

amor del cristianismo, diciendo: Nobles, si ayer decíais: cuanto miro todo es mío, decid hoy, cuanto miro todo es del pueblo, yo administro sus bienes; y al dirigirse al pueblo cuánto se suavizó su voz hablando sobre el amor divino; comentó el Decálogo de un modo elocuentísimo, anunciando días de gloria y de abundancia para el pueblo que, trabajando honradamente, tendría pan para hoy y ahorros para el porvenir.

»Para todos tuvo una esperanza y un consuelo, ¡qué bien habló!... cuando terminó todos le felicitaron calurosamente, yo estaba extática; junto al orador estaba mi antiguo confesor que con sus miradas me decía ¡qué bien has preparado el terreno! sus miradas fueron una provocación continua. Después entramos en el Convento y nos detuvimos en la Sala Capitular, donde pensaban los convidados encontrar las mesas preparadas para tomar dulces y licores, mas yo aprovechando lo bonancible de la estación, que era un espléndido día de primavera, dispuse que en el patio mayor del Convento, que era muy anchuroso, allí, bajo un toldo de follaje, comiéramos fraternalmente sin etiquetas enojosas. Dejé á la Comunidad libre para que repartiera las celdas á su gusto, y yo me reuní con los convidados, que estaban muy contentos

del comedor; de los manjares y de la sencillez y franqueza que reinó entre todos; me dieron muchos plácemes de los que en justicia hice que participara el arquitecto director de las obras, y al terminar el banquete, no parecía que estuviesen allí reunidos los hombres más orgullosos de la nación española, todos hablaban familiarmente olvidando las miserias humanas.

»El Delegado del Papa me llamó aparte y me dió su bendición en nombre de Dios y de su Iglesia, diciéndome: Tenéis absoluta libertad para salir y entrar; nombrad una segunda Superiora para que os reemplazca y para que sin temor alguno podáis continuar vuestros valiosos trabajos.

»—Gracias, Señor, yo os prometo que no me encerraré para ser el consuelo de los afligidos; me arrodillé, y en aquel momento llegó mi antiguo confesor y me dijo:—Os felicito, sí, os felicito porque habéis llegado donde yo no creía; vuestra obra tiene sus defectos, pero vamos, valéis mucho.

»La mirada de mi confesor revelaba el odio más profundo, contenido á viva fuerza por la presencia de sus superiores, y muy especialmente, por la de mi protector, que en cuanto le veía cerca de mí, se acercaba resueltamente y le miraba como él sabía mirar, y á mí me hablaba cariñosamente.

En aquella ocasión hizo lo mismo, se acercó á mí y me dijo: ¡Qué bien luce en tu pecho la roja cruz!... ¡y qué digno es tu pecho de llevarla! Yo, en honor de la verdad, estaba aturdida entre tantos plácemes, pero me faltaba el principal, el de mi amigo, el sacerdote: éste, nada me había dicho particularmente y había desaparecido ¿dónde estaría? Todos se fueron marchando y en la Sala Capitular quedamos los más íntimos. Todos á una me dijeron:—Conviene que no os encerréis, hacéis falta en el mundo, dijo el Delegado del Papa, y os lo mando que no os quedéis aquí. ¿Por qué queréis encerraros? ¿qué teméis?

»—Nada, Padre, nada temo y os obedeceré.

»—Ahora no mando, ahora ruego.

»—¿Y acaso vuestro ruego no es un mandato para mí? sí, os obedeceré y beberé hasta el último sorbo del vaso más amargo.

»—Pero, ¿qué vaso es ese? dijo mi protector; yo le miré fijamente y él me comprendió al vuelo, me hizo una seña imperceptible, como si me dijera sigue mi rumbo, y añadió dirigiéndose al Delegado del Papa, como el que le confía un secreto: Es que ella ha recibido desengaños de familia, su hermano mayor la ha herido en lo más

hondo. Yo aproveché la ingeniosa mentira y repliqué:

»—Vivo muy mal con mi hermano, porque tiene hijos y no los legitima casándose con la madre de aquellos inocentes.

»—Se casará, dijo el Delegado del Papa, perded cuidado, yo me encargaré de ese asunto. En aquel momento llegó mi hermano diciéndome:—¿Por fin te quedas aquí?

»—No; me voy contigo; espera un poco que hemos de nombrar á la segunda Superiora. Llamé á la *desmayada* y ésta acudió presurosa, la que al darle posesión de su nuevo cargo se desmayó de nuevo diciéndome al despertar:—Madre, estoy hastiada de la vida, y quisiera morir.

»—No, hija, no; no eres tú la única que está hastiada de la vida, hay que vivir, y hay que progresar.

Salimos del Convento y Benjamín iba junto á mí, muy contento y muy alborozado contándome sus amores y su próximo casamiento y hablando ya de la venida de su primer hijo del cual me nombraba madrina. ¡Cómo volaba su imaginación...! Me alegré de sus planes, porque éstos le alejaban de su manía suicida ¡tenía tanto miedo de que se matara! ¡llevaba en sus ojos una historia terrible!

«A pesar de la charla de mi hermano, yo no dejaba de mirar á todas partes buscando á mi amigo el sacerdote; no le veía por ningún lado ¡ingrato! ¿de qué me sirven tantos honores si él me ha desdeñado? Estoy loca, Señor, estoy loca, él ha hecho lo que debía hacer; pero... en esto ví que nos seguía recatándose de ser visto, se adelantó, retrocedió, volvió á avanzar y lo vió mi protector, que con rápido ademán lo cogió del brazo diciéndole jovialmente:— ¿Dónde váis?—No sé, creo que me he perdido; mi protector se rió como un padre cariñoso y le hizo entrar en mi casa; yo entonces corrí á mi estancia y mi corazón latía tan violentamente que me ahogaba: sentía alegría y tenía vergüenza, temía y esperaba, ¿qué sentía? no lo sé; me despojé de mi traje de ceremonia, y nunca he cometido más torpezas para vestirme. Marta me ayudaba y la pobre mujer me miraba sin saber qué pasaba por mí. Nos reunimos después á la mesa y yo no pude hablar; en cambio mi amigo habló largamente sobre las luchas y las batallas de la vida, habló sobre el torcedor de la conciencia, sobre los remordimientos, que son el cáncer que roe nuestras entrañas, y mi hermano se impacientó y dijo muy agriamente, que es muy cómodo hablar de la

conciencia ajena, y que los sacerdotes también sabía él que tenían historia. Mi protector trató de mediar en aquel debate, aconsejando de paso á mi hermano la reparación de sus faltas, aconsejándole como un padre cariñoso la rehabilitación de sus hijos que la nobleza debe tener asiento en el corazón, no en los pergaminos, y que los hijos sin nombre eran el odio y la vergüenza en acción.

»Mi hermano llegó á conmoverse, porque mi protector le hirió á fondo, empleando la súplica más humilde, y al conocer que le vencían, se volvió á mí, y me dijo entre triste y enojado:—Tú tienes la culpa de todo.

»—Yo no, porque nada sabía, la culpa la tiene éste, y señalé al sacerdote, que al verse aludido demostró su contrariedad, y mi protector interesado ya en el asunto dijo impaciente:

»—¿Pero qué hay aquí? ¿qué misterios y qué culpas son esas?

»—Es que este señor se duerme, dijo mi hermano.

»—¿Que se duerme?

»—Sí, señor, que se duerme, y si no fuera quien es, le hubiera creído un miserable impostor, es decir, impostor no, pero que yo á nadie le he concedido derechos

para meterse en las interioridades de mi vida, y hubiera pagado caro su entrometimiento, pero al saber quien es, doblo la cabeza y no sé qué pasa aquí.

»—Yo tampoco lo sé, dijo el sacerdote, pero diré lo que me acontece: cuando estoy delante de esta mujer, no sé lo que me pasa, junto á ella recuerdo hechos históricos, exploraciones de los sabios, combates sangrientos, luchas académicas, destrucción de ídolos, martirios, persecuciones, victorias, ¡qué se yo! y pensando en todos los acontecimientos que han dado nombre á los siglos, me quedo dormido y no sé más; dicen que hablo pero á mí no me queda el menor recuerdo de lo que hablo dormido:

»—Pues yo quisiera verle dormido, dijo mi protector.

»—No; no; ese sueño me contraría y me humilla.

»—Yo no veo tal humillación, lo que veo, que tanto tú, como ella, sois para mi unos ingratos, cuanto sois, á mí me lo debéis, y una gracia que os pido me la negáis.

»—Mis hermanos, viendo el sesgo que tomaba la cuestión se retiraron discretamente, y al quedarnos solos los tres, pasamos á mi estancia, nos sentamos y mi protector insistió nuevamente en su demanda

diciendo:—Si me queréis, dadme una prueba de vuestros trabajos, para engrandecer mis estudios.

»—Miré al sacerdote y éste se durmió instantáneamente.

»—Bien, ¿y qué hacéis después? preguntó mi protector con impaciencia.

»—El habla.

»—Pues que hable, que yo quiero estudiar en sus palabras, que hable, que ante mí se abre un nuevo libro y quiero aprender lo que hasta hoy he ignorado; dile que hable que nadie le escuchará con más atención que yo.»





LXIII

EL deseo de mi protector de oír hablar al sacerdote me llenaba de satisfacción, tanto, que él reparó en la alegría que debía iluminar mi semblante, y me dijo con cierta impaciencia:

»—Parece que estás muy contenta.

»—Sí que lo estoy; ¿por qué negarlo? y miré al sacerdote con el mayor cariño, porque en verdad estaba muy interesante.

»—Lo que veo me sorprende mucho, esta cuestión es muy extraña, aquí hay algo muy importante, esto es muy serio, muy grave, se desarrollan fuerzas para mí desconocidas; y mirando al sacerdote le preguntó.

»—¿Dormís?

»—No; no duermo, porque la inteligencia no duerme.

»—¿Pero el cuerpo duerme?

»—No duerme, está aletargado, en tanto que mi inteligencia brilla porque está libre.

»—¿Cómo? ¿es posible que el alma se desprenda del cuerpo?

»—Sí, la prueba la tienes en mí; soy la inteligencia que irradía, que brilla porque trabaja, descubriendo y arrancando los reconditos arcanos de la naturaleza.

»—Pues si tanto alcanza vuestra inteligencia, yo que creo que sois incapaz de engañarme, decidme algo que yo no pueda comprender.

»—¿Crees que al dormirme puedo decirte la verdad? pues escucha, que quiero serte útil, sintiendo no serlo para todos. ¡Cuánto se lucha para bien poca cosa! llevas muchos siglos luchando, la vida del alma es infinita, el alma forma su hogar como las aves su nido, lo trabaja, lo embellece, lo perfecciona, allí crea la *miel* y la *hiel*, y allí batalla sin darse jamás por vencida. Tú has sido hombre de gobierno, déspota de ayer, hoy escuchas los campanillazos del tiempo, y comienzas á sentir las torturas del remordimiento. Hoy quieres saber el *por qué* de la vida, deseando vivamente conocer tu pasado, porque en tu sabiduría acumulada, y en tus vastísimos conocimientos, y en la energía de tus pasiones, y en tu ambición ilimitada, y en algo inexplicable que sientes en tí mismo, conoces perfectamente que en una sola existencia no hay tiempo sufi-

ciente para hacer acopio de todo lo que tú posees; tú adivinas la verdad, pero ocultas cuidadosamente tus adivinaciones, y haces bien, porque la fruta sin madurar es manjar indigesto; tú te pasas largas horas mirando á tu pasado y de éste, hoy no puedo hablarte, te hablaré de tu presente que mucho vale, porque has sabido aprovechar el tiempo; y le contó á mi protector toda su existencia sin omitir el menor detalle, poniendo de relieve sus más ocultos pensamientos, sacando á relucir sus afectos más íntimos, sus debilidades, sus delirios, sus sueños, lo más escondido de sus ambiciones; cuerpo y alma quedó al descubierto, y mi protector tembló de espanto al ver desparramados todos sus secretos; yo creo que se arrepintió de su exigente curiosidad, mas ya no había medio de retroceder, y siguió escuchando al sacerdote que le dijo:— Tienes mucha sombra en tu vida, mucha, pero también tienes raudales de luz, porque sin luz no es posible la vida.

»¡Qué bien hablaba! ¡qué bien! ¡parecía la conciencia del Universo hablando á la humanidad! mi protector no ocultaba su asombro, como verdadero sabio comprendía en todo su valor el nuevo libro que ante sí tenía, y aunque sus letras eran formadas por agudas espinas, las deletreaba afa-

noso sin temor de herirse, que hay heridas del cuerpo, que sanan el alma; el sacerdote prosiguió diciendo:

»—Nada hay casual, el menor acontecimiento, el encuentro de dos almas, todo obedece al desenvolvimiento de un plan eterno. Dios es amor y ciencia, y ha puesto á los hombres en contacto para complementarnos los unos á los otros. Ten bien entendido que el espíritu del mal, tan llevado y traído por las religiones, no tiene trono, ni lugar, ni ejército, no radica en parte alguna, y todos le llevamos con nosotros cuando obramos el mal y gozamos en el dolor ajeno; y muere el genio de la sombra, cuando el espíritu avanza y lucha y vence agitando la enseña del progreso. Dios nos concede el premio de todos nuestros actos, en las consecuencias resultantes de los mismos; no tiene elegidos ni desheredados; todos los espíritus tienen por laboratorio el universo y el tiempo sin limitación por patrimonio; por eso, el que ayer era un reptil arrastrándose por la tierra, puede con su esfuerzo subir al pináculo de las grandezas humanas, y desde allí, dictar las tablas de la Ley, y puede decir al *mar rojo de los odios*: ábrete, divide tus aguas y deja pasar á los ejércitos del bien, á las nuevas generaciones redimidas por sus sa-

crificios y sus heroísmos: Tú volverás á la tierra.

»—¡Volveré! ¿yo volveré?

»—Sí, tú volverás para ser más grande que hoy, que has sembrado muy buen trigo y tienes que recolectar una gran cosecha; por esta vez has amado mucho á tu madre, y tu madre premiará mañana al buen sembrador. Sé clemente en todos tus actos porque la clemencia es la sonrisa de Dios; haz beneficios que muchos puedes hacer porque el hombre que manda debe asemejarse á la Providencia. Nada hay casual, nuestro encuentro tiene su historia, la que continuará Dios sabe hasta cuándo.

»—Mi protector abrumado por tantas emociones, ocultó su rostro entre sus manos y lloró, lloró como lloran los culpables al comenzar su arrepentimiento; el sacerdote continuó diciendo:—Llora, haces bien en llorar, porque hay lágrimas que purifican; te recomiendo el cuidado de tu cuerpo, porque Dios es el escultor que forma las envolturas apropiadas á cada espíritu, por eso el cuerpo vale tanto, y el hombre agradecido debe cuidarle, y fortalecerle y darle todos los medios para conservar su robustez y su belleza. Dios nos dice que en todas partes está, porque todo está en él, y El está en todo. Aprende, y estudia, que

mucho tienes que estudiar y que aprender; ahora por ejemplo se te presenta ocasión de hacer nuevos estudios; ya ves, soy un sacerdote en la tierra que te debe gratitud y obediencia, y soy desprendido de mi cuerpo, una inteligencia dispuesta á servirte y á enseñarte, ten mucha esperanza, aunque la duda te atormentará porque tu sabiduría se rebelará ante lo desconocido, pero vencerá en tí el afán de saber y el que quiere saber camino encuentra para llegar hasta donde le llevan sus conocimientos y sus aspiraciones.

»Después, el sacerdote se volvió hácia mí, y me dijo:

»—¿Por qué nos habremos puesto en contacto?

»—Porque las almas se encuentran.

»—¡Pero en qué situación y en qué circunstancias tan difíciles nos hemos encontrado!

»—Quisiera saber qué circunstancias tan difíciles hay entre nosotros.

»El sacerdote quedo inmóvil, inclinó la cabeza y permaneció largo rato sin contestar; al fin murmuró como aterrado:—¡Es imposible! lo que veo, ¡es imposible!

»—¿Pero que es imposible?

»—¡Infeliz! ¿como quieres que se aproximen las almas si me odias?

»—¡Odiaros! ¿yo os odio?

»—Sí; sí; me rechazas.

»—Pero eso habrá sido antes, ¿me véis como fuí ayer?

»—Sí, te veo, y te veo en lugares horribles, tú eres espantosa como la peste asoladora y engañosa como la serpiente astuta; luego te veo hermosa, pero tu hermosura es tan grande como tu infamia.

»—¿Y he sido tan mala, que no merezco tener un amor en la tierra?

»—Ya tienes un amor, eres esclava de un amor inmenso, amor que se creó cuando eras bella y seductora; has sido muy mala, pero vas en pos de un Ser superior y luchando vencerás.

»Entonces oí que me decían:—No seas temeraria, no preguntes lo que ya sabes.

»—¿Pero no tendré una flor en mi vida?

»—Es difícil contestar á tu pregunta; el alma es el jardinero que se cuida de cultivar las flores de sus existencias, pregúntate á tí misma, por que solo tú sabes á lo que estás dispuesta.

»—Enmudeció el sacerdote, se pasó la mano por los ojos y los abrió diciendo:— ¡Cuánto habré dormido! y mirando el ramo de flores que yo tenía sobre mi mesa exclamó: ¡qué hermoso ramo! ¡qué lozano está! ¿Y qué ha sucedido?

»—Nada, que sois un dormilón.

»—Un dormilón, que dice disparates ¿no es verdad?

»—No, no, no habláis disparates, al contrario, abríis nuevos horizontes en los cuales yo estudiaré, dijo mi protector.

»—Pues de cuanto me sucede esta mujer tiene la culpa, no creo que en ella esté el espíritu del mal, pero me domina, me fascina y no sé lo que me pasa.

»—Os aconsejo, dijo mi protector, que no estéis solos para esta clase de trabajos, sois el sacerdote y la monja, por vuestros votos, y el hombre y la mujer por vuestra naturaleza. No os miráis con malos ojos, os agradáis el uno al otro, tenéis que hacer uso de muchísima prudencia si queréis ser buenos religiosos; no tratéis de uniros y de iros á lejanas tierras, que quizás os arrepentiríais al veros libres de vuestras acciones; hay deseos que vale más no satisfacerlos nunca, y el vuestro es uno de ellos. Ahora es preciso que trabajéis para la nueva fundación religiosa, y cuando marchen los trabajos, será bueno que os separéis para evitar tentaciones y tropiezos.

»—Yo le dije al sacerdote:—Habéis hecho elogios de mí en público; pero no en privado, entre vos y yo no ha mediado ni una sola palabra.

»—¿Y qué queréis que os diga? si me domináis, si me dormís, qué más queréis de mí? todo lo hacéis bien, menos mirarme y dormirme.

»—Mi protector se rió de su ocurrencia, y los dos se retiraron á sus habitaciones; yo á mi vez rendida por tantas emociones, me apresuré á desnudarme y me acosté enseguida, á poco quedó mi cuerpo en completo reposo y mi espíritu se quedó mirando el ramo de flores del cielo, y habló con el ramo simbólico un buen rato ¡aprendía tanto mi espíritu hablando con las flores! cuando más animada era la conversación, oí un lamento muy agudo, y presurosa me dirigí á la estancia de mi hermano mayor que se quejaba dormido.

»—¿Qué tienes? le preguntó mi espíritu.

»—¿Qué tengo? que estoy harto de vivir, que entre todos me habéis deshonrado, y me moriré, sí; me moriré violentamente, prefiero la turbación de un suicidio, á todas las amonestaciones de los necios.

»—Tú deliras.

»—Déjame tranquilo, ni dormir me dejas.

»—¡Infeliz! oí tus lamentos y acudí á ellos.

»—Déjame, no te puedo ver, te odio; y se despertó.

»¡Pobre hermano mío! ¡cuánto pueden las preocupaciones sociales! Me paseé después por toda mi casa, todos dormían tranquilos menos el sacerdote; éste, al verme dijo ¡qué temeridad! ¿por qué vienes hasta aquí?

»—Vengo sin cuerpo.

»—Pues mírame y me iré contigo, quiero saber dónde tomas tus fuerzas, quiero saber dónde vas, nada más que por curiosidad, no por ir contigo, porque te odio y nunca podré amarte.

»—Vuelve á tu cuerpo.

»—No quiero y no me mires más, que tu modo de mirarme me irrita.

»Salí de la estancia del sacerdote y me fuí á contemplar mi cuerpo ¡pobrecito! se agitaba convulsivamente, ¡pobre cuerpo mío! aquel me dice que me odia, y ¡qué mal le habré hecho! y oí la vocecita de siempre que me decía:—Mucho mal le has hecho, y créeme, tú solo quieres su cuerpo; ¡su espíritu y el tuyo nunca se amarán!

»Ante tal predicción me enojé y me fuí á reanimar mi cuerpo desfallecido.

»Desperté contenta y tranquila y miré las flores con adoración, diciéndome una de ellas en tono de dulce reproche:—¿Olvidas al sol?—Sí, por miraros:—¿Y no sabes que sin el Sol no tendríamos vida? no olvides

nunca la causa por atender á los efectos, que de ahí provienen las desdichas humanas.

»¡Cuán bien hablaban aquellas flores simbólicas! que no eran otra cosa que las pasiones terrenales que junto á mí se agrupaban bajo la forma más bella, bajo la forma de flor. Me preocupó muchísimo el lenguaje de aquellas flores, porque al hablar, al salir la voz de sus cálices, se abrían y se cerraban sus hojas, y la vanidad sobre todas, se erguía, agitaba sus aterciopelados pétalos y me embriagaba con su perfume, en tanto que la modestia me decía con tono sentencioso:—No olvides que la sabiduría consiste en sostener la armonía universal.

»Asombrada de aquella maravilla contemplé largo rato el ramo del cielo y después salí sola y me dirigí al campo á continuar mi diálogo con las flores, pero á mis preguntas ninguna flor contestó ¡qué diferencia! y entonces dije: símbolos son las flores del cielo, son el simbolismo de las pasiones humanas. ¡Gracias, Dios mío! ¡cuánto te debo! ¡bendito sea el ramo del cielo! porque es un aviso perenne que me evitará caer de nuevo. Sentí sed, y llegué á la fuentecita donde mi sobrina me coronó; era un lugar cercado por piedras y árboles cubier-

tos de follaje; sus retorcidos troncos, formando una muralla impenetrable, porque las viejas zarzas con sus agudas espinas defendían aquel lugar de toda invasión, solo una estrecha abertura daba entrada á aquel santuario de la naturaleza, sin más altar que la tosca fuente y algunas piedras sin orden ni concierto, pero donde el alma se solazaba pensando en sí misma; ¡qué bien se está aquí! murmuré, ¡cuánto dice el murmullo del agua! ¡cuántas historias contará! porque bien considerado, todo habla en la naturaleza, y el trabajo del hombre es conocer el lenguaje de cuanto palpita en el Universo. Aquí reposa mi alma, aquí un angel me coronó, ¡qué bien se está aquí!

»Seguí escuchando el murmullo del agua, cuando ví entre el ramaje una figura de hombre con la cabeza descubierta y envuelto su cuerpo con una túnica azulada, muy amplia, parecía un sacerdote de otra edad; quise reconocerle, recordando haberle visto no sé dónde, pero su rostro, y todo él en conjunto, parecía formado por una materia distinta de la nuestra, aunque le distinguía perfectamente, parecía que estaba envuelto en una nube de humo; se adelantó la figura y se sentó en una piedra muy cerca de mí, dándome los buenos días. Yo

me quedé muy sorprendida al oír su voz, que también quería recordar, y le dije:— ¿Cómo habéis llegado aquí, por donde no se puede entrar?

»—No necesito abrir lugares, todo se abre ante mí.

»—¿Quién sois?

»—¿No me conoces? y la figura del sacerdote de otra edad, rompió la nube que le envolvía, se despojó de su túnica azulada y quedó revestida de olas de luz. Yo, que en aquel momento no pensaba en Él, quise postrarme á sus pies diciéndole:

»—¡¡Señor!!

»—No te muevas, mírame bien; ¿crees que tú llegas hasta mí, ó que yo llego hasta tí?

»—No lo sé, Señor, solo sé que me creo indigna de tí.

»—¡Mira!—Miré, y ví que el lugar se cambió, encontrándome en la antigua fuente donde bebí el agua de mi redención. —¡Señor! exclamé, creo que ya no soy digna de tí.

»—¿Por qué? ¿porque amas á otro ser de la Tierra?

»—Sí, le amo.

»—Pues esos amores son imposibles, mira á quien amas, y me presentó una figura horrible, un monstruo de iniquidad,

que entre él y yo había una historia de sangre.

»—¡Dios mío! ¡qué horror! ¡perdonadme, Señor! ¡qué ingrata soy!

»—Es preciso que trabajes, el tiempo que pierdes en tus cavilaciones amorosas, son días de hambre para los pobres que de tu apoyo y actividad necesitan; y toda el hambre que por tu causa sufran los necesitados, tú la sufrirás mañana, que aquel que hambre proporciona á los otros, hambre padece á su debido tiempo. No desmayes, vuelve á tu hogar y trabaja, mi visita te será muy beneficiosa, que hoy necesitas de mí, como yo un día necesité de tí. ¡Adios!

»Se fué alejando la nube luminosa y yo entonces volviendo en mí, reconociendo mi locura, mi extravío, dije:—¡Señor! ¡Señor! ¿cuándo te volveré á ver?

»—Cuando la luz sea en tu alma.»





LXIV

DESPUÉS que perdí de vista la figura de **AQUEL** y me quedé sola, experimenté una sensación dolorísima, así, como si me hubiesen quitado todas mis fuerzas y me faltara aliento para vivir; ¡qué aturdimiento! ¡qué incoherencia en mis ideas! ¡qué postración en todo mi ser! quise levantarme y no pude, pedí á Dios ayuda, suplicándole que me concediera nuevas energías, que habiendo perdido la vida, de nuevo me la diera, y al fin me levanté haciendo un esfuerzo sobrehumano; miré cuanto me rodeaba y todo lo encontré marchito, contemplé el cielo y lo hallé sin brillo, me rehice después y exclamé: ¡Señor! la mañana es deliciosa, ¿por qué mi alma no sonrío? ¿por qué donde todo es vida, solo hay muerte para mí?... y como si hubiese pasado una enfermedad gravísima y saliera por primera vez en mi lánguida convalecencia, así anduve el largo trayecto que me

separaba del hogar de mis mayores. Mi casa me pareció triste y sombría, mi habitación una tumba, me dejé caer en un sillón junto á mi mesa, y allí algo más tranquila le pregunté á Dios: ¿Por qué estoy triste? si he visto á mi amor ¿por qué me falta esperanza? ¿qué tengo, Dios mío?...y me contestó una de las flores del ramo del cielo:

»—¿Sabes qué tienes? que te han muerto tu amor en flor.

»—¿Qué dices? ¿sabes acaso quién es mi amor? yo no lo sé.

»—Tienes razón, dijo la flor de la vanidad, quieres engañarte y lo consigues, y amas lo que no quisieras amar, porque amas lo humano y dejas lo sublime para después. Quise contestar á la flor y oí una vocecita que me decía: ¿Por qué no escuchas la voz de tu conciencia? por ella te hablan las flores del cielo.

»—¡Perdón, Señor!, murmuré, creo que estoy loca, perdonadme flores queridas, no me abandonéis; y quedé sumergida en el abismo de mi desencanto, hasta que la voz de mi protector me hizo volver á la vida real; éste me preguntó cariñosamente qué me pasaba, porque me encontró desfiguradísima. Yo le conté cuánto me había pasado, y él me dijo sonriéndose:

»—Vamos, vamos, no hay para tanto. Es verdad que te has despertado y que te has despertado algo tarde; sueñas con el amor de una familia. ¿Por qué te hiciste religiosa? sueñas con lo divino y con lo humano, y á pesar tuyo, te atrae más lo humano que lo divino, y te atrae porque la ley se cumple en tí, como en los demás seres; vuela el alma, pero no vuela el cuerpo, y éste, tiene sus exigencias que únicamente el tiempo las anonada; aún no eres vieja, he ahí tu gran desgracia. Tu situación es violenta, muy violenta, y hay que gastar estas actividades de tu organismo en algo útil que compense la pérdida de una familia. ¿No es verdad que hace muchísimo tiempo que no visitas á los pobres? pues mira: cada vez que sueñes con amores humanos, vé á ver á los desvalidos y cuando encuentres hijos sin padre, mujeres abandonadas por sus maridos, ancianos estorbando en todas partes, jóvenes marchitas lamentando su credulidad, reflexiona y considera y persuádate que de los gustos del cuerpo, brotan estas excrecencias sociales que tanta lástima inspiran. Recuerda, que un dolor muy profundo, se cura radicalmente leyendo algunas páginas de la historia de la humanidad. Yo también he llorado mucho, porque tam-

bién he amado, y he amado imposibles, he mirado al Sol y el Sol me ha cegado con sus rayos, y sólo me he consolado pensando en el porvenir de la humanidad. Si la vida es eterna, espera recompensas, hija mía. Yo sé que volveré mañana, pequeñito, muy pequeñito, pero en mi pequeñez seré dichoso, porqué seré libre y viviré amado, pagaré una parte de mis deudas, pero tendrán una tregua mis ansiedades, mis ambiciones, mis temores y mis recelos.

»Mucho habló mi protector sobre sus existencias futuras, y al despedirse me arrojé en sus brazos pidiéndole que no se marchara al día siguiente, que necesitaba su presencia y sus consejos. Me prometió quedarse algunos días más, y se marchó. Cuando me quedé sola, sentí de nuevo un gran desfallecimiento, mi aposento me pareció una prisión de las más sombrías, miré mis papeles y exclamé: Depositarios de los delirios de mi alma, ¿quién os guardará? ¡nadie! ¡nadie! ¡nadie! moriréis quemados, de mi nada quedará ¡nada! Dicen que hay amores, ¡que hay maternidad! ¡que bueno será ser madre! á mí ya me llaman ¡madre! ¡qué irrisión! ¡qué burla tan despiadada! madre es la que amamanta á su pequeñuelo, la que llora en los males de su hijo, la que le enseña á rezar, la que

sostiene sus primeros pasos, la que se consagra en cuerpo y en alma al fruto de sus entrañas; madre es la mujer que produce, la que por su fecundidad cumple la ley más hermosa de la naturaleza, mas no son madres las mujeres estériles, las infecundas religiosas. ¡Dios mío! ¿porqué me hicieron religiosa? yo no quería, obedecí, huí de la tiranía doméstica, dí mi cuerpo á las fieras del ascetismo, y hoy me espanto de mi propia obra, y para olvidar mi locura iré á ver á los desdichados que son los trastos viejos de pasados vicios, pero esto no me consolará, porque yo sueño con los ojos de un niño cuya boquita me diga: ¡madre! ¡¡madre!! ¡¡¡madre!!!... y lloré amargamente al repetir tan dulce nombre; estaba desesperada, lo confieso, tanto, que no me dí cuenta del transcurso de las horas, y llegó la noche sin haberme alimentado; sentí pasos y se presentó mi hermano mayor pidiéndome cuenta de mi retraimiento, quejándose amargamente de mi apartamiento, y me dijo con más suavidad:

»—Te quiero siempre mucho, te creo impecable, y siento que te alejes de mí. No temas mi enojo, te quiero siempre.

»—Pues no me quieres, te engañas, si me quisieras harías lo que yo deseo.

»—¿Y qué deseas?

»—Que legitimes tus hijos.

»—¿Otra vez con tal manía?

»—Sí; y hoy te lo digo con más afán que nunca, porque hoy sueño con los amores de la tierra, sé que no tendré hijos que me llamen ¡madre! y esto ¡lo siento tanto! ¡tanto!...

»—Mi hermano se conmovió mucho y me dijo: ¡Pobre hermana mía! no sabes lo que pides, tú ignoras que en el vergel del amor todas las flores tienen espinas. Escucha, hace muchos años que me enamoré de una joven pobre y honrada y muy hermosa, padecí todas las inquietudes de un verdadero amor y sufrí todas sus consecuencias, porque la pasión pudo más que la reflexión; separé á mi amada de su familia asegurando el bienestar de sus deudos, y á ella la conduje á una casa de campo donde ha vivido y vive separada del bullicio y de las tentaciones; mi amada prometió amarme, y durante algunos años me obedeció docilmente, pero después de tener dos hijos, cambió totalmente su modo de ser, y se volvió exigente, quise educarla y no lo conseguí, tuvo el tercer hijo y entonces dijo á los dos mayores quién era yo; la madre conspiró con sus hijos contra mí; hemos tenido gravísimos disgustos, la madre inculca á sus hijos el odio hácia mí;

el mayor, que ya tiene quince años, me mira con el mayor desprecio, la madre se embriaga, y cuando está ébria no es mujer, es una furia; ¿qué hago yo con estos seres? trataré de hacerlos felices pero... muy lejos de mí.

»—Pues tú eres el autor de tanta desgracia.

»—Pues prefiero la muerte que estar junto á ellos.

»—Y yo te repito que tu acción es infame; porque ella era honrada y tú la deshonraste, morirás maldecido de tus hijos y de su propia madre, y Dios sabe si el vicio de la embriaguez lo tomó como recurso para olvidar su desgracia, y sobre tí cae también su nueva degradación.

»—No nos entendemos.

»—Lo creo, tú quieres á tus hijos deshonrados y yo los quiero honrados. Ya íbamos á separarnos cuando le dije á mi hermano:

»—Oye: ¿estás bien de salud?

»—No, estoy agitado, me agito siempre que hablo de mis hijos.

»—Pues mira, hermano mío, yo quisiera verte feliz, piensa en mis palabras.

»—Vamos á cenar y no hablemos más de tal asunto.

»Durante la cena hablamos mucho y

Benjamín celebró mis oportunas ocurrencias, porque yo después de tanta lucha recobré nuevas fuerzas y estaba animadísima, que anima mucho defender á los inocentes, ¡es tan bueno defender á los niños!

»Cuando volví á mi estancia oré con inusitado fervor, y ví á muchos niños que me decían: Ya tendrás hijos, que buscarán tus ojos como los únicos soles de su vida.

»Me acosté, y ¡cuánto debió luchar mi espíritu! ví á multitud de familias que peleaban continuamente entre sí, y se odiaban encarnizadamente, por arrebatarse pingües herencias; ví á muchas madres desnaturalizadas y perdidas que arrojaban á sus hijos al montón de las inmundicias sociales, y me ví entre aquellas desdichadas, y al verme, comprendí que era justo cuanto sufría siendo religiosa y exclamé sollozando: No puedo por ahora tener hijos, ¡los abandoné! ¡qué verdad tan amarga! y ahora tengo que conquistar el amor de nuevos hijos; pues lo conquistaré siendo un angel de la caridad, lucharé y venceré.

»Me desperté fuerte y animosa, saludé al sol, y luego hablé con las flores del cielo, y éstas me hablaron, las unas con sarcasmo, las otras burlándose de mis cuitas, y todas me dijeron que eran el emblema

de todas las afecciones humanas.—Entonces, si sois el símbolo de todos los afectos, ¿cuál de vosotras simboliza el amor?

»—Yo, dijo una florecita muy diminuta, yo soy el Amor; sin mí, mis compañeras no tendrían perfume; aquí donde me ves tan pequeñita, soy la que derramo todas las esencias en el universo, sin mí las flores no existirían, soy el alma de todo lo bello, de todo lo grande, y con ser el soberano de todos los mundos, mira donde me albergo, y en una hendidura del tronco que sostenía á las demás flores, por estar en el centro del ramo, desapareció la florecita que simbolizaba la esencia de Dios. ¡Cuán cierto es que lo que es verdaderamente grande, no necesita de pompas mundanas! vive de su propia vida, el amor tiene vida propia, vive en todas partes, porque su calor es principio de vida eterna.

»Pensé después en las obras del nuevo convento de religiosas; llamé al sacerdote y al arquitecto para que me dieran cuenta de sus trabajos, y súbitamente me acordé de Benjamín, el cual, contra su costumbre, no me importunaba con sus visitas. Pasé yo á su estancia, y Benjamín quedó muy sorprendido al verme, igualando su contento á su sorpresa, y entonces habló de sus preparativos de boda; le

pregunté si estaba realmente enamorado de su prometida y me contestó:—Sí; sí; la quiero, pero no la quiero más que á tí, al contrario, á tí te quiero mucho más que á ella.

»—Calla y no desvaríes, y sobre todo que nunca se lo digas á tu amada, ¿y ella crees que te amará siempre?

»—¡Oh! si no me ama, peor para ella, porque cumpliré con mi deber acabando de una vez con su deshonra y la mía.

»—¡Qué locura! tras de una falta ¡un crimen!

»—Hermana mía; no filosofemos, filosofar es sufrir, y ahora quiero ser dichoso; me quieres tú, y me quiere ella, ¡soy feliz!

»Como cambian los acontecimientos el destino de los hombres, ayer Benjamín era el eterno aspirante á suicida, ¡hoy es dichoso! y en cambio mi hermano mayor está al borde de un abismo. ¡Maldito sea el orgullo de raza!

»Viendo que el arquitecto no venía, fuí yo á su casa y lo encontré atareadísimo trabajando en los planos del nuevo Convento; le pregunté por el sacerdote, si le había visto, y me contestó que no; mas como titubeó al contestar, le dije: No me engaños, quiero saber la verdad de todo,

¿ha venido?—Sí, pero solo ha venido una vez, está enfermo.

»—Estoy muy quejosa de vos.

»—¿De mí? ¿y por qué?

»—Porque os eternizáis con esos planos y los pobres obreros ¡cuantos días sin trabajar! ¡cuántos días de hambre, Dios mío! El arquitecto me prometió lo que yo quería, darles pan á los jornaleros sin pérdida de tiempo y con esta promesa volví á mi casa más animada; mandé llamar nuevamente al sacerdote, y éste vino sin demora, en los momentos que mi protector me decía:—*Adios*; encontré al sacerdote muy pálido, le reconvine por la poca prisa que se daba en dar comienzo al replanteo de las obras; mi protector también le hizo cargos amistosos, y él prometió en breve plazo emplear á centenares de obreros, se marchó y mi protector me preguntó:—¿Quieres fundar otro Convento de religiosas, ó más bien asilos para niños y ancianos? procura emplear tu tiempo en obras beneficiosas, que labrando el bien ajeno se labra el propio, y estrechándome en sus brazos, me besó con efusión, y con verdadera unción evangélica me dió su paternal bendición y muy conmovido se separó bruscamente de mí, y se marchó con la mayor presteza.

»Le ví partir con tristeza y recordé que él había sido el primero que me hizo llorar en el comienzo de mi vida, y sin embargo, exclamé: ¡Cuánto le he debido! todo se lo debo á él, por eso le quiero tanto, como si fuera mi padre, quizás más aún, ¡ha sido siempre tan bueno para mí!...

»—Vino también el sacerdote para decirme que ya podían comenzar los trabajos. ¡Cuánto me alegro! le dije, hay tantos pobres sin pan, que un día sin trabajar es un día de crímen.

»Se hizo el replanteo de las obras, y algunos días después visité el punto donde trabajaban centenares de obreros. ¡Con qué cariño me hablaron todos! encontré después á muchas mujeres, esposas de los trabajadores, que llevaban á éstos su frugal alimento, ¡con qué respeto me miraban todas! algunas quisieron besarme la mano y yo se lo prohibí terminantemente, ¡me veía tan pequeña ante ellas! ¡las consideraba á ellas tan útiles y á mí tan inútil! aquellas pobres mujeres aumentaban la gran familia humana, y yo, mísera de mí, la disminuía! ellas daban hombres y mujeres á su patria, yo le robaba á la patria mujeres sin voluntad y las condenaba al celibato y las esterilizaba y las hacía insensibles, y las momificaba en nombre de una religión.

En sana lógica, yo era la que debía, prostrarme ante aquellas mujeres valerosas que sabían luchar y vencer en el combate de la vida. Me llamó vivamente la atención una mujer joven, morena y agraciada, que llevaba en brazos á un niño, sosteniendo además un cesto, y otro chiquitín cogido á su falda gemía y lloriqueaba queriendo ocupar el puesto de su hermano. Entablé conversación con ella, y me contó sus cuitas, ¡cuánta miseria, Dios mío!, tenía cuatro hijos, todos pequeñitos, y solo el marido, casi siempre enfermo, era el que trabajaba sin poderse tener. Sin saber lo que me hacía destapé el cesto y encontré en él viandas tan poco sustanciosas y pedazos de pan duros y tan escasos, que comprendí cuán justas eran las quejas de aquella infeliz mujer; quejas humildes, no había en sus lamentaciones amargos reproches, no; ¡cuán inferior me ví ante ella! le prometí aliviar su triste suerte, y enseguida fuí á ver al arquitecto para pedirle que aumentara los jornales de aquellos infelices, que no ganaban para mantenerse; el arquitecto me miró con extrañeza y me dijo:—Siempre han ganado lo mismo.

»—Pues esa no es una razón para que continúe el abuso, antes al contrario, mientras más viejo es el mal, más obligación te-

nemos de arrancarlo de raíz, ¿qué es el progreso? el derrumbamiento de los viejos abusos y la creación de nuevas consideraciones y protecciones para la parte más débil de la humanidad, para los vencidos en el rudo combate de la vida.

»—Es que no habrá dinero bastante.

»—Lo habrá; haced lo que os digo y tendrá el nuevo Convento los mejores cimientos que serán las alegrías de los pobres.

»Me fuí muy contenta á mi casa, dándome palabra á mí misma de cuidarme de los necesitados, obedeciendo las órdenes y siguiendo los consejos de mi protector, que tenía mucha razón al decirme: *Recuerda que un dolor muy profundo se cura radicalmente leyendo algunas páginas de la historia de la humanidad.*»





LXV

RECORDANDO los buenísimos consejos de mi protector, me dirigí á los hogares de varias familias muy pobres, pobrísimas, con el único afán de pulsar, por mí misma, el sentimiento universal; quería ver como los pequeñitos pensaban y sentían, como los más infelices sobrellevaban la pesada carga de su vida.

»Puedo decir que en mi excursión piadosa, recorrí la *Calle de la Amargura*: en los hogares más pobres, eran sus habitantes la negación de la belleza y del sentimiento, ¡qué tipos! ¡qué almas! ¡qué conjunto de inmundicias y de asquerosidades! no sabía dónde había más pobreza, si en los cuerpos ó en las almas, ¡qué embrutecimiento tan absoluto! ¡qué carencia de toda idea noble y levantada! parecía imposible que aquellos seres estuviesen animados por un soplo divino; mi inteligencia se perdía en lo desconocido, y osaba á pedir

cuentas á Dios mismo de aquel abandono, de aquel envilecimiento, de aquella pobreza tan desconsoladora. En los niños no había más que un deseo, ¡comer! su ternura filial la demostraban diciendo: ¡Ah! mi madre nunca me deja sin comer. ¡A qué consideraciones tan amargas se prestaba cuánto veía y cuántas palabras escuchaba! me llamó la atención un pobre niño casi desnudo, de rostro macilento, que me miraba con inocente curiosidad.

»—¿Qué tienes? le pregunté, ¿estás enfermo?

»—Sí, tengo mucho mal en la cabeza, y se acercó más á mí para que se la viera. ¡Qué horror!... tuve que armarme de valor para mirar aquel conjunto de suciedad imposible de describir.

»—¿No tienes madre que te cure?

»—No tengo más que á mi abuela, y es tan vieja, que yo tengo que cuidarla á ella; y efectivamente, me llevó junto á su abuela que ya era más del otro mundo que de este, ¡pobre mujer! hay pobres que se convierten en *cosas* por su escasa inteligencia, porque en los lugares donde el agua abunda, puede perder la miseria una gran parte de su horror; el agua todo lo limpia, y los pobres, no sé por qué razón tienen en su mayoría aversión al uso del agua; y ese

odio á la limpieza aumenta su infortunio y el número de enfermedades que de continuo les asedia. Razón tenía mi protector, al decir que son los pobres una página de la historia humana, que da mucho que pensar, porque tienen cuerpo y alma como los demás seres, son entes racionales por su especie, y muchos de ellos parece que se empeñan en retroceder buscando su semejanza en otras especies de la escala zoológica. ¿Qué misterio es este? ¿qué perversion del sentimiento se opera en ellos? ¿guardan quizá en el fondo de su alma un odio profundo á la humanidad, y gozan arrojando todas sus inmundicias sobre una sociedad que no se ha cuidado de ellos? La mayoría de los pobres recibieron mis dádivas con la mayor indiferencia, mis frases cariñosas no encontraron eco en aquellos corazones petrificados, únicamente los niños me miraron complacidos diciéndome con alborozo: ¡cuánto vamos á comer!... ¡infelices! solo pensaban en satisfacer su voraz apetito, ni uno solo de aquellos desventurados pensó en comprar ningun juguete; su vida no tenía otro objetivo que saciar su hambre, entre ellos y los irracionales ¿qué diferencia había? ¡ninguna! ¡Ay! qué triste me dejó mi visita á los pobres; me parecía que encontraba injusticia, y mi

alma se sublevaba ante lo injusto. ¿Pero á quién acusar? el vuelo de mi razón me hacía temblar, y no quería pensar ni analizar, por miedo de ir demasiado lejos; porque ¿quién era yo para juzgar las injusticias sociales? Visité después á muchas familias obreras y desgraciadamente salí muy mal impresionada de todas las casas donde me detuve; solo una casita encontré que parecía un pedacito del cielo, solo una, entre tantas viviendas sucias, mal olientes, con los escasos muebles en desorden, las mujeres despeinadas y harapientas, y los niños jugando por la calle. Pregunté á muchas mujeres cómo vivían, y casi todas ellas hablaron pestes de su marido, diciendo que el jornal ganado en la semana quedaba depositado el sábado por la noche en las ventas y ventorrillos de las afueras de la ciudad; y yo mirando á aquellas mujeres mal habladas, peor vestidas, sin ningún encanto, sin el menor atractivo, las consideraba como la causa de los vicios de sus maridos. Traté de hacérselo entender así á una mujer joven y bella, á pesar de su abandono, le aconsejé que usara más aseo y más limpieza en su persona, y que hiciera un estudio especial para atraer á su marido, y ella me contestó: ¿Yo atraerle? otro trabajo tengo, y además, cuando está

en casa me maltrata de palabra y obra, con que así, mientras más lejos mejor; ¡qué cuadros de familia!...

»—Ya iba á regresar á mi casa triste y desconsolada, cuando acerté á pasar por una calle solitaria, donde hallé una casita blanca como la nieve, muy pequeña, de apariencia muy humilde, pero tan limpia... Encima de la puerta de entrada había colgado un jaulón donde unos cuantos pajarillos de escaso valor, picoteaban unas ramas verdes entrelazadas con los alambres de su prisión; junto á la puerta había un tosco asiento de piedra y allí me senté para escuchar á los pajarillos que cantaban ruidosamente alegres y satisfechos. A los pocos momentos de estar allí sentada salió de la casa una mujer jóven y diligente, vestida con la mayor sencillez, pero revelando en todo su atavío el arreglo y la limpieza; al verme se quedó muy sorprendida, pero se repuso pronto de su sorpresa y me dijo:

»—Entrad, señora y os sentaréis con más comodidad.

»—No, dejadme aquí, me gusta mucho ver cuanto me rodea, y escuchar el canto de los pajaritos.

»—Como queráis, señora, la voluntad me sobra, sé quién sois y os quiero mucho.

»—¿Sí?...cuánto me alegro.

»—¿Y quién no os ha de querer, señora? mi marido os tiene verdadera adoración, ¡hace tanto tiempo que por vos trabaja!

»—¿Sí? ¿y qué hace?

»—Es...medio albañil.

»—¿Nada más que medio?

»—Nada más, porque no tiene mucha salud, y no puede subir á los andamios, se le va la cabeza, y es como si dijéramos un criado de los albañiles, pero, gracias á Dios, sus compañeros le quieren mucho, y aunque el jornal es muy escaso, no nos falta el pan de cada día.

»—Pues esta casita ño revela la miseria.

»—Es que no la hay, porque yo también trabajo.

»—¿En qué trabajáis?

»—Ya lo veréis, y entró en la casita saliendo á poco con un pequeño telar donde se entrelazaban múltiples hilos y formaban un encaje preciosísimo, nunca había visto labor igual, parecía que manos no la habían tocado, tal era su blancura inmaculada.

»—¿Quién os ha enseñado á producir esta maravilla?

»—Mi madre, es una herencia de familia, mi bisabuela se crió en un convento y allí le enseñaban muchos primores, entre ellos éste.

»—Pues nunca he visto ningún encaje que se pareciera á éste.

»—Aquí nadie lo hace más que yo, y todo lo que yo hago se lo lleva un comisionado de una casa extranjera que pasa por aquí dos ó tres veces al año; es un trabajo muy pesado, hago un palmo cada semana, pero me lo pagan bien, y así vivimos sin muchos apuros mi marido, mi niño y yo.

»—¿Tenéis un niño?

»—Sí, ya le veréis, que le siento cantar; y efectivamente, apareció un niño hermosísimo, con una blusita muy limpia, con su carita blanca y sonrosada y su hermosa melena rubia naturalmente rizada. Su madre al verle le dijo enseguida:—Mira, hijo mío, esta señora, es la que tu padre quiere tanto, la que él llama la madre de los pobres. El niño me miró muy fijamente, no parecía que me miraba un niño, sino un pensador profundo, debió quedar contento de su mudo exámen, porque se acercó más á mí, y se apoyó en mi rodilla como si me pidiera besos.

»—¿Cómo te llamas?

»—Juan.

»—¿Y cuántos años tienes?

»—¡Oh! ¡ya tengo seis años!...

»—¿Sabes leer?

»—No, las monjas solo me enseñan á rezar, y me dejan jugar cuanto quiero, dicen que soy muy bueno.

»—Yo tambien lo creo así, pero es preciso que aprendas á leer.

»—Yo también quiero aprender, y yo solo me enseño, ya conozco una letra.

»—¿Sí? ¿y qué letra conoces?

»—La O.

»—Principio quieren las cosas, y viendo que eres tan bueno, quiero dejarte un recuerdo, y le entregué mi bolsillo con varias monedas de plata; con esto que tu mamá te compre una blusita y cuando te la pongas acuérdate de mí.

»—Es que también me acordaría si me compraba dulces, me gustan mucho.

»—Pues que te compren dulces y sea mi recuerdo para tí tan dulce como yo deseo, y dirigiéndome á su madre, añadí:—Decidme el nombre de vuestro esposo, que desde mañana ganará jornal doble, ya que los dos sabéis aprovechar el tiempo de vuestra vida, sois fieles guardadores del tesoro que Dios entrega á sus hijos; le habéis aumentado con vuestras virtudes, en medio de vuestra pobreza os sabéis amar y educáis á vuestro hijo. ¡Bendito sea este hogar! ¡bendito sea!...

»La madre y el niño quisieron besarme

las manos y yo les presenté mi rostro ¡con qué afán me besaron los dos! y en aquellos momentos como si los pajarillos enjaulados tuvieran envidia de tanta felicidad, cantaron ruidosamente como si dijeran: ¿y para nosotros no hay nada?

»¡Qué bien impresionada salí de aquella casita! era un cielo en miniatura; allí todo era armónico, risueño, encantador; aquella casita era el paraíso de mis sueños; ¡qué bueno será, decía yo, esperar la llegada de un hijo!... ¡y qué horrible no tener entendimiento y convertir la casa en un infierno! y más horrible aún si un niño grita ¡tengo hambre!... ¡qué mundo tan triste es éste, Dios mío!... ¡y tan alegre que podría ser! si todos los moradores fueran como los habitantes de la casita blanca. Entre tantas mujeres y tantos hombres, sólo he hallado dos impecables. ¡Señor! ¿por qué tanto abunda lo malo, y tanto escasea lo bueno?

»Cuando entré en mi estancia la encontré deliciosa, mi camita tan blanca, mis muebles tan limpios, mi mesa tan simétricamente arreglada, mis flores del cielo siempre lozanas y olorosas, todo era bello, me dejé caer en mi sillón y exclamé: ¡Señor! estoy sola, no tengo quién me estreche en sus brazos, pero aquí todo es paz y reposo,

aquí todo es luz y armonía. ¡Gracias, Señor!

»Me acosté tranquila y dormí muy bien; me levanté inspirada, y me puse á escribir mis impresiones del día anterior; cuando describí la casita blanca, el pedacito de cielo arrancado del espacio por una mujer de entendimiento y de corazón, al pintar aquel lugar delicioso lloré sin darme cuenta que lloraba, y me dijo una flor *del cielo*: —Escribe y llora, que el llanto es la esencia del sentimiento; seguí escribiendo vertiginosamente, y cuando llegué á describir la mujer abandonada y embrutecida, me dijo la flor: Escribe, escribe, que para tí haces.

»—¿Para mí?

»—Sí, para tí, porque cuando dejes la tierra leerás tus escritos y falta te hará leerlos.

»—Sí, porque nadie hará caso de ellos, ¿verdad?

»—Y más te valdría si tal sucediera, porque harán de tí una mujer fanática, una iluminada, y no una mujer razonable que es lo que tu eres en realidad, puesto que sabes buscar la razón de todas las cosas. Tus trabajos no serán comprendidos ni poco ni mucho, en tus escritos campea

la verdad, y harán de ellos un tejido de mentiras.

»Me reuní después con mis hermanos y estuve contenta, alegre y risueña. Mi hermano mayor también estaba de muy buen talante y terminada la cena me dijo:—Hace dos noches que no sé si dormido ó despierto te veo tan clara, que no parece sino que entres en mi cuarto personalmente, y me hablas con tanto cariño!... y con tanta ternura!... Dime, ¿qué es esto? qué propósitos tienes al consolarme? me pones tu diestra en mi antigua herida, y siento un consuelo inmenso, te ruego que sigas viniendo porque me das la vida.

»—Pues yo, hermano mío, te juro que á Dios pediré serte útil.

»Cuando luego más tarde me acosté rogué á Dios darme cuenta de mis actos. Ya dormida me trasladé al aposento de mi hermano, que era una cámara señorial, con un gran lecho donde aquel se agitaba intranquilo, intranquilidad que se le aumentó al verme diciéndome:—Vete, no eres tú la que yo espero, tu eres la ponzoña de mi vida, la que me habla de honras y delitos, quiero que venga la otra, vete, vete de aquí. Me fuí, y entonces oí á mi hermano que me decía: ¡Ah!... ya estás aquí, tú sí que eres mi hermana, ¡bien ve-

nida seas!... Pero Señor, dije yo, ¿qué es esto? oigo mi voz, hablo con mi hermano y no le veo, ¿qué es esto? ¿cuántas personalidades hay en mí? nadie me contestó, y aturdida y contrariada me entregué á un completo reposo; al día siguiente pregunté á mi hermano qué había pasado y él me dijo:

»—¡Ah! ¡si tú supieras! vino otra antes que tú, es decir, ya eras tú, tal como te veo despierta, y luego viniste dormida y me hablaste con el mayor cariño, lo que no hiciste fué despedirte con ternura como otras noches, anoche por el contrario, te fuiste rápidamente.

»—Pero hermano mío; es muy extraño lo que me cuentas, y no me explico cómo me presento á tí bajo dos formas distintas, ¿cuál de ellas seré yo? he aquí el gran problema. Me fuí á mi estancia y pregunté á las flores *del cielo* sobre lo ocurrido diciendo: Alguna de vosotras podrá decirme ¿qué ha pasado esta noche con mi hermano, que me ha visto con dos figuras distintas? las flores se agitaron, cuchichearon entre sí y al fin me dijo una flor muy gravemente:

»—No se trata de dos individualidades, se trata de la lucha entre lo humano y lo espiritual; tu hermano te vé revestido tu ser con las impresiones humanas, y cuan-

do te colocas á mayor distancia tus anhelos espirituales irradian mejor, y según te acercas ó te alejas, así él te vé, con tus imperfecciones é intolerancias humanas, y con tu amor inmenso y tu abnegación sin límites empleada en el bien universal.

»—Pero, ¿qué impera en mí? ¿lo espiritual ó lo humano?

»—Impera el medio ambiente que te rodea; cuando te entregas en cuerpo y alma á las luchas de la humanidad, tu espíritu se subleva, quiere *desfacer agravios y enderezar entuertos* y te conviertes en un *mentor insoportable*, porque quieres realizar imposibles, quieres arrancar de raíz los vicios arraigados en las generaciones desde la noche de los siglos, pero luego, cuando tu cuerpo duerme, entonces tu espíritu hace un *recuento* de su ciencia adquirida, de sus trabajos regeneradores, de sus sacrificios por la redención humana; vé claros, muy claros los horizontes ilimitados de la vida eterna, de ese modo te has acercado á tu hermano, no mirando en él á un pecador como muchos, sino á un espíritu que muy pronto habitará en los espacios y tú preparas su ánimo para las dulzuras espirituales; pero cuando no mides bien la distancia, y te acercas antes de tiempo á tu hermano, éste te vé con tu envoltura

terrena y te rechaza porque le has hecho sufrir; pero te alejas, te envuelves con otra vestidura más luminosa, más etérea, y él al verte te bendice, te adora, te cree su salvación; mas no es en realidad esa metamorfosis, más que la consecuencia natural del trabajo realizado por tu espíritu: y así como los buenos obreros se visten el día de fiesta con sus mejores galas, así el espíritu cuando se desprende de su envoltura terrena se engalana con las vestiduras que ha ganado en buena lid, venciendo sus pasiones y trabajando para todos. Calló la flor y yo me quedé muy pensativa, disgustadísima con las violencias de mi hermano, porque no era hombre de visiones ni ensueños. Por la noche nos reunimos todos en la mesa y noté en los ojos de mi hermano algo extraño, tanto que le pregunté: —¿Como estás?

»—Muy bien, ¿quién no está bueno teniendo á su lado un ángel como tú? está visto que tienes manías, pensando siempre en males que no existen.

»Me acosté pidiéndole á Dios por la vida de mi hermano y oí una voz, que me decía: Lo perderás á él y á otro. ¿A otro? —Sí, á otro que está lejos. Durante mi sueño, ví abismos profundos, mares irritados, volcanes en ebullición, ¡que sé yo!..

después ví á un viejecito que me preguntó:

—¿Dónde vas?

»—Al cielo.

»—Aun no puedes entrar.

»—¿Y por qué?

»—Porque no lo has merecido.

»—Es que tengo mucho miedo de quedarme en la tierra, voy á perder dos seres muy queridos.

»—¿Y qué? si vinieron, bien se han de marchar.

»—Pero me harán mucha falta sus fuertes brazos.

»—¿Falta? y qué, ¿acaso no te quedan los brazos de Dios?

»—Decidme, ¿qué son las religiones?

»—Son las andaderas de los espíritus en la ignorancia, no tiembles. ¿Por qué tiembles? ¿no te quedan los brazos de Dios?

«—Sí; pero en la tierra se necesita una sombra de humana protección.

»—Vuelve á tu cuerpo y vuelve tranquila, que sombra protectora no te faltará.

»Me desperté triste, pregunté al sol si se eclipsaría el sol de mi vida y salí al campo buscando distracción, pero no conseguí distraerme; por la noche pregunté de nuevo á mi hermano: ¿Cómo estás?—Mejor que nunca, mujer, qué manía de preguntar; y aquella noche á las doce murió mi

hermano estrechando mi diestra diciéndome: ¡qué lástima! ¡ya es tarde! ¡Qué noche, Dios mío! ¡qué noche! su muerte fué instantánea ¡cuánto sufrí! ¡cuánto lloré! ¡cuánto!... porque una muerte repentina rompe violentamente los hilos misteriosos que enlazan á los seres de la tierra. Una enfermedad larga prepara el ánimo del paciente y de sus deudos, y la separación se efectúa sin violencia, sin gran dolor, pero cuando en el pleno goce de la vida, se siente en el corazón la mordedura de la vívora, se da un grito aterrador como lo dió mi hermano, grito que resonó en toda la casa, y más aún en mi corazón, y le ví desencajado, aterrado ante lo desconocido, diciéndome con la más horrible desesperación:—*¡qué lástima! ¡ya es tarde!* ¿para qué sería tarde, Dios mío?... ¡qué angustia sintió mi alma! ¡qué desolación tan espantosa! miré en torno mío y sentí el frío de la muerte, abrazada al cadáver de mi hermano tocando su corazón inerte, me convencí, á pesar mío, que todo había concluído para él en la tierra, ¡todo!... tanta vida, tanta fuerza, tanto amor, tanta solitud, todo había desaparecido en menos de un segundo. ¡Oh! y no podía desaparecer, ¡imposible! ¡imposible! yo miraba su cuerpo queriendo sorprender un extreme-

cimiento, una contracción, y oí una voz que me decía!—Deja que vuelva á la tierra, lo que tierra es; que el espíritu á su tiempo te dará cuenta de su transformación; bien escuché las palabras descritas, pero mi desconsuelo fué en aumento considerando mi soledad, mi aislamiento, que toda la familia universal no presta el calor que da un alma en contacto con nosotros; las miradas de cariño, los reproches de la experiencia, las advertencias de un ser que ama, son irremplazables; en la tierra los cuerpos necesitan los otros cuerpos, la ley de las atracciones es tan justa, como lo son todas las leyes que rigen en el Universo.»





LXVI

DIFÍCIL, muy difícil se me hace describir lo que sentí cuando la muerte de mi hermano; hay momentos en la vida humana, que no tienen descripción posible. Me pareció que había perdido todas mis esperanzas, todas mis ilusiones y todas mis energías, ¡qué choque! ¡qué desastre! ¡qué rompimiento tan inesperado de todos los vínculos de mi vida!...

»Sequé mi llanto y me quedé contemplando aquel cuerpo que, con su aterradora inmovilidad, me decía: ¡todo lo has perdido! Benjamín comprendiendo mi angustia, me cogió por el brazo derecho y me apretó con tal fuerza que lancé un grito de dolor y él me dijo irritado y celoso: Despierta, mujer, despierta, ¿yo no soy nadie? ¡cuánto le querías! ¡le querías más que á mí!...

»—No, más que á tí, no; pero él fué nuestro padre, bien lo sabes, se interesó

por nosotros más que nuestro padre mismo, deja que le llore y llora tu conmigo, que seríamos muy ingratos si no lloráramos por él.

»Apoyándome en el brazo de Benjamín salí de la cámara mortuoria y encontré á toda la familia que acudió presurosa á rendir el último tributo á un hombre, que para todos fué un padre, menos para sus hijos, ¡qué misterios! ¡qué anomalías! cada espíritu es un mundo en formación, en algunos de ellos, ¡qué sobra de sentimientos, y que carencia de buen sentido! Bien se comprende que cada existencia es un capítulo de su eterna historia, por eso no hay enlace en los actos de su vida, no puede haberlo, porque todos ellos son hilos pendientes de otros acontecimientos, ó continuación de pasadas luchas; no se comprende de otro modo, que un hombre pueda ser la Providencia de muchos que no le necesitan y ser un tirano para aquellos que le deben el ser. Mi hermano fué uno de éstos.

»Entre los recién llegados había mi sobrina que se abrazó á mí diciéndome:— ¡Pobrecita tía mía! ¡cuánto lo siento por tí! tú has perdido más que nadie, por eso vengo á consolarte.

»—Tú siempre llegas á tiempo, hija mía,

y no olvides que nadie más que tú podrá consolarme ¡eres tan buena!

»Al llegar á mi aposento, Benjamín se despidió y me abrazó llorando amargamente, su llanto me consoló, ¡sabía sentir! sus celos habían muerto y renacía el más noble de los sentimientos, el amor fraterno. A solas con mi sobrina, ésta me hizo que le contara todos los detalles de la muerte de mi hermano, y yo, sin omitir ninguno le dí cuenta de todo, hasta de mis visitas en espíritu cuando mi hermano dormía. Ella se maravilló y no sabía explicarse lo de mis visitas en espíritu, me miraba muy sorprendida y me decía moviendo su preciosa cabecita: He de creerlo porque tu lo dices, pero... ¿habrá cosa más particular? mira tu que eso de ir el alma y quedarse el cuerpo tan quietecito, como si ya estuviera muerto... ¡Ay! tía mía, no hagas muchas visitas así, no sea que te entretengas por el camino y cuando vuelvas te encuentres con tu cuerpo... ¡muerto!... No te mueras, que si tu te mueres me moriré.

»¡Cuánto me quería aquella criatura! era verdaderamente angelical, se marchó con harta pena, porque su gusto era estar junto á mí, pero su madre tenía celos y yo no quería en manera alguna privar á mi po-

bre hermana de la gratísima compañía de su hija, que felicidad usurpada deja de ser felicidad.

»Al quedarme sola sentí un murmullo que fué aumentando, y era que se iba aumentando el número de los visitantes, y todos entraban á ver al muerto acompañados de Benjamín que se multiplicaba, el pobrecillo, para estar en todas partes. De pronto sentí un grito agudo en el cual se exhalaba el desconsuelo de una mujer, ¡qué grito aquel!... tras de aquel grito oí muchas voces juntas y una voz suplicante que decía:—Por Dios, dejadme entrar, y á su súplica siguió el llanto de la desesperación, y voces de mando impidiendo la entrada de aquella mujer; comprendí al momento quien sería ella y corrí al lugar donde se desarrollaba tan triste y tan violenta escena, al llegar yo decía ella: Dejadme llegar hasta él, que me pertenece, él fué muy ingrato para mí, pero ¡es mío! ¡es mío! ¿no sabéis quien soy yo? Yo me acerqué á ella y le dije al oído: Cálmate, mujer, cálmate, para todo habrá tiempo. Ella me miró airada y yo proseguí diciéndole: Te repito que te calmes, yo también tengo derecho á él, le he querido como á un padre; la infeliz entonces comprendiendo quien era yo, perdió su altanería diciéndome humilde-

mente: Haced de mí lo que queráis, sé quien sois, y lo que habéis hecho por mí, ¡todo lo sé!...

»La cogí de la mano y la llevé junto al cadáver diciéndole:—Mírale... y ora.

»—¿Y besarle no podré?

»—Sí, bésale cuanto quieras, que tus besos de ahora serán el prefacio de la segunda parte de vuestra historia de mañana. La infeliz sobrecogida de temor y angustia, le besó castamente en la frente y en las manos, aquellos besos me demostraron lo que aquella mujer valía, besos respetuosos y apasionados á la vez, besos que revelaban la pureza de su alma, besos que le ganaron mi admiración.

»Comprendí que aquella escena debía tener un término, y enlazando mi brazo á su cintura, me la llevé á mi estancia; la infeliz al entrar tembló convulsivamente y me dijo: ¿Y puedo yo entrar aquí? ¿y qué haré en este santuario?

»—¿Qué harás? llorar por el amor de tus amores, llora y desahógate, llora y tranquilízate. ¿Pensabas quizá que yo te abandonaré? estás en un error, llora... llora, no te bebas tus lágrimas que tienes que vivir para tus hijos; al oír aquella desventurada mis últimas palabras, como si se hubiese desprendido una piedra que ocultara abun-

dante manantial, y éste libre de obstáculos brotara impetuoso, así de sus ojos brotaron ríos de lágrimas y de su boca amarguísimas quejas. ¡Cuánto lloró aquella infeliz! no tenía consuelo, ¡qué frases las suyas! ¡qué reconvenciones tan justas! el verdadero dolor es elocuente y aquella mujer dominada por la más horrible de las penas, hablaba con tanto sentimiento, que uní mi llanto al suyo lamentando su infortunio. Al fin se tranquilizó un poco, y la dije:

»—Con nadie he sido ingrata y contigo no lo seré tampoco.

»—¿Sabéis toda mi historia?

»—La sé en parte, en ella hay mucho bueno y mucho malo.

»—No sé lo que hay, señora, yo no sé más que una cosa, que soy de familia pobre y honrada, su hermano me quiso mucho, y yo... obedecí todos sus mandatos y accedí á todas sus exigencias, aunque accediendo á ellas tuve que separarme de mis padres, á los que dí pan, mucho pan, en cambio de la honra que les quité, pero... ¡le quería tanto á él! lloré cuando él lloraba, y hubiera dado mi vida por no verle llorar.

»—Mi hermano, ¿lloraba?...

»—Sí, señora; lloraba la ingratitud de

sus deudos, yo procuraba complacerle y animarle, pero no se consolaba y me decía: Eres una pobre mujer y nada más, ni consolar sabes. Cuando fuí madre se puso mucho más amoroso conmigo, quería con delirio al niño, lo quería más que á mí, ya lo creo; y siempre me encargaba que velase por él y añadía: Que nadie ¿entiendes? que nadie sepa nunca que este ser es mi hijo. Aquel misterio y aquella orden me lastimaba, y huía de acariciarle, y entonces él me pedía cuentas de mi tibieza y yo le decía: Me parece que os estorbo cada día más, puesto que siempre os lamentáis de vuestra soledad, de continuo decís que estáis ¡tan solo!... ¿y yo, no soy nadie? ¿soy una roca?—Una roca, no; un tronco, sí. ¡Cuánto me hirió aquella frase! ¡cuánto! ¡yo era un tronco! y cedí á sus halagos, y abandoné á mi honrada familia, y viví únicamente para él... ¡qué ingrato fué para mí! ¡qué ingrato! Tuve más hijos, y los quiso mucho, pero á mí me fué odiando lentamente, yo lo conocía: cuando estaba rodeado de sus hijos, si yo me acercaba hacía un ademán de impaciencia y me decía:—¡Vete! quiero estar solo con ellos. Un día llegó furioso, ébrio de cólera, y cogiéndome por un brazo me dijo:—¿Qué has hecho, desventurada? ¿has publicado el se-

creto de nuestros amores? y yo le dije:— Mientes, y mientes como un bellaco, porque á nadie conté mi infortunio, que con nadie hablo, ¿no lo sabes? procuro olvidar mi desgracia embriagándome, pero hablar jamás.—¿Esas tenemos? con que te embriagas, me alegra el saberlo, porque te llevaré donde no veas el sol.

»Mi hijo mayor, que ya tiene quince años, reconvino á su padre muy seriamente, empleando frases verdaderamente conmovedoras, pero su padre no se conmovió, antes al contrario, se irritó y se encolerizó horriblemente, tanto, que yo creo que aquel disgusto le ha costado la vida. Yo creí que no volvería más, pero volvió y su hijo volvió á la carga, ¡cuánto lucharon los dos! eran dos caracteres de hierro, mi hijo no cedía en su derecho, su padre no capitulaba, y tanto se desesperó un día, que dijo loco de rabia: Creo que tú eres mi hijo, quiero creerlo ¿pero qué importa que seas mi hijo? si tu madre es una prostituta.

»¡Qué horror, señora! ¡qué horror! ¡se quejaba de su propia obra! mi hijo por poco le mata, y me puse por medio, y se fué el padre de mis hijos, desde aquel día todo cambió; cuando él llegaba solo salía á recibirle el niño más pequeño, los demás nos escondíamos; vino últimamente, y como si

presintiera su muerte nos llamó á todos, nos acarició y llamando al hijo mayor le abrazó diciendo:—Busco la forma para legitimaros, para daros mi nombre, mi nombre á ellos, no á tí, dijo mirándome con desprecio, esa fué su última ofensa, señora, ¡cuánto he sufrido!... vuestro hermano, era muy grande por fuera y muy pequeño por dentro, pero yo le amaba, reconocía todos sus defectos, me mataban sus desprecios, pero, ¡le amaba! ¡le amaba! ¡no podía vivir sin él!

»Yo escuchaba á la pobre mujer y pensaba:—¿Y esto es vivir? para ser madre así, más vale morir, sí, más vale morir. Ser madre y merecer el desprecio ¡qué horror! el desprecio del hombre adorado, ¿y no se ha vuelto loca esta mujer?... y mirándola la dije:—¿Pensabas que de aquí yo te echaría? no; aquí estarás conmigo, para mí eres la viuda de mi hermano, te sentarás á mi mesa en unión de tus hijos hasta que se dé lectura al testamento de mi hermano, y si éste no supo cumplir con su deber, yo nunca os abandonaré.

»La pobre mujer no volvía de su asombro; hice venir á sus hijos y mi familia respetó á los huérfanos y á su madre, que en honor de la verdad, no podía ser más prudente ni más humilde, y viendo su pro-

ceder dije á los míos: Si esta mujer tiene vicios se los quitaremos, que los vicios que se adquieren para olvidar ingratitudes, son fáciles de quitar.

»Llegó por fin el día de abrirse el testamento, y yo me dije á mí misma: Si mi hermano no supo cumplir con su deber, yo les daré á sus hijos mi herencia, me iré al Convento y allí nada necesito. Al pensar así, miré al *ramo del cielo*, se agitó una flor y me dijo:—Nada temas, el cielo se abre para las almas generosas.

»Pasé al gran salón que presentaba un aspecto imponente; mi numerosa familia y parientes de cuarto y quinto grado todos acudieron; la viuda y los huérfanos esperaban su sentencia en una cámara inmediata, desde la cual podían ver y oír perfectamente; entre los concurrentes había varios sacerdotes. Se comenzó la lectura, que fué larga y pesada, pues entre los bienes de mi hermano había varias capellanías y legados de otros parientes con cláusulas enojosas para sus herederos, pues éstos tenían que ser religiosos, bajo pena de perder la pequeña herencia; seguían después diversas mandas para los servidores más antiguos y por último me nombraba heredera universal de su gran fortuna, de los bienes exclusivamente suyos; y para una

familia desgraciada, que era su mujer y sus hijos, dejaba una pequeña cantidad. Al resonar mi nombre, todas las cabezas se movieron movidas por el resorte de la envidia, todos me felicitaron hipócritamente menos Benjamín: éste me dió un apretón de manos que por poco me las descoyunta. Yo pedí á todos algunos momentos de atención. Estupefacción general; ¿qué iría yo á decir? pronto satisfice la curiosidad de los presentes diciendo:—Señores: mi hermano no ha cumplido bien, para mí bastaba una pequeña suma para mis pobres; una familia es aquí la desheredada, como mi hermano murió repentinamente, no pudo en vida enmendar sus yerros y ya que ha quitado un nombre á sus hijos, yo les daré la fortuna que de derecho les pertenece.

»Todos quedaron mudos, menos el escribano, éste se levantó radiante de alegría y me dijo:—No me engañé, señora, al creer que cederíais á los verdaderos herederos la fortuna, vos nada queréis del mundo.

»—Sí que quiero, dije yo, quiero de este mundo el amor y la familia.—Eso, exclamó mi sobrina, está en el cielo, que es donde está Dios.

»Comprendiendo que la viuda y los huérfanos arderían en deseos de verme, me

reuní con ellos y nunca olvidaré la expresión de aquellos semblantes, ¡qué alegría reflejaban! el niño mayor, especialmente, con qué alegre arrogancia me miró y con qué ternura me dijo:—¿Me permitís que os dé un abrazo?—Sí, hijo mío, uno y cien; al oírme el adolescente se arrojó en mis brazos y por un instante la cara del niño se transfiguró, me pareció ver el semblante de mi hermano, pero fué una cosa instantánea. Me dejé acariciar de todos ellos, y les dije: Mirad en mí á una segunda madre, para vosotros será mi herencia, y vuestro pequeño legado para mis pobres. La viuda me pidió una protección muy directa, una vigilancia extremada para que la fortuna de mis hijos no sufriera el menor menoscabo. Le prometí dárselo todo arreglado y lo cumplí en breve tiempo, trabajando de noche y de día, para que los letrados viendo mi actividad trabajaran sin descanso. Fué de tal resonancia la cesión que hice de mi gran herencia, que hasta el trono llegó y recibí del rey su parabién. Trabajé en aquel entonces muchísimo; mucho más que fundando conventos, ¡cuántas dificultades para cumplir mi sagrado deber! Mayores males quitan pequeñas penas, y el trato con la viuda de mi hermano me sirvió de un beneficio inmenso, porque

murieron en mí los deseos de tener un hijo, si teniéndolo había de oír á su padre que me dijera: Quiero á mi hijo, pero á tí... te desprecio. ¡Ah! ¡qué horror! si tal me hubiera sucedido hubiese matado al padre de mi hijo. Sí, sí, yo le hubiera matado avergonzándome de haberle querido.

»Hablé después con las *flores del cielo*, les pregunté si iba por buen camino, y todas me dijeron que sí, que cumplir con el deber era hacer jornada doble. Mas ¡ay! luego me dijeron:—Prepárate para sufrir otra pérdida.—¿Y qué me quedará después?—Te quedará, dijo la flor que simbolizaba la justicia, tu propia historia.—Tienes razón, me bastará con mi propia historia y estaré satisfecha, porque ya estoy curada de mis locuras, ya no deseo tener hijos, no, no; porque sería horrible, que el padre de mis hijos me dijera: Quiero á mis hijos pero no á tí, tú eres *¡un tronco!* ¡Qué palabra, Dios mío!... todo el oro del mundo no es bastante para borrar su maldita huella ¡pobre hermano mío!... ¡cuánto te queda que sufrir!

»Después visité las obras del Convento y el arquitecto me habló mucho del sacerdote diciéndome que era muy bueno. ¿Bueno? murmuré, dicen que es bueno, pues que le aprovechen sus virtudes; después seguí pa-

seando, deseaba estar completamente sola, era feliz, estaba satisfecha de mi obra, ¿por qué negarlo? pero lentamente se apoderó de mí la melancolía y pisando las florecillas silvestres, exclamé:—¡Pobres florecillas! se os aplasta como se aplasta á las mujeres, ¡pobres mujeres! ¡y son las madres de los hombres!... ¡Señor! ¡cuánta ingratitud!... ¡hombre! ¿seré algún día hombre? con ser el hombre tan grande, es el ingrato de la Creación, ¡qué triste es vivir entre tantas miserias! y sin embargo quisiera ser hombre. ¿Seré hombre algún día? Sí, dijo una voz, serás hombre cuando hayas conseguido ser una mujer digna y buena.—¿No lo soy aún?—El tiempo te lo dirá.»





LXVII

CONCLUÍDO mi paseo, me fuí á mi casa; la preocupación iba creciendo en mí; quería distraerme y no podía; hay veces que el ánimo va perdiendo energías, y se empequeñece tanto, tanto, que no es posible recobrar las fuerzas perdidas en la ruda batalla del dolor. ¿Por qué estoy así? me preguntaba con temor. ¿Por qué veo los horizontes de mi vida envueltos en sombra? He perdido una palanca muy poderosa, podrán quererme muchos, pero como mi hermano, ninguno. ¡Valía tanto mi hermano!... no era un carácter halagador ni complaciente, pero su sombra... ¡cuánta sombra me daba su sombra!

»Nada me decía nada: las flores no me hablaban, el Sol y el espacio tenían para mí densas nieblas, era mi abatimiento tan absoluto que había días que no podía andar. Una mañana, mirando al campo por mi ventana, me decía á mí misma, domi-

nada por el desaliento y la tristeza. ¡Qué mal me encuentro, Dios mío! ¡qué mal estoy! Nadie viene á verme, ¡nadie! ¡qué soledad tan espantosa! pero... no; mejor es así; debo consagrarme exclusivamente al recuerdo de mi hermano, mi luto debe ser el aislamiento, pero... ¡nadie viene á verme! ¡qué olvido! cuando vivía mi hermano todos me atendían, ¡todos!... y ahora... ahora nadie se acuerda de mí, y lo peor es que tampoco podía salir, y aunque saliera ¿qué me diría el campo? ¡nada!...

»Me senté junto á mi mesa queriendo escribir, pero mis esfuerzos resultaron ineficaces, porque mis ideas no podía encauzarlas, era de todo punto imposible; luchar con la impotencia es muy fatigoso, y ya mi paciencia tocaba su límite, cuando me anunciaron la llegada de mi amigo el sacerdote, y me contrarió su visita. ¡Misterios del corazón humano! me quejaba de mi abandono, de mi soledad, y al llegar un ser amigo sentí profunda contrariedad; me dominé cuanto pude y le recibí. ¿Qué vendrá á decirme? nunca viene á tiempo, pero cuando le ví me impresioné muchísimo; estaba desconocido; las huellas de aguda dolencia las llevaba marcadas en su rostro lívido; sus ojos revelaban la más honda

tristeza, me preguntó por el estado de mi salud y le dije:

«—Mi cuerpo está bien, pero mi espíritu está mal, muy mal; nunca he estado como ahora.

»—Yo también estoy enfermo: habréis dicho que soy un desatento, un mal educado, un hombre sin sentimientos, sin corazón; ¡pero, creedme, estoy enfermo, he sentido la muerte de vuestro hermano porque era un hombre digno de su patria y de su linaje, era todo un hijo hidalgo de la gloriosa España; quise venir á llorar con vos, pero no pude, empecé por languidecer hasta quedarme postrado en un sillón, y en él he permanecido todos los días que de aquí he faltado, y en cuanto he recobrado el movimiento he venido á cumplir con mis deberes; palabras de consuelo no os dirijo, porque, ¿qué os podré decir? vuestras ideas vuelan, y en su vuelo ¡van tan lejos!... vuestro hermano, ¡se fué! y nada más. ¿Por qué se fué tan pronto? ¿ha querido vengarse de nosotros? No lo sé; solo sé que sentimos su ausencia, que estamos abatidos, que nos falta su aliento, esto es todo cuanto puedo deciros. Recuerdo aquel día que aquí me dormí, me miró de un modo... que nunca lo olvidaré ¿qué me decía con sus ojos! no lo sé, pero, ¡me de-

cía tantas cosas! con su mirada, me reconvino, me acusó, me interrogó, me dijo cuanto hay que decirle á un hombre. Yo sé que me dormí sin querer, obedeciendo á fuerzas superiores á mi voluntad, tres veces me habéis dormido y... ¡cuánto lo siento! No puedo definir lo acontecido, no me bastan mis profundos estudios para darme cuenta de lo ocurrido. Estudiando me duermo y despierto alterado y confuso; y ahora que estamos solos, ahora que nadie nos perturba, decidme: ¿qué es esto? dadme la explicación de este misterio. ¿Por qué me dormís? habladme, habladme, que me vuelvo loco.

»Mientras él iba hablando, yo iba recobrando fuerzas, despojándome de mi abatimiento y de mi languidez y muy animada le dije así:

»—Me pedís explicaciones que no puedo daros, vos tenéis más talento que yo, yo no os domino, yo no hago nada extraordinario para apoderarme de vuestra voluntad, vos sois el que os dormís, yo solo digo: ¡Dios mío! que se duerma, y al veros dormido mi alma gozó porque, ¡qué hermoso estábais dormido! al oír estas palabras él se agitó violentamente pero se dominó y yo seguí diciendo: Sí, estábais muy hermoso, y yo pensaba: ¿qué dirá? ¡gusta tanto en-

contrar lo extraordinario! y hablásteis, y le hablásteis á mi hermano de lo que ha tenido sus consecuencias, y si os hubiera hecho caso, ¡cuánto le hubiera valido á mi hermano! Yo lo ignoraba todo, todo, hablásteis después á mi protector y ¡cuánto le habéis hecho pensar! y yo... ¡cuánto me alegré al oiros! ¡la verdad! la verdad brotaba de vuestros labios como brota el agua del escondido manantial. Yo no os he inspirado, otros os han inspirado, y yo los he visto.

»—¿Vos los habéis visto?

»—Sí, no precisamente á los que os inspiraban, yo he visto á los que habitan *allá*, y he visto más aún, he visto el origen de mi vida, he visto luchar á mi espíritu desde lo más abyecto y miserable hasta donde estoy ahora. He visto el *cielo* que es un taller inmenso donde todos trabajan, y trabajando se regeneran y se engrandecen. Conmigo hablaban las almas, y me habla un alma que es ¡toda luz! ¡qué rostro! ¡qué ojos! ¡qué sonrisa! ¡qué expresión la de su semblante! lo más bello de la tierra es tosco y burdo ante él, y á ese mismo espíritu le veo después convertido en un anciano que me ha dicho muchas veces: ¡Te perdono, infeliz! ¡te perdono! y al hablar El, las flores y las aves, y los mares, todo me decía: ¡te perdono!... Cuando le he visto

joven y admirablemente hermoso me ha dicho:—Ya vendrás con tus amores y serás en mí, cuando hayas pasado por los talleres del dolor, y á ese espíritu radiante de hermosura que todo él es luz, ¡yo le amo! ¡¡le amo!! ¡¡¡le amo!!! ¡es mi Dios! ¡es mi vida! ¡es mi fe! ¡es mi esperanza! ¡¡¡es mi redención!!!

»El sacerdote me escuchaba extasiado, y me dijo con fruición:—¡Cuánto me alegro de lo que me decís! creo que cuando Dios permite que me duerma, valdré mañana despierto más de lo que nunca he valido. Mucho estudiaré, hermana mía, y ese estudio me dará á conocer la grandeza de nuestro Redentor y la de sus mártires y así sabré apreciar lo inconocido, lo ignorado, lo misterioso del más allá. Ahora, ¿qué os diré respecto á vuestro duelo? que vuestro hermano no ha muerto, así es, que no os doy el pésame; y si vuestro hermano me escucha, yo le ruego que me perdone si involuntariamente le ofendí; y ruego á las almas que no me duerman, quiero ver despierto, despierto, no quiero dormirme, no; vos lo tenéis todo, mi sueño no os hace falta.

»—Todo no lo tengo, amigo mío; necesito una fuerza, un hermano, una voluntad

que vibre para mí, igual á la que he perdido.

»—Yo os prometo esa fuerza y esa amistad, cuéstemelo que me cueste.

»Se marchó y me quedé muy contenta, ¿por qué negarlo? ¡ya no estaba sola! y pensando en mi amigo murmuré:—Este hombre me quiere y yo le quiero, pero he de hacer por quererle como á un hermano, entre él y yo, pondré las palabras que le dijo mi hermano á la desgraciada madre de sus hijos. No quiero ser el *tronco* de ese hombre, eso jamás, jamás, antes morir que sufrir tal humillación; y ahora que ya estoy mejor, debo salir de esta casa, ya no es mía, debo irme á mi Convento; y mirando las paredes de mi estancia me despedí de ellas. Después me fuí á visitar mi Convento para anunciarle á la Comunidad mi determinación. Me recibieron admirablemente ¡cuánto cariño! ¡cuántas atenciones! pero francas, espontáneas, aquellas mujeres no parecían las mismas, entraron enfermas y estaban sanas, robustas, con buen color, con los ojos brillantes, muy abiertos y muy alegres, hablando, riendo, ¡qué contenta me puse al ver aquella transformación! La joven superiora, *la desmayada*, estaba radiante de satisfacción; cuando les dije que me iría á vivir con ellas,

resonó un murmullo de contento, me recibían muy bien, solo en la superiora noté un movimiento imperceptible de contrariedad que supo dominar heroicamente, pero yo para desvanecer recelos la dije:—Tú seguirás ejerciendo tu mando, porque yo saldré, y viajaré, y donde menos estará será aquí, por eso no es conveniente alterar el orden establecido, ya que con él os veo á todas buenas, fuertes, animadas y contentas.

»Reuní después el Consejo de familia, y observé que todos mis parientes me querían, sentían mi marcha, mi sobrina en particular me impresionó muchísimo y yo la dije:

»—¿Por qué te aflijas así? me verás del mismo modo, ten presente que no te olvido, hija mía, y siempre trabajaré por tu felicidad, para que cuando llegues á mayor edad seas completamente dichosa al lado del amado de tu corazón.

»—¡Ay tía mía! yo no llegaré á la edad del amor.

»Miré á la niña y sentí espanto, porque sus ojos decían: ¡quiero irme! ¡dejadme marchar!

»Me quedé después sola con Benjamín, y éste me dijo:—Ahora me voy, pero al volver quiero estar junto á tí.

»—Es imposible, en el Convento no puedes tú vivir.

»—Pero al lado, sí; yo tengo mi plan, levantaré una casita junto al Convento y verás que bien estaremos todos.

»Me despedí después de toda la servidumbre de mi casa, reiterándoles mi protección, y más de un anciano lloró á lágrima viva, todos habían conocido á mi padre y le habían visto crecer y formarse dos veces familia, á todos había dejado mi hermano lo preciso para vivir, con la condición que nadie podía echarlos de la casa señorial, allí quería que murieran sus leales servidores. Muy conmovida me trasladé á mi Convento y me pareció mi celda muy hermosa; tenía tres ventanas muy grandes, veía el Sol desde su oriente á su ocaso. ¿Dónde colocaré mis *flores del cielo*? y me dijo una florecita:—Puedes ponernos donde quieras.—¿Os parece bien en la ventana del centro? así tendréis Sol todo el día. ¡Si no hubiera otro sol mas que éste! murmuró una flor, ¡pobres de nosotras!

»Pasé algunos días muy tranquila; mi celda era hermosísima, ancha, ventilada, soleada, y desde sus ventanas se contemplaban variados paisajes, todos á cual más bellos. Reinaba en la casa un orden admirable; la joven superiora era un modelo de

actividad, de limpieza, de buen deseo, la Comunidad estaba contentísima, comía con abundancia sin olvidar á los pobres, no había exageración ni en rezos ni en ayunos, todas trabajaban en el cultivo de las huertas y jardines y vivían lo menos mal posible. Satisfecha y tranquila viví algunos días, y cuando me disponía á comenzar de nuevo mis visitas piadosas, recibí un pliego, en el cual se me daba cuenta que mi protector quería morir en mis brazos, que volara á su lado; mucho lloré ante aquel nuevo percance, pero oí la voz de siempre que me decía: Llorar no es acudir, no te entretengas.

»Me despedí de la Comunidad y de mi familia y acompañada de varios criados de mi difunto hermano, emprendí mi viaje para la Corte; ¡qué viaje tan triste! ¡qué diferencia del que emprendí anteriormente con mis hermanos! ¡cuánta pompa! ¡cuántos hombres de armas! ¡cuántas ilusiones en mi mente! ¡iba á brillar! iba á verme rodeada de lo más distinguido de la nación; es verdad que entonces me mordió una vívora, pero la vida me rodeaba, la esperanza me daba aliento, ¡qué hermoso, qué risueño me pareció el pasado, y qué triste, qué sombrío, qué fúnebre el presente! Llegué á la Corte y nadie me esperaba; me dirigí

inmediatamente al palacio de mi protector, y desde la puerta, hasta la estancia que ocupaba el enfermo, no ví más que á hombres llorosos y afligidos, caballeros que hablaban en voz muy queda, y algunas damas que oraban ante improvisados altares. Se conoce que todos me aguardaban, porque todos me abrieron paso respetuosamente, diciéndome algunos con sus miradas y sus ademanes: Corre, corre, que vas á llegar tarde.

»No necesitaba yo que me impulsaran, corría por los salones, los patios y las galerías con la velocidad del rayo, y al llegar ante la cámara del enfermo, dos criados levantaron las pesadas cortinas de terciopelo rojo bordadas de oro, y ví sobre el lecho una figura luminosa; era él, tenía su misma forma, pero cuerpo y ropaje todo era luz: me acerqué al enfermo, y éste me dijo:

»—Te esperaba, ¡bendita seas!

»—¿Pensáis morir?

»—Sí, hija mía; escucha: ¿tienes algún recelo conmigo? ¿nada queda en el fondo de tu alma?... las mujeres... no perdonan.

»—Señor, todo lo que yo soy á vos os lo debo, ¿quién me ha salvado de todos los peligros? ¿quién me ha hecho figurar entre

las eminencias literarias del reino? ¿quién me ha dado facultades para fundar Casas de oración? ¿quién me ha concedido libertad para vivir donde yo quiera libre de toda traba religiosa? en el fondo de mi corazón, señor, solo hay para vos amor y agradecimiento.

»—Gracias, hija mía; si hay más vida que esta vida, yo te prometo velar por tí. No te quedas pobre, espera la lectura de mi testamento, quiéreme siempre, que necesito de tí, aquí y *allá!*

»Se oyó un murmullo sordo y la estancia se llenó de sacerdotes y de caballeros enlutados; con la mayor solemnidad la religión católica celebró una de sus ceremonias, dándole á mi protector la Extrema-unción; el moribundo como si hubiera esperado cumplir con aquel deber, sin hacer el menor movimiento, sin exhalar el más leve suspiro quedó muerto; murió sin agonía; se conoce que su espíritu estaba ya poco menos que desprendido de su envoltura, porque solo así se comprende que su cuerpo no se estremeciera ni poco ni mucho, cuando en sus ojos abiertos se apagó la llama de la vida.

»Abandoné la cámara mortuoria, porque inmediatamente iban á revestir al cadáver con todas sus galas y á colocarle en

el salón principal del palacio. Yo me retiré á una lujosa estancia, donde no pude dormir; veía el espíritu de mi protector que flotaba en torno mío y me decía: ¡No me olvides! ¡no me olvides! al oírle dije: ¡Señor! creo que algo se llevan de mi ser, y oí la voz de siempre que me decía:—Dá de lo que adquieras y siembra flores por donde vayas.—¿Quiero verte, Señor!—Pues bien cerca estoy de tí.—¿Cómo? ¡si yo no te veo!—Tuya es la culpa, mía no lo es; tú te envuelves con las sombras de tus impacencias, ¡mírame! y entonces le ví, ¡qué hermoso! ¡qué espléndido! ¡todo él era luz!...

»—¿Tienes miedo ahora?

»—No; viéndote, no tengo temor ninguno, déjame ir contigo, seré tu esclava.

»—Yo no quiero esclavos, serás conmigo trabajando, progresando, pero nunca serás mi igual, siempre la eternidad estará entre tú y yo; aprovecha tu tiempo y tu actual existencia que muy provechosa te será por su duración.

»—¡Ay! ¿llegaré á ser muy vieja, Señor?

»—Mírate:—Y me ví, como llegué á ser en los últimos días de mi vida, me ví, sí; asistí á mi muerte y me ví cubierta de flores, cayendo sobre mi cuerpo el rocío ben-

dito del llanto del dolor. Después El se transformó como siempre, de joven arrogante, en anciano venerable, rodeado de arcos luminosos, de *arco-iris* de bellísimos colores, y al alejarse me dijo con la mayor ternura: ¡te perdono en la eternidad!»





LXVIII

CUANDO desperté, me hice muchas y profundas reflexiones con respecto á lo que había visto y oído durante el sueño de mi cuerpo; era mi preocupación y mi seriedad tan grave, que nunca me ví tan dominada por mis recuerdos; tanto, que hablaba conmigo misma y me decía: Aquí he venido á encontrar lo que tanto deseaba, he visto y he hablado á mi ser amado, ¡qué bien estoy cerca de El!... y ahora, ¿qué haré yo aquí? esperaré que pase el entierro y luego volveré á mis lares, ¿qué haré yo aquí? muerto mi protector, la Corte no tiene para mí el menor atractivo, aquí todos parecen felices, y yo... estoy tan lejos de la felicidad que jamás podré alcanzarla. He sufrido dos pérdidas irreparables en muy breve tiempo, miro en torno mío, y me veo tan sola, tan sin sombra, que ni la sombra que proyecta mi cuerpo me acompaña, pues no parece sino que mi organismo es

de una materia distinta de los demás cuerpos humanos, que por ninguna parte consigo ver mi silueta.

Así estuve divagando, hasta que me hice cargo que no había ido allí á filosofar, y envolviéndome con mi largo manto pasé al gran salón, donde en lujosísimo catafalco reposaban los restos de mi protector rodeado de innumerables sacerdotes que oraban junto á él, mientras otros celebraban misas ante varios altares, las que oían devotamente cumplidos caballeros. Yo no me ocupé en cumplir con ningún precepto de mi religión, me acerqué al muerto y allí permanecí contemplándole, hasta que una visita regia me obligó á retirarme á prudente distancia; el rey en persona fué á ver el cadáver de mi protector, se inclinó hacia él, le miró fijamente y lloró en silencio disimuladamente, después miró á todos lados como si buscara á alguien, y al verme me hizo seña que me acercara, le obedecí, y al tenerme á su lado me dijo con voz muy conmovida:

»—Has perdido á un segundo padre.

»—Es cierto, Señor.

»—He de hablarte antes de tu partida, no salgas de aquí antes de que yo te avise. Saludó después á todos con una leve inclinación de cabeza y se marchó. Yo también

me retiré á mi estancia, muy preocupada con lo que me había dicho el rey, ¿qué querría decirme? ¿Me propondría quedarme en la Corte? eso sería horrible para mí, primero me encerraba en el Convento que estar en este infierno. Quise volver al lado de mi protector, pero temí las hablillas cortesanas y las murmuraciones religiosas, pues todos los sacerdotes al verme junto al cadáver interrumpieron sus hipócritas oraciones para mirarme y cuchichear entre sí; ¡qué religiosos! ¡qué fervor en sus rezos! ¡cuánta malignidad! Me quedé en mi estancia, pero poco tiempo estuve sola, pues vino á verme un anciano militar, íntimo amigo de mi protector. Mucho me alegré de verle, era uno de mis sinceros admiradores y yo le estaba muy agradecida á sus caballerescas deferencias, era uno de los caballeros que decía galantemente: Donde están las mujeres, allí está el cielo. Me saludó con el más profundo respeto y la más tierna compasión, hablamos mucho de mi protector, y al final me dijo:—Mañana, después del entierro, vendré á buscaros para acompañaros á palacio donde el rey os espera, el cual desea protegeros.

»Al día siguiente se verificó el entierro que fué un verdadero acontecimiento; tal solemnidad revistió el acto, tantas fueron

las comunidades religiosas, los militares y los empleados civiles que acudieron para acompañar el cadáver á su última morada. Concluída la fúnebre ceremonia vino el anciano militar por mí, y llegamos á palacio, entrando por una puerta secreta lo que me extrañó; llegamos á una cámara suntuosísima, y allí esperé un breve rato, pasando después al despacho particular del rey; éste se hallaba sentado, me arrodillé ante él, le besé la mano y le expuse mi gratitud por su benevolencia hacia mí; el rey me hizo sentar frente á él, quedando entre los dos una mesa anchurosa cargada de papeles y de libros primorosamente encuadernados; el rey sin andar con preámbulos me dijo muy claramente:

»—Tu situación es muy comprometida, y vives mal estando sola. Bien pudieras encerrarte en tu Convento, pero esto no lo quería tu protector ni yo tampoco; ¿quién podrá acompañarte de una manera definitiva? un sacerdote, no puede ser en manera alguna, seríais los dos piedra de escándalo, pero tienes un hermano, y á éste le toca hacer un sacrificio siendo tu salvaguardia; además, creo que se casa y entonces le será menos penoso su obligado quietismo. Yo soy el encargado por tu protector, que fué uno de mis más leales servidores, yo

soy el encargado, te repito, para distribuir tu herencia en bien tuyo y de los demás; nos pondremos de acuerdo y trabajaremos juntos, ahora dime tus propósitos. Le dije cuanto pensaba hacer en beneficio de los niños y de los ancianos, fundando Asilos en donde los primeros recibieran una esmerada educación aprendiendo un arte ú oficio adecuado á las aptitudes especiales de cada uno, y los segundos, un albergue agradable donde morir bendiciendo á Dios. Le hablé también de las mujeres perdidas, por el hambre, que por un mendrugo de pan pasan rápidamente de vírgenes castas á desvergonzadas ramerás.

»El rey aprobó mis planes y me dió instrucciones y medios suficientes para comenzar á realizar mis proyectos humanitarios; me habló largamente de la desmoralización que observaba en las órdenes religiosas, y que preciso era aprovechar mis iniciativas ya que, afortunadamente, no me había contagiado con las miserias humanas.

»—Gracias, Señor, le dije, cumpliré vuestros mandatos y daré consuelo en vuestro nombre.

»—No; en mi nombre, no; hazlo en nombre de la humanidad, en nombre de Dios, en nombre de la justicia.

»—Señor, yo diré lo que hacéis por vuestro pueblo, y hablé mucho y con gran entusiasmo.

»Al salir me dijo mi anciano amigo: Valéis mucho, valéis más hablando que escribiendo, y, ¿cuándo os váis?

»—Mañana mismo.

»—No tan pronto, mujer, no tan pronto, quiero que nos reunamos unos cuantos amigos que os admiran y desean aprovechar una ocasión que quizá no se vuelva á presentar, así es, que mañana en mi casa nos reuniremos, tendremos un banquete de familia; ya vendré á buscaros.

»Al día siguiente vino el anciano por mí; ya en su casa, me esperaba su distinguida familia y muchos amigos de ellos. Pasé un día agradabilísimo, rodeada de personas de talento que se desvivieron por hacerme gratas las horas de aquel día; y en realidad lo consiguieron, ¡qué bien me encontraba entre ellos! Se habló de todo menos de política palpitante, alguien propuso que todos improvisáramos dedicando una corona poética á mi protector. Yo improvisé ocupándome de la mujer sola en la tierra; hubo improvisaciones admirables, ¡cuánto vale el talento! Mi improvisación gustó muchísimo, todos me felicitaron por mi triunfo, jamás me había sentido tan inspirada, así

es, que quedé muy contenta de mi inspiración.

»Mi anciano amigo estaba ebrio de satisfacción, me miraba con paternal ternura y me decía: ¡Valéis mucho! sois la gloria y el orgullo de las mujeres españolas, ¡y pensar que sois religiosa!... ¡qué lástima!... ¡qué lástima! ¡Ay! os advierto que aún no podéis irros, mañana tendremos otra reunión, no quiero que estéis enemistada con un amigo de vuestro protector.

»Pensé enseguida en el poeta satírico, y le supliqué que no me pusiera frente á mi enemigo, pero el anciano se hizo sordo á mis ruegos, y al día siguiente me hizo ir á su casa y se verificó la reunión literaria; mi amigo exigió que reinara la más completa familiaridad, diciendo, que el objeto de aquella reunión, era para que cada cual se luciera improvisando en verso y en prosa, y así yo vería lo que valían los ingenios de la Corte; el poeta satírico no llegaba, á todos extrañó su tardanza, y yo no sabía si alegrarme ó sentir su ausencia. Al fin le anunciaron y yo temblé al verle, saludó á todos, y se inclinó ante mí con el mayor respeto, pero... reflejaba su rostro tanta ironía, tanta... que parecía que se estaba burlando de mí. Se habló mucho y se habló con sensatez; se escribieron varios temas

para las improvisaciones, pero el poeta satírico no se brindó á improvisar lo que extrañé mucho, pero me dijo mi amigo: No se apure que ya improvisará. Improvisaron muchos poetas y resultó agradabilísimo aquel torneo del talento. Yo improvisé sobre este tema: Lo que es ser religioso, sin conocer bien á fondo lo que es la religión.

»Las mujeres lloraron al oirme, porque hablé con elocuencia sobre las trabas de la religión, diciendo al terminar: Para mí no habrá besos ni amor; los besos son para las madres, no para las infelices que entran en los antros religiosos. Todos me aplaudieron muchísimo, y al mismo tiempo me miraron con profunda lástima. Calmado el entusiasmo, el poeta satírico improvisó, ¡qué profundidad de conceptos! ¡qué sublimidad de lenguaje! se dirigió á mí y me dijo: ¡Pobre mujer! ayer creía que te vestías con ajenas galas, y hoy me persuado que eres un bello sentimiento flotando sobre la humanidad. Habló sobre la religión diciendo: No hay más, uno se sujeta á morir cuando la experiencia no sabe descubrir los arcanos de la vida; y tú, mujer, no llores, no llores por no tener hijos, los hijos que no tienes aquí, te aguardan en los cielos, allí encontrarás lo que tu ceguedad te negó aquí.

»Aquel hombre se impuso á todos hablando, ¡qué prosa la suya! mientras él hablaba reinaba un silencio tan profundo que su voz resonaba de un modo admirable. Cuando terminó, los unos aplaudieron, los otros le abrazaron, y él, acostumbrado á tantos triunfos, no hizo el menor caso de aquellas demostraciones de entusiasmo; se acercó á mí, y mirándome fijamente y sonriéndose como él sólo sabía sonreír, me dijo:—Sois un gran maestro.

»—No tanto, señor, no tanto.

»—Sí, mujer, sí, valéis mucho, porque cuanto decís es de vuestra cosecha.

»—No, yo soy el ruiseñor que canta, y vos, el sabio que habla.

»—Me alegraría que cambiáramos impresiones, porque yo os herí la primera vez que nos vimos y el orgullo herido de la mujer nunca perdona, y como hablando la gente se entiende, nos entenderíamos.

»—Yo no tengo tiempo disponible para sostener correspondencia con un hombre como vos.

»—¿Rehusáis mis cartas?

»—Tanto como rehusarlas... no.

»—Pues vos me escribiréis en verso, porque versificáis con una facilidad asombrosa, y yo os escribiré en prosa.

»Incliné la cabeza en señal de forzado

asentimiento, y cuando todos se fueron, sentí un miedo horrible, y tal espanto debió expresar mi rostro, que mi anciano amigo se asustó y me dijo: ¿qué tenéis? ¿qué os pasa?

»—Nada, nada, ¿cómo decirle lo que tenía? imposible; se hubiera reído de mí creyendo que yo veía visiones si le hubiera dicho que en realidad veía junto á un cortinaje la sombra del poeta satírico, que estaba rodeado de todos sus vicios simbolizados en flores muy hermosas, que llevaban dentro de su cáliz un hormiguero de gusanos; de todo su ser partían líneas luminosas que ondulaban hácia mí; el poeta estaba macilento, abatido, apoyaba su diestra en el pomo de su espada, y con la otra mano se oprimía el corazón como si experimentara un dolor muy agudo. ¿Qué tenéis? le preguntó mi pensamiento, ¿qué tenéis? y me dijo él con voz ahogada:

»—¡Para otro tiempo será! ¡para otro tiempo! y se apretó de nuevo el corazón; ¡qué clara veía yo la sombra del poeta! al fin cayó el cortinaje, y tras él desapareció la sombra; entonces respiré, ¡qué horror me inspiraba aquel hombre! ¡había tanta hiel en sus labios y en sus ojos!...

»Al día siguiente, muy bien escoltada por hombres de armas, emprendí la vuelta

á mis lares; iba triste, muy triste, mis viajes á la Corte me entristecían extraordinariamente, veía mujeres bellas, lujosamente vestidas, con sus padres, con sus esposos, con sus hijos, con sus prometidos; veía los goces naturales de la vida en todas sus fases, y me veía á mí, con mis negros hábitos, mi toca monjil, mi soledad, separada de todos los placeres, desde los más inocentes, hasta los más embriagadores, para todos la vida, para mí la muerte; pero oí muy á tiempo una voz que me dijo: No envidies, mujer, no envidies; entre esa multitud que tu crees dichosa, hay muchas mujeres convertidas en *troncos*...

»—¡Allí!... ¿también allí hay *troncos*?

»—Sí, y muy despreciables, y muy despreciados.

»Cuando entré en mi Convento respiré mejor, encontré mi celda encantadora; allí nada tenía que envidiar, me hablaron las *flores del cielo* felicitándome por mis triunfos, y me dijeron en conclusión: Ya vas colocándote en tu verdadero lugar, ni te crees tan grande como antes, ni tan buena, y ahora es cuando comienzas á ser grande, y ahora es cuando comienzas á ser buena.»



LXIX

EN la tierra nunca se quiere tanto el pequeño lugar donde se habita, como cuando se ha estado lejos del rincón hospitalario donde hemos reposado y hemos sufrido; por eso mirando las blancas paredes de mi celda, me parecían éstas muros preciosos que no los hubiera cambiado por jazpes ni alabastros; miraba mi humilde lecho y se me antojaba que era un nido formado por aromáticas flores, mi lecho no tenía colgaduras de púrpura, pero era ancho, cómodo, blando, limpio y suave, y sobre todo, ¡era mío! en él esperaba morir ¡qué bueno es tener un lecho para morir! no quedó en mi celda objeto que yo no mirara con el mayor cariño, mucho quería á mi lecho, pero no quería menos á mi gran mesa-escritorio; era un recuerdo de mi padre, y en sus múltiples cajoncitos estaban encerrados los arcanos de mi vida, todos mis pensamientos, todos mis delirios,

todos mis sueños, todos mis deseos. Miré mi sillón predilecto, en el cual tanto había meditado, tanto había soñado, miré los demás sillones donde se habían sentado mi padre, mi protector, mis más íntimos amigos; examinando cuánto contenía mi espaciosa celda se fué tranquilizando mi ánimo, hasta el punto, que se apoderó de mi ser el más dulce sosiego; y gocé en mi plácida quietud; mas, súbitamente sentí como un vago remordimiento y murmuré: ¿Pero tengo yo derecho á tener sosiego, cuando hay tantos pobres sin pan? Tengo mi Convento, mis monjas adictas, mis relaciones religiosas, pero... ¿esto es vivir? no; el mundo es otra cosa, donde unos viven para gozar y otros luchan desesperadamente para vivir, y hay otras delicias; además, hay mujeres que oyen las vocecitas de los niños que dicen: ¡madre!... ¡madre mía! ¡qué bueno será oír la voz de un niño llamando á su madre! y aunque la mujer sea tan desventurada que se convierta en *tronco*, *tronco* será para el mundo, pero para su hijo será más que un *tronco*, será un árbol frondoso á cuya sombra se acogerá el niño; en la lucha de la vida habrá dolores horribles; pero también habrá sus compensaciones, sus deleites, sus goces embriagadores. Vivir en medio del mundo... eso,

eso es vivir. Yo aquí podría escribir mucho, muchísimo, pero más vale escribir en el corazón humano. Ya no tengo afán por escribir para el mundo, porque ya no tengo á nadie que se interese por mis escritos ni mis cantares; lo que yo deje estampado en el papel, lo quemarán, y lo que dejen sin quemar, harán en las estrofas de mis cantos tales mutilaciones, que todos *á una*, conspirarán contra la verdad; y seré para el mundo una fanática alucinada, una mujer enferma soñando despierta, una monja andariega con ribetes de reformadora revolucionaria, que solo los hijos saben respetar la memoria de sus padres; todo se prostituye menos el sentimiento de los huérfanos, mucho deben costar los hijos, pero se pueden dar por bien empleados los afanes, porque ellos son los únicos que respetan la voluntad de los que fueron, pero yo no tengo hijos, y buitres hambrientos de mi fama devorarán cuanto yo deje escrito.

»Confieso ingenuamente que la suerte de mis papeles, depositarios de mis sueños, de mis plegarias y de mis amores, me preocupó muchísimo, siéndome muy dolorosa la persuasión que yo tenía del auto de fe que harían con ellos, y lo que era peor aún, el ridículo que arrojarían sobre todos mis borradores, los que se salvaran del fue-

go, que entre el fuego de la leña y el fuego de la maldad envidiosa, y de la calumnia infame, es preferible el fuego que destruye, al fuego que mancha. ¡Cuánto sufría mi alma! ¡cuánto! Pasé algunos días luchando entre la idea de ser yo el verdugo de mis propias obras, destruyendo mis inspiraciones, ó dejar que fueran pasto de la malicia religiosa y que emplearan sus malas artes volviendo lo *blanco negro* y lo *negro blanco*. Me aficioné á mi lecho, porque en él descansaba mi cuerpo blandamente y mi alma cesaba en su batalla levantándome contenta y risueña, mirando los árboles que se despojaban de sus hojas y crecían... crecían preparándose para dar nueva sombra, y nuevos perfumes con sus flores; ellos eran la fiel imagen de la vida. Todo era útil, menos yo, y la idea de mi inutilidad me sublevó contra mí misma, y decidí salir de mi quietismo. Animada de los mejores deseos, salí una mañana del Convento y al verme en la calle, ante unas casitas que habían levantado frente á mi morada, sentí una especie de indecisión, no sabía si avanzar ó si retroceder, opté por lo último y entré en el templo de mi Convento, que estaba decorado con artística sencillez; me fijé en todo aquello que lo embellecía y reparé en un altar que había dentro de

una capillita, donde se veneraba una imagen de Cristo crucificado, regalo del arquitecto que dirigió las obras; era una obra de arte, admiré su belleza, cuando de pronto noté que la capillita se inundó de luz y la imagen parecía que nadaba entre un mar luminoso. Yo creí que aquel buen efecto lumínico lo producían los rayos del sol atravesando los cristales de las altas ventanas, porque formaban caprichosísimos arco-iris que daban al Cristo distinta expresión, cuando se inundó de luz violácea, adquirió su rostro un expresión repugnante que yo no podía mirar sin experimentar repulsión; tanto es así, que exclamé en alta voz: Si el orbe entero mirara esta imagen en estos momentos, renegaría de la religión del Crucificado; ésta no es la imagen de Cristo, parece un facineroso, ¡qué horror!

»—¿Qué os pasa, señora? me preguntó el capellán del convento.

»—Que no puedo ver al Cristo con esa luz violácea.

»—Pues yo no veo nada, señora.

»Al oír al capellán, comprendí que la diversidad de colores estaba en mi mente y varié la conversación diciendo:

»—Yo, cuando miro á Cristo crucificado, no lamento su dolor físico, lamento que

fué un mártir de la ignorancia, no de la crucifixión.

»—Yo, señora, creo que fué mártir en cuerpo y en alma, que no fué grano de anís la muerte que le dieron.

»Sin saber lo que me hacía me arrodillé y exclamé:—¡Oh mártir de la humanidad! ¿cuándo te verán las gentes revoloteando por el espacio en vez de verte crucificado? ¡Dichosa la Magdalena! que te vió salir de tu sepultura y tú le dijiste:—Mujer, vé y dile á los hombres lo que has visto. Padre, ¿llegará un día que los hombres verán á Cristo no en la infamante cruz, sino radiante de gloria?

»—Eso será en el cielo, no en la tierra.

»—¿Y por qué no en la tierra?

»—Porque en la tierra somos malos, y solo el día del juicio final será cuando la humanidad verá á Dios.

»—Pero, ¿llegará el día del juicio final?

»—No sé, señora, yo no me explico eso del juicio final; creo lo que dicen y nada más; lo que sí creo ahora, es lo que ayer no creía; dicen que padecéis de alucinaciones, que unas veces os inspira el Diablo, y otras los ángeles.

»—¿Y qué creéis vos? ¿quién me inspira?

»—No lo sé, señora, no lo sé, habéis te-

nido en esta crisis de todo, cuando habéis dicho que la imagen de Cristo, tenía cara de facineroso, temblé por vos, señora.

»—Y si os preguntaran, ¿qué diríais?

»—Diría sencillamente lo que he visto, diría la verdad.

»—Yo os prometo protegeros siempre, porque sabéis cumplir con vuestro deber.

»—Pues para mí es lo más sencillo y lo más natural.

»Me retiré á mi celda y dejé al capellán muy meditabundo; para él yo estaba alucinada, mejor dicho, *endiablada*, era uno más para el día de la quema de mis escritos. Al entrar en mi estancia me hablaron las *flores del cielo* diciéndome una de ellas con marcada ironía: ¿Por qué te entretienes mirando Cristos de piedra? corre á buscar los Cristos de carne y hueso que no tienen pan para sus hijos, no te costará mucho encontrarlos, están en todas partes los crucificados por la miseria.

»Comprendí que tenían razón las *flores del cielo*, y al día siguiente salí al campo sin objeto ninguno. Me fijé en un terreno muy productivo y recordé el encargo de Benjamín respecto á la casita que él quería levantar cerca de mi Convento, después llegué hasta el *arrabalito* donde hallé anteriormente una casita que era un cielo en

miniatura; no supe dar con la calleja donde aquella estaba situada, y seguí andando hasta salir del arrabal, y al pie de una colina encontré sentado á un anciano, era muy viejecito, mucho, no se podía tener en pie, quiso levantarse diciéndome:

»—¿Vos por aquí, madre?

»—¡Madre! ¡qué hermoso nombre si yo lo fuera!

»Madre sois, señora, vuestro traje revela que sois la madre de los desgraciados. Le hice sentar y el anciano me dijo:—Quisiera morir porque ya estoy de sobra en este mundo; he perdido á mi hija, aquella que vos decíais que su casa era un cielo en miniatura, ella era mi angel tutelar, muerta ella, yo estoy de más aquí.

»Al oír las quejas del pobre viejo, desperté, me crecí, me sentí fuerte y tuve remordimientos por mi quietismo, me habían dado medios para todo, y yo no hacía nada; era un espíritu desagradecido, mientras más tenía menos bien hacía; me avergoncé de mí misma, lo confieso, y sinceramente arrepentida, le hablé al anciano con la mayor ternura y le dije:—Dadme vuestras manos, dadme vuestros brazos, ¡pobrecito! apoyáos en mí.

»—¿En vos, señora?

»—Sí, en mí, ¿en quién mejor?

»—No me habréis visto bien, estoy muy sucio, y tengo sobre mí las inmundicias de la miseria.

»—Pues por eso mismo urge poner remedio. Ya no moriréis solo ni abandonado, dentro de algunas horas pareceréis otro, estaréis amparado y protegido, vamos arriba. No fué tan fácil levantar al anciano, su debilidad era tan extremada que no podía tenerse en pie, pero yo me valí de mis mañas y lo levanté, pasé mi brazo por su cintura, y el suyo por la mía, busqué el mejor camino y emprendimos la marcha; afortunadamente al llegar al arrabalito, muchos niños nos rodearon, y uno de ellos de cara inteligente y mirada chispeante, se apoderó de una punta de mi manto diciéndome: Yo también vengo para ayudarte á llevarle, ¡pobre abuelo! Cuánto me impresionó la acción de aquel niño. Afortunadamente acudieron varios hombres y uno de ellos joven y arrogante me dijo:

»—Señora, ya habéis hecho bastante, ahora nos toca á nosotros, y ante todo debe descansar el pobre abuelo; y acto continuo trajeron un viejo sillón, donde sentaron al anciano que, en realidad, había agotado sus escasas fuerzas, y me miraba completamente desfallecido. Una mujer le ofreció algún alimento y mientras el infe-

líz se alimentaba, todos hablaban á la vez, y entonces supe que aquel desventurado en su juventud había sido rico, que había tenido grandes vicios y no pocas desgracias, pues de cinco hijos, solo una hija le había permanecido fiel, los cuatro restantes le acusaron cruelmente por haber malgastado su caudal. ¡Cuántas miserias! si se hubiera tratado de un rico, todas sus torpezas se hubieran calificado de *gracias*, pero como que era un pobre, todos se creían con derecho para publicar su vergonzosa historia; solo aquel joven guapo y arrogante, que me había dicho: Señora, ya habéis hecho bastante, fué el único que no arrojó leña á la hoguera de la murmuración, antes al contrario, me miró fijamente y me dijo: Señora, sobre todos los templos que hay por estas tierras, se levantará mañana otro templo mas alto que todos, y en ese templo estaréis en efigie, porque os adorarán como á una santa.

»Me llamó mucho la atención el lenguaje de aquel hombre, y su disposición; él dispuso que emprendiéramos la marcha, y con muy buen acuerdo se detuvo un rato, para que todos descansáramos, y entonces me preguntó:—¿Y á dónde dejaremos á este pobre abuelo?

»—Aún no lo sé, porque en el Convento

no hay albergue para los peregrinos, ¿podrías quedaros con él, hasta que yo le prepare hospedaje?

»—Pues para ese final ¿á qué hacer tanto camino?

»—Tenéis razón, estoy muy torpe para discurrir.

»—No es extraño, señora, todos tenemos nuestras horas de confusión, pero recordad que si en el Convento no hay lugar para albergar peregrinos, en la casa de vuestro padre hay sitio para albergar un pueblo, y muchos pobres han pasado allí la noche.

»—Pero es que aquella casa ya no es mía, la ocupan otros parientes y no sé si querrán...

»—Pues no han de querer, si allí está todavía la antigua servidumbre que es la que se entendía con los pobres.

»—Pues probemos; y me dirigí á la casa de mis mayores; la servidumbre no sabía qué hacerse conmigo, y apenas indiqué lo que quería, el más viejo de mis antiguos servidores hizo entrar á mi protegido diciendo:—Señora, en esta casa, hasta las piedras se alegran de veros, y sus dueños actuales se darán por muy contentos de servirnos; no lo dudéis, señora, todos vues-

tros parientes tienen á mucha honra el complaceros.

»Mi anciano protegido al ver que le iba á dejar allí, me dijo con acento suplicante: —No me dejaréis nunca, ¿verdad?

»—Nunca, tú serás la piedra angular sobre la cual edificaré un Asilo, en el cual se refugiarán los ancianos y los niños que son los verdaderos pobres, porque ni los unos ni los otros se pueden ganar el pan con el sudor de su frente.

»—Me alegro, dijo el joven arrogante, porque ya sé donde podré morir cuando todos me falten.

»—¿En qué trabajáis?

»—En luchar con el Estado para defraudar sus intereses.

»—No os comprendo.

»—Ni es fácil que me comprendáis, señora; hay hombres arriesgados, valientes, temerarios, que jugando el todo por el todo, conducen productos de un pueblo á otro, burlando la vigilancia de los empleados de Hacienda.

»—O mucho me equivoco, ó eso es robar, y yo no quiero que seáis ladrón. ¿No tenéis ningún oficio?

»—No, señora, mi padre desde niño me llevó con él, y aprendí á burlar la vigilancia de los empleados del Estado. Murió mi

padre en la brecha, y yo he seguido el mismo rumbo para vengar su muerte.

»—Dejáos de vengar una muerte justa y venid á verme, hablaremos y os proporcionaré ocupación más digna de vos. El joven me miró muy sorprendido; en sus negros ojos apareció una lágrima que no llegó á caer, y me dijo con voz muy conmovida:—Salvadme, sois un angel en la tierra; salvadme y haré la vida del justo.

»Los demás hombres envidiosos de mi predilección me dijeron: ¿Y para nosotros no hay nada?—Sí, les dije, ya visitaré vuestro arrabal, y haré en beneficio vuestro todo cuanto pueda. Todos quisieron besarme las manos, y yo estaba tan abstraída en mis pensamientos que les dejé hacer, cuando me serené me encontré sola y ví el grupo que se alejaba volviendo todos la cabeza para mirarme.»



CUANDO hubieron desaparecido mis acompañantes, á ruegos de la viuda é hijos de mi hermano, me quedé á pasar la noche con ellos: ¡cuánto me agasajaron! no sabían que hacerse conmigo, todo les parecía poco, la viuda en particular me miraba con verdadera adoración, los hijos eran más reservados, más circunspectos, pero sus miradas decían lo que no expresaban sus labios.

»La viuda, creyendo complacerme y honrarme, me llevó á la estancia donde murió mi hermano, y en su mismo lecho me acosté contenta de ocuparle, pues me hice cargo que algo vería allí que me sirviera de estudio. Efectivamente, á poco de haberme acostado, me pareció ver á mi hermano, pero muy confusamente y muy lejano, tanta era la distancia que yo no podía asegurar ni precisar su estado, pero presumí que estaba en la turbación: Le

llamé, suplicándole que se acercara, y él volvió la cabeza huyendo presuroso; quise llamarle de nuevo, pero temí que le exasperara mi insistencia y murmuré con tristeza:—¡Hasta muerto huye de mí! entonces oí una voz que me dijo:—No quieras nada á la fuerza. Al fin me dormí que bien lo necesitaba, se rindió mi cuerpo, y mi espíritu recobró vida; ¡estaba tan debilitado! Al día siguiente, al despedirme de la viuda y de sus hijos, los tres me colmaron de bendiciones; antes de irme quise hablar á solas con la viuda y la pregunté:

»—¿Eres feliz? ¿no tienes ninguna pena que te atormente?

»—¿Penas?... ¿penas?... yo creo que la pena es el ambiente que respiro; pero aparte de la pena principal, vivo bien; cuando me acuesto pido *luz* para que ilumine á el amor de mis amores, le pido á Dios salud para mis hijos y misericordia para mí. ¿Estáis contenta de mi proceder?

»—Sí, hija mía; estoy contentísima de tí; pero dime: ¿No hay ninguna sombra en tu mente? ¿no ves algo confuso que te asusta y te hace temblar?

»—¡Ay! ¿sois adivina? leéis en mi alma, ¿por qué negarlo? de noche veo á vuestro hermano, y oigo que me dice: Tú has sido mi desgracia. Mentís, le digo yo,—calla

desventurada, me dice él, tú has sido mi deshonra, huye de aquí que ésta no es tu casa, es de mi hermana; sal pronto de aquí.

»—Pues no te asustes, tú no tienes culpa de nada, lo que me cuentas me demuestra que el alma de mi hermano aún está aquí.

»—¡Aquí!... ¿aquí está su alma?

»—Sí, aquí está, anoche ví á mi hermano, está muy turbado, muchísimo.

»—¿Creéis que es conveniente que se apliquen al descanso de su alma algunos centenares más de misas?

»—¿Misas? de esas yo me encargaré, y tú, conságrate al cuidado de tus hijos en cuerpo y en alma, sin acordate que en la tierra existen hombres que te pudieran brindar amor. Tienes que vivir exclusivamente para tus hijos; por ellos y para ellos; cuando llegue el tiempo oportuno, los haremos hombres de provecho, y no te perturbe ningún temor, tuyo es lo que te dí, disfrútalo tranquila dando ejemplo de cordura y de templanza, ya sé que no tienes ningún vicio.

»—¡Ah! no, señora, no me hubiera creído digna de vivir aquí, si hubiese buscado en la embriaguez mentidos goces, ¡qué menos puedo hacer que demostraros mi gra-

titud con el sincero arrepentimiento de mis culpas? creedme, no volveré á pecar.

»—Lo creo, hija mía, lo creo; eres digna de poseer lo que posees; y abrazándola con el mayor cariño, salí de mi antigua casa solariéga y me dirigí á mi Convento. Durante el camino, que era bastante largo, fuí contemplando cuanto me rodeaba y me decía á mí misma ¡qué pequeñitos somos! ¡qué desnivel hay en nosotros! cerca ya del Convento pensé en el pobre anciano que había dejado en casa de mi hermano, y me acusé de no haberle recomendado á su viuda; ¡qué olvido tan censurable! ¿Qué pasa por mí? exclamé, no resuelvo nada, ¿por qué esta indecisión? ¿por qué este dualismo? quiero ser útil y no lo soy, me sobra el oro y no lo sé distribuir. Me paso los días luchando conmigo misma y, ¡qué lucha tan inútil! luego se dice uno: ¿Pero qué haces? ¿en qué piensas? y el tiempo transcurre y no se dá un paso de avance. Al fin una mañana me levanté, y saludando al Sol dije:—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿qué tengo? ¿qué tengo, que quiero realizar grandes proyectos y no llevo á término ninguno? y entonces oí una voz que me dijo:—Te falta amor, ese amor que une los cuerpos, ese amor que dá luz, vida y movimiento. ¡Despierta! estás turbada, te preocupa el

deseo de un goce para tí desconocido, y para seguir viviendo así, más te valiera morir.

»—¡Ah! sí, debo despertar, murmuré con desaliento, pero... ¿qué delito he cometido para ser tan desgraciada? ¿Por qué me hice religiosa? una cosa es la religión, y otra la negación de la vida, la negación de la reproducción y del amor; y yo quisiera oír una voz amiga, yo quisiera tener un ser á quien confiar mis penas y mis dudas; ¡y no tengo á nadie!... ¡á nadie! ¡Dios mío! vendrá Benjamín, pero... le tengo miedo, mucho miedo, es violento, iracundo, exigente; para vivir bien con él, hay que estar á prudente distancia, y además, él se casará, tendrá nuevos afectos y no se podrá consagrar á mí. Hay un hombre en la tierra, ese sí; ese sería el archivo de mis pensamientos, pero no puede ser, no le puedo decir que le amo, que rompería mis hábitos, que rasgaría mis tocas y me iría con él al fin del mundo; pero... esto es imposible, los dos pertenecemos á la iglesia del fuego y del tormento, y á donde quiera que nos refugiáramos, allí nos perseguirían, allí nos encontrarían, y nos harían volver aquí para escarnio y vergüenza de nuestra religión, ¡imposible! ¡imposible!... los votos nos separan y me avergüenzo de

pensar así. ¡Qué culpable soy, Dios mío! ¿cuántos amores hay en mí? ni yo misma lo sé, ni yo misma lo comprendo. Yo amo á Dios, sí, le amo, le amo con locura, pero no le tengo á mi lado, le veo joven, hermosísimo, le veo convertirse en un anciano, pero sus ojos tienen siempre el fuego de su eterna juventud, mas siempre está lejos de mí, ¡muy lejos! no me puede ofrecer las satisfacciones ni los goces terrenales; no puede hacer reproducir en mí la esencia de su amor. Pienso en él y corrientes de fuego circulan por mis venas; le llamo y aparece y le tiendo mis brazos, y él sonriendo dulcemente me rechaza; y este amor que es mi vida, es á la vez mi muerte y mi martirio. ¡Cuánto hablé con el Sol! no sé las horas que pasé delirando, solo recuerdo que vino una monja por mí, y que poco antes de venir, me dejó caer en un sillón, y oí claramente la voz de mi padre que me decía: ¿Por qué retrocedes? y añadió mi protector: ¿Ya me has olvidado? y replicó mi hermano: ¡Ingrata! ¡ingrata! Eso no, exclamé exasperada, jamás he sido ingrata, pero no os tengo á mi lado; si de barro pudiera yo formar vuestros cuerpos, los formaría, y aunque estuviérais inmóviles, os tendría junto á mí; y tanto os miraría, que derretiría el hielo de la muerte, y viviríais para mí; en

esto apareció la monja, y apoyada en su brazo, porque me caía como si estuviera ebria, nos dirigimos al Refectorio, donde me aguardaba la Comunidad para comer. A mí, durante las comidas, no me gustaban las lecturas y entablaba discusión con mis compañeras, por creerlo más higiénico para el cuerpo y más beneficioso para el alma. Aquel día se habló mucho de Jesús, y dijo una monja jovencita:—Si yo viera á nuestro divino Jesús, como le vé nuestra digna Superiora, yo me moriría de placer.

»Miré á la joven, y ví que la fe y el buen deseo irradiaban en su semblante y entonces le dije:

»—Tienes razón, es dichoso el que lo vé, pero yo he visto á Jesús de otra manera, no lo he visto crucificado ni desnudo, le he visto flotando en el espacio, rodeado de luz, de aguas balsámicas, de flores, de cuanto bello encierra la creación.

»¡Con qué atención me escuchaban las monjas! la segunda superiora, que era un espíritu muy pensador, me miró fijamente y me dijo:

»—¿Y cómo no le véis como murió? ¿no fué su crucifixión el trance más amargo de su vida? ¿no derramó entonces su sangre, y le clavarón clavos en su carne?

»Sí, sí, tuvo clavos, la ignorancia los

clavó en la civilización, de la cual Jesús era el símbolo.

»—¿Pero no fué hombre?

»—¿Quién lo duda que lo fué?

»—Pues si fué hombre ¡cuánto debió sufrir en la cruz!

»—Es que el sufrimiento físico está en relación con la elevación y grandeza del espíritu.

»—¿Y él resucitó, no es verdad?

»—Sí, resucitó, se apareció su espíritu, y para que dieran fe que existía, se presentó con su cuerpo triturado, porque de no haberlo hecho así, no lo hubieran creído, necesitó demostrar su costado abierto, su pecho rasgado, sus manos y sus pies agujereados para que dieran fe á su resurrección, pero no necesitaba Jesús de su maltrecha envoltura para resucitar, y no la necesitaba porque no había muerto, porque su espíritu había presenciado el tormento de su cuerpo, presa que arrojó á los hambrientos lobos del fanatismo religioso, mientras que su alma contemplaba el camino recorrido y el que tenía que recorrer. ¡Ciegos sois los que adoráis á Jesús manando sangre de su abierto costado, yo le adoro sin sangre, sin martirios, sin miserias, sin dolores, yo le adoro en su gloria,

en su taller eterno, en su grandeza superior á todas las grandezas!

»—Pues yo quisiera verle, dijo una monja, como le vió la Magdalena, con su cuerpo lleno de heridas.

»—¿Y con la cruz á cuestas? la dije con ironía.

»—No, sin cruz, pero con su cuerpo ensangrentado, porque así me parecería que era el Jesús que yo siempre adoré, desde niña así le ví, y así le amé.

»—Pues le veréis aquí.

»—¡¡¡Aquí!!!... exclamaron las monjas.

»—Sí, aquí. Ya sé que muchas de vosotras creéis que el diablo me tiene alucinada, pues quiero que veáis los prodigios que hace el diablo. Mirad, y señalé á una gran ventana abierta de par en par, mirad fijamente que por ella entrará Jesús. Reinó un silencio profundo, las monjas contenían la respiración, y al fin una de ellas gritó: ¡Dios Santo! ¡es él! y se postró juntando las manos, llorando sin gemir. Las demás le fueron viendo, y yo ví perfectamente como su figura se desprendió de un globo luminoso, y envuelta en un sudario blanco, manchado de sangre, se adelantó lentamente hasta colocarse junto á la mesa, y entonces dijo:—Aquí me tenéis, ¿queréis ver mis heridas? mirad, y presentó sus manos

taladradas, su pecho rasgado, su costado herido, sus piés triturados; todas las monjas, como movidas por un resorte misterioso, se acercaron temblorosas á El, y yo también me acerqué más que las demás, y El me dijo: ¿Quieres tocarme? ¿No te convences todavía?—¡Señor! ¿por qué no puedo estar junto á tí? ¿no sabes que necesito tu amor?

»—Sí, necesitas amor, ya lo sé, ten paciencia, el tiempo es el mensajero de Dios, y el tiempo te traerá lo que deseas, pero antes tienes que sufrir la lucha de amar y no encontrar tu amor en lo infinito; verdadero tormento de las almas impacientes, que han soñado y no han trabajado, que se han apresurado á recojer cosechas que no han sembrado.

»Con asombro de las monjas, la figura y su largo sudario se cubrió de una espesa bruma, y rasgándose ésta, dió paso á un anciano muy interesante cubierto con una túnica blanca.—¡Padre! ¿tú eres Dios? dijo una monja. No, replicó El con dulzura; soy el padre y el hijo en un solo espíritu, soy el hijo de vuestra ignorancia, soy el padre de la ciencia que os ilumina; pero no soy Dios, á Dios nadie le verá en hechura, se le vé en el sentimiento de la madre, en todos los amores heróicos, en

cuanto vive en la creación. No digáis que me habéis visto, os martirizarían; y se fué alejando diciendo:—¡Amadme! vienen conmigo los que trabajan, los que aman, los que esperan en su progreso.

»Cuando desapareció la figura, dejó tras de sí una lluvia luminosa que duró algunos segundos, y las monjas maravilladas de lo que habían visto, y excitado en gran manera su sistema nervioso, parecían cuerpos azogados moviéndose en distintas direcciones gritando la mayoría:—¡Señor! ¡llévanos contigo! ¡sálvanos!

»Confieso ingenuamente que me asusté al verlas tan exaltadas y tratando de dominarlas con mi voluntad, las dije:—Callad, callad, enmudeced, no sean vuestras imprudencias piedra de escándalo, no digáis á nadie lo que habéis visto, que nos acusarían de herejes, y el fuego destruiría nuestro Convento y seríamos víctimas de todas las calamidades, que la verdad no puede manifestarse hasta que la luz ilumine las inteligencias. ¡Ay de los primeros reformadores! ¡Ay de los que arranquen violentamente la venda de la ignorancia! callad las que seáis débiles, callad todas, que aún no es tiempo de revelar lo que las inteligencias no pueden admitir; el fruto verde se le indigesta al niño travieso, y

fruta faltada de sazón es la revelación de las almas que viven eternamente no estacionadas en un goce estéril, ni atormentadas por un dolor eterno: las almas viven luchando, sufriendo, avanzando y conquistando un nombre en la historia de la humanidad.»





LXXI

CUANDO hubo terminado aquella escena entre la Comunidad y el *ser* que se nos apareció, nos quedamos todas un buen rato reflexionando, que en realidad mucho había que reflexionar; al fin rompí el silencio y dirigiéndome á mis compañeras, y muy especialmente á la segunda Superiora, dije así: Ya véis lo que acontece cuando menos se espera, vosotras lo habéis querido; ya os dije antes que he pasado y paso por *endiablada*, que mis éxtasis son obra del genio del mal; mañana si os preguntan, si os interrogan, decid lo que habéis visto sin quitar ni poner; que una cosa es hablar fuera de tiempo demostrando asombro, y otra contestar á intencionadas preguntas. Ahora, decidme vosotras que habéis visto lo ocurrido. ¿Tengo yo la culpa de estas apariciones?... ¿qué medios empleo? ninguno; ¿qué sortilegios pongo en práctica? yo no sé más que amar á Jesús, si no fue-

ra por El, si no fuera tan profunda la adoración que embarga mi ánimo, yo os digo ingenuamente que no persistiría en dominar mis pasiones y ser verdaderamente una mujer virtuosa; por El lucho y no me rinde la lucha que sostengo en mi organismo perfectamente equilibrado, sano y robusto; mis pasiones son vehementes, mis deseos impetuosos, hay desbordamiento de vida en todo mi ser, late mi corazón y funciona mi cerebro complementándose el uno al otro, y todo este sentimiento y toda esta elevación de ideas tengo que contenerlas dentro de un círculo tan pequeño, que me ahogo dentro; pero pienso en El, y vuelvo á tomar mi cruz y sigo caminando hasta llegar al fin de mi existencia, y este cumplimiento exacto de todos mis deberes, ¿creéis que pueda ser obra del Diablo? no lo creáis; que nunca arbol dañado dió frutos en perfecta sazón y el sacrificio heroico de mi alma manifiesta que otra alma muy superior á la mía es la que me envía sus divinos efluvios, y yo os aconsejo que améis á Dios, porque es fuente de vida y los que á El se acerquen no perecerán, y no perecerán porque no serán pecadores; si amáis á Dios, os toleraréis las unas á las otras, y trabajad, que trabajando se adora á Dios, en el templo del Universo y se le adora

como debe adorársele, ofreciéndole un corazón sensible y un proceder intachable. Sin necia alabanza, os digo que sigáis mi ejemplo, que seáis mujeres honradas. Ya os he dicho y os lo repito, que mi cuerpo no es de hierro, que mi cuerpo no es inerte, yo siento, yo amo, yo deseo; hay en mí todas las generosas palpitaciones de la vida, y sin embargo, no traspaso los límites de la decencia, de la moral, del virtuoso recogimiento. Si sentís pasiones y deseos, no haced lo que hacen otras comunidades religiosas, que se entregan á torpes y repugnantes liviandades que desfallecen los cuerpos y embrutece las almas. Sed fuertes, trabajad mucho corporalmente, que cuando nos rinde el cansancio físico, duermen los deseos de la carne; y os advierto, que si encuentro en vosotras alguna mujer viciosa, la separaré de la Comunidad, como se separa el fruto podrido para evitar que con su contacto se pudran los que están sanos y en perfecta madurez. La verdad no tiene más que un camino, el vicio es repugnante en todas sus manifestaciones, por mucho que se le encubra vicio es, y quiero mujeres virtuosas, sanas y tranquilas en torno mío, quiero que seáis buenas, buenas en todos sentidos, y que el perfume de vuestras virtudes, sea el incien-

so que en aromática nube se eleve al espacio buscando á Dios.

»Las monjas inclinaron la cabeza en señal de asentimiento, y me retiré á mi celda, donde me abismé en mis meditaciones, arrepintiéndome de haber ido tan lejos, hablando tan claro, pero haciéndome el pro y la contra, concluí por creer que había hecho bien, diciéndoles á aquellas pobres mujeres lo que era el pan y lo que era el vino, ¡estaba tan harta de la hipocresía religiosa! prefería la destrucción de todas las comunidades, á que fueran los conventos semilleros de asquerosas y repugnantes liviandades. ¡Oh! sí; sí; de muy buena gana hubiera abierto las puertas conventuales y les hubiese dicho á las mujeres: id y sed madres, que la maternidad es el sacerdocio de la mujer, y les diría á los hombres: Salid, vestid el honroso traje de trabajador, y crearos familia y trabajad para ella. ¿Para qué tantos mártires? basta de religiosos improductivos dominados por los deseos de la carne. Yo amo á Dios, sí, le amo, pero no desdeño el amor del hombre. Ya no sirvo para el mundo, los votos religiosos no se rompen sin escándalo, he de continuar hasta el fin. ¡Dios mío! para tí fué una corona de dolores. Yo amo, yo deseo, yo an-

sío amor, amor y vida, amor y reproducción.

»Así hablé conmigo misma largo rato, hasta que cansada de tanto pensar y discutir, me acosté y me dormí, es decir, dormió mi materia, que mi espíritu, más despierto que nunca, se detuvo junto á mi lecho y contempló mi cuerpo, que yacía rendido, por no hacer nada, y al verle tan maltrecho murmuré: ¡Pobrecillo! ¡como te sacrifico! después me paseé por mi estancia, mirando detenidamente cuanto ésta encerraba, muy en especial me fijé en mis papeles y dije: Debo escribir más, pero... ¿y para qué? ¿qué harán con mis escritos? ¡destruirlos ó deshonrarlos! Me apenaba contemplar mis papeles, y sin abrir puerta ninguna, salí de mi celda y al contemplar el espacio me consolé, ¡era tan hermoso cuanto veía!... anduve mucho, mucho, y me extrañaba de ver mi cuerpo en mi lecho frío y rígido como un cadáver, y ver otro cuerpo que iba conmigo, ó yo iba con él, cuerpo que no me molestaba en lo más leve, que no me pesaba como el otro que estaba en el lecho; el que iba conmigo no me pedía nada, no tenía hambre, ni sed, ni cansancio, ni deseos volcánicos de amores imposibles, ¡me encontraba tan bien! en aquellos momentos era dichosa, muy di-

chosa, y disfruté de mi felicidad paseando, recorriendo los alrededores del Convento; me detuve en el campanario y toqué la campana, y qué cosa tan extraña: la campana vibró suavemente, y yo muy contenta de tal resultado, como niño travieso que se entusiasma con el feliz éxito de sus travesuras; toqué más fuerte, y se produjo tal sonido, que todos los habitantes del Convento se levantaron azoradísimos, subió el campanero todo lo de prisa que le permitían sus muchos años, y al llegar y no ver á nadie respiró el pobre hombre con inmensa satisfacción. Yo estaba sentada en la baranda que rodeaba la torre, y al ver al campanero que miraba por todas partes inútilmente, toqué con más fuerza la campana y el infeliz huyó aterrado llamando á todos los Santos de la Corte Celestial. Después quise ver á todas las monjas en sus celdas para persuadirme de su honradez ó de su degradación, y encontré á muchas de ellas entregadas unas con otras á satisfacer torpes deseos, ¡infelices! ¡desventuradas! seres racionales á más bajo nivel que las bestias. Recorrí el templo, paseé por los claustros y en todas partes reinaba la intranquilidad y el desasosiego, pedí recordar cuanto había visto, y muy especialmente el sonido

de la campana y entré en mi celda donde encontré á mi padre que me dijo:

»—Vengo todas las noches á darte aliento.

»—¡Qué bueno sois! ¿y mi madre? no la he visto. Mi padre al mirarme se conmovía mucho, al fin me dijo: ¡Pobre hija mía! tu existencia es muy combatida, pero luego que dejes la tierra, verás lo útil que te ha sido.

»—Sí, padre, me será de gran utilidad esta lucha sin tregua, pero sufro mucho, muchísimo, porque no quiero caer en el pecado, ¡y es tan difícil no caer!...

»—Descuida, tú no caerás, tu padre vela por tí, ahora vete á reanimar tu cuerpo que está exámine. Efectivamente, mi cuerpo carnal era un montón de nieve, le dí calor, y descansé hasta que los rayos del Sol, iluminando mi lecho, me despertaron.

»¡Qué alegría tan grande experimenté al ver los rayos del Sol! salté de mi lecho risueña y gozosa, y hablé con las *flores del cielo*; éstas me hablaron con dulzura, aunque me reconvinieron por mi desvío y frialdad; les pedí tolerancia y clemencia, y me dijo una de ellas en tono muy sentencioso:—Te entretienes mucho en vigilar miserias de la carne, y olvidas que hay muchos pobres sin pan y sin familia; no te

entretengas con la Comunidad, que sus vicios no los podrás corregir. Has movido una alarma aquí, que es necesario que devuelvas la tranquilidad perdida á los moradores de este lugar, el pobre campanero está enfermo del susto y tienes que hablar claro. Ya sabemos que no sabes lo que te haces, porque sueñas con amores imposibles, pero mujer, convéncete que ya es tarde; ¡deseas hijos! ¿y no sabes que los besos de los hijos dan más penas que alegrías? no quieras ser para el mundo, que en él morirías de dolor, y morirías, porque otras veces has negado la familia, has abandonado á tus hijos, y justo es que hoy lamentos tu soledad. Todas las *flores del cielo* te queremos, si te reñimos es por tu bien.

»—Gracias, *flores* queridas, les dije emocionada, sois muy buenas para mí y seguiré vuestros consejos. Pasé después al Refectorio, y todas las monjas me miraron asustadas, diciéndome la segunda Superiora:—¿Sabéis lo que ha sucedido?—y me contó lo ocurrido la noche anterior. Una monja me dijo:—Yo os he visto esta noche, llevábais alas, y os ví en el campanario, y ví como tocábais la campana grande; el campanero está muy malo del susto que recibió, él no puede comprender cómo la campana tocaba sola.

»—Y sin embargo, es la cosa más sencilla y más natural, porque indudablemente mi espíritu, desprendido de su cuerpo carnal, se habrá ido por el espacio. Sí; sí; ahora súbitamente recuerdo mi excursión y os diré que he visto todas las estancias del Convento, y he visto escenas repugnantes, lo que mucho he sentido.

»Las monjas, muchas de ellas se ruborizaron, otras palidieron, bajaron los ojos y humildemente sin ellas darse cuenta de lo que hacían, se fueron acercando á mí atraídas por mi voluntad que deseaba lo que conseguí, formar un estrecho círculo. La segunda Superiora me pintó con vivos colores la mala noche que habían pasado y concluyó diciendo:—Hemos tenido mucho miedo, pero ahora nos creemos invencibles. ¡Madre! ¿qué haremos para ser buenas?

»Anunciaron en aquel momento la llegada del capellán que venía á celebrar el santo sacrificio de la misa, y la segunda Superiora me pidió que las acompañara, ya que nunca presenciaba ninguna ceremonia religiosa.

»—Yo no voy á los templos porque me parecen tumbas donde se ahogan los pensamientos. Yo adoro á Dios en el Universo.

»—Bueno, adoradle donde queráis; pe-

ro... venid madre, venid, yo os lo suplico; porque... la verdad, creo que Dios os inspira, pero á veces se me figura... que os acompaña...

»—El Diablo; ¿no es verdad? sé franca.

»—No sé madre, no sé.

»—Por complacerte iré contigo; y asistí á la misa. El capellán se asombró, y dijo: —¡Qué milagro!... ¿vos aquí?

»—¿También vos creéis que me domina el Diablo? y, decidme padre, ¿creéis que los buenos propósitos de amparar y socorrer á los débiles es obra del Diablo?

»—¡Ah!... no señora, eso no.

»—Pues bien; si he consolado al huérfano, si he recogido al anciano, si he curado al leproso, si he dado trabajo al obrero, ¿creéis que haciendo tan buenas obras, seré dócil instrumento del mal? Dios es amor, y yo practico su religión. Ya os he dicho que yo no pienso como los demás, que yo no veo á Cristo clavado en cruz, chorreando sangre por su costado, que yo le veo ¡grande! ¡sublime! ¡hermosísimo! iluminado por el resplandor de todos los soles, revestido con su blanca túnica deslizando sobre mares de luz; mirarle en la cruz me causa horror y digo: ¡Ah! no, éste no es El. El es vida, y esto es muerte.

»—Vos, señora, miráis desde más alto, y

todos no pueden mirar desde el mismo punto.

»—Pues deberían mirar, y así no se hablaría tan mal como se habla de lo que ninguno entiende. Ya sé que me creen alucinada, más aún, *poseída*, *endiablada*, y que todos me calumniáis, ¡pobres murmuradores!

»—¡Ah! señora, quisiera hablar con vos más á menudo, porque así, cuando me hablen de vuestras alucinaciones sabré responder.

»—Ocupáos de vos, padre, que harto tendréis que hacer si os queréis mirar á fondo y si os tomáis el trabajo de contar vuestros defectos y sumar vuestras virtudes.

»—Después hablé con la segunda Superiora y la dije: Aquí necesito una mujer, no una monja que crea que existe el Diablo; la monja lloró amargamente y repliqué: Mírame bien.

»—No me miréis así.

»—Pues yo quiero mirarte y que me mires, para que comprendas lo que soy; quiero que me consideres en lo que valgo, y no me des maleficios que no existen.

»Me retiré después á mi celda, y me encontré muy bien en la soledad, hablando como siempre conmigo misma exclamé: Dicen que estoy endiablada: ¡qué absurdo!

yo demostraré que Dios está conmigo; mis obras lo dirán. Me puse con mucho ardor á poner en orden mis papeles, y tres ó cuatro hojas escritas volaron por la ventana y cayeron á corta distancia quedándose escondidas entre unas matas de arrayan; las hice subir, y de nuevo volaron las hojas, aunque no hacía viento, y se fueron al mismo punto que anteriormente. Al ver volar mis escritos me asusté, me sobrecogí, y me dijo una *flor del cielo*: ¡Cómo vuelan las hojas de tus pensamientos! ¡así vuelan las ilusiones! tú quieres ir muy deprisa y la humanidad marcha muy despacio; te preocupas porque vuelan tus pensamientos escritos, no te apures por tan poco, tanto dá que mañana vuelen convertidos en cenizas.

»—Es verdad, tenéis razón, pero, ¡se quiere tanto lo que se escribe! y muy afanosa me apresuré á guardar mis escritos condenados á muerte. Después pensé que no cumplía bien con mi deber, y me dije á mí misma: De mañana no pasa, saldré sin demora y saldré á buscar dolores, ¿y dónde los encontraré? ¿dónde? donde ponga mis pies, el dolor es una yerba que siempre brota; y cuando vea á una madre abrazando á su pequeñito llorando porque no puede alimentarle, yo le daré pan para su hijo y tranquilidad para su alma.»



LXXII

AL día siguiente salí animada de los mejores deseos en bien de mis semejantes heridos por el dolor, me avergonzaba de mi inactividad, y me decía á mí misma: ¡Señor!... yo quiero ser buena, ¿por qué no lo soy? maquinalmente, como iba sin rumbo fijo, me dirigí á la calle donde vivía el arquitecto, y al verme delante de su artística morada me detuve temerosa ¿qué iba á hacer yo allí? me sabía mal desandar lo andado, y al fin me decidí y llamé á la puerta, pero llamé temblando; abrieron enseguida y oí ese gorjeo inimitable de las voces de los niños, más grato á mis oídos que todos los salmos y canturias de las religiosas; los niños, entonan continuamente el himno de la reproducción, ellos son la prueba viviente de la continuidad de la vida. Los hijos del arquitecto, buenos y alegres, salieron á mi encuentro y todos á una, sin el menor respeto, con esa

familiaridad innata en los niños, se colgaron de mi cuello y besaron mi rostro con el mayor cariño; ¡qué recibimiento tan agradable! á los gritos y algazara de los chicuelos, acudió su padre, que al verme palideció, tanto se emocionó, y me dijo con amistoso reproche:

»—¿Vos aquí, señora? ya os he llorado por muerta, me tenéis completamente abandonado, ya no queréis ver mis obras, y creed que me hacen mucha falta vuestras visitas, porque aunque no sabéis hacer planos, tenéis tan buen gusto, que una observación vuestra es un mundo de inspiración para mí.

»—Me es sumamente grato cuanto me decís, y sobre todo el recibimiento que me han hecho vuestros hijos, aquí ahora todo respira alegría ¡qué diferencia de antes!

»—Ya os convenceréis por vos misma que habéis traído un cielo á mi casa, sí, señora, mi casa es hoy un cielo sin nubes, y yo quiero que estéis algunas horas contemplando vuestra obra, así es que espero ver honrada mi mesa con vuestra presencia.

»—Habéis tenido una excelente idea, me quedará á comer con vosotros.

»—Colmáis mis deseos, señora, sois tan amable como buena, ¡qué día más feliz me espera! muchas y perentorias son mis ocu-

paciones, pero hoy lo dejo todo para hablar largamente con vos, porque, creedme, señora, tenemos mucho que hablar, tengo que deciros que hay seres que lloran por vos, que á pesar de ser tan buena como sois, hacéis sufrir.

»—¿Yo hago sufrir?...

»—Sí, señora, aquí viene un ser que llora al nombraros.

»—¿Es algún pobre trabajador, á quien no he proporcionado trabajo? ¿tal vez un padre de familia que no puede trabajar? hacedle ir á verme.

»—No, señora, no es ningún pobre, la persona que llora por vos no necesita de nadie, es bastante rico y bastante considerado de todos; ya hablaremos después de sobremesa, que es cuando se habla mejor, mientras tanto venid á ver mis flores, tengo muchas y muy raras.

»—Bien se puede decir que vivís en la gloria.

»—En estos instantes sí, porque mi gloria sois vos; sí, sois mi gloria, porque os debo la vida de mis hijos y la de mi esposa.

»Mientras llegó la hora de comer, recorrí aquel pequeño Museo, porque indudablemente el arquitecto era un verdadero artista, y todo cuanto le rodeaba era artísticamente bello; su buena esposa, ágil y

diligente, secundaba á su esposo en su buen gusto, y todo en aquella casa era encantador. Cuando entré en el comedor me sorprendió ver flores por todas partes, flores y frutas en abundancia en los cuadros, en los fruteros, en las rinconeras, en la mesa, hasta en los platos. Se empeñaron en cederme el puesto principal, y todos los niños querían estar junto á mí; al sentarme, noté que faltaba algún otro convidado ó individuo de la familia, pues había un sitio vacío y un cubierto en la mesa; el arquitecto, con mucho disimulo, trató de ganar tiempo, hablándome sobre algunas frutas de lejanos países, que en artísticas pirámides exhalaban sus penetrantes aromas y lucían sus vivos colores. Yo sin saber por qué, miraba á la puerta del comedor deseando que llegase aquéi á quien esperábamos; al fin, llamaron, poco después apareció mi amigo el sacerdote, ¡qué hermoso me pareció con su despejada frente! frente que era, sin duda, el archivo de los más nobles y sublimes pensamientos. Saludó á todos con fría amabilidad, trazó una cruz en el aire, y dijo:—En nombre de Dios comamos y bebamos y luego hablaremos, ¡Qué comida tan agradable! ¡cuánto se habló!... el sacerdote en particular, habló mucho y muy bien sobre la religión y

sus ministros, y dirigiéndose á mí, dijo entre otras cosas: Tengo hambre de un alimento que la tierra no produce, y tengo sed de agua divina, estoy harto y tengo hambre, y, ¿sabéis por qué? porque hay mucho pan en este mundo y á pesar de tanta abundancia, hay millares de hambrientos. Yo, al comer me avergüenzo y siento remordimiento pensando en los que no comen, ¿por qué hay tanto pan de sobra, y hay á la vez tantos hambrientos?

»—¡Cuánto vale este hombre! murmuré mentalmente, vale mucho más que yo, porque yo al comer, no pienso en los que no comen, no gozo comiendo, eso no, pero no miro más allá, este sabe mirar adelante más que yo. Después me dijo él:—¿Qué os parecen las obras de mi Convento?

»—Hace mucho que no las veo, ¿qué haré yo allí? prefiero visitar á los pobres.

»—Hacéis bien; y... contestadme con entera franqueza, ¿es verdad que como yo habéis comido, pero que os ha quedado un vacío que ningún manjar lo llenará nunca? ¿y sabéis por qué? porque ese vacío solo se llenaría con un algo que se llama amor.

»Abandonamos el comedor, y el arquitecto, el sacerdote y yo, pasamos á un saloncito lleno de maravillas artísticas; allí dijo el arquitecto:—Ahora que estamos

solos, hablemos de las obras del Convento, que se gasta mucho dinero, y es un dinero muerto.

»—Dejad que se gaste, dijo el sacerdote, que si las piedras son obra muerta, los brazos que las colocan son obra viva, y yo quiero hacer un templo que sea eterno, para que los trabajadores tengan pan durante muchos años; hay dinero de sobra, y yo quiero que los pobres vivan. Además, á nuestra religión le gusta ver piedras, muchas piedras, arcos, muchos arcos, bóvedas, muchas bóvedas, torres, muchas torres, y algunas de ellas muy altas con grandes campanas que llamen á la conciencia de los pobres de espíritu. Yo quiero ver ejércitos de obreros, que trabajando ven á Dios arriba y la miseria abajo. ¡Ay! de ellos, y de nosotros, si solo miramos hacia abajo; los pobres, sin trabajar, son la constante amenaza, son las lenguas de fuego que profetizan los grandes cataclismos.

»¡Qué bien habló! yo le escuchaba encantada y le dije:—Yo también pondré piedras para dar pan á los hijos del pueblo.

»—Sí, hermana, los dos vamos por dos líneas paralelas, pero estas líneas están colocadas en un camino tan ancho que nunca nos veremos yendo por ellas; jamás iremos juntos aunque sea una nuestra em-

presa. Yo pienso levantar tantas piedras, que seré el asombro del sacerdocio español; pienso levantar un templo adornado con filigranas de jaspe, parecerá una obra de hadas; nuestra religión es poseedora de inmensos tesoros, justo es que esos tesoros sean bien empleados, y ahora, cambiando de asunto, y aprovechando la oportunidad de hablar sin testigos, porque el arquitecto es de los nuestros, os diré que estéis preparada, porque día llegará, y no muy lejano, que me harán juez de vuestras obras poéticas, yo seré el censor eclesiástico de vuestros escritos, lo presiento, y mis presentimientos no fallan, y cuando ese día llegue, preparaos para sufrir lo que no habéis sufrido todavía; porque yo seré la deshonra de vuestras obras, volviendo lo negro blanco, y lo blanco negro.

»—¿Y por qué tendréis que destrozar mis escritos?

»—Porque estamos en un país donde se adora á Dios de una manera grosera y material. A vos y á mí, nos respetan por nuestro talento, nos toleran por nuestra superioridad moral, pero nos envidian, y al envidiarnos nos odian; todo el clero nos aborrece, porque somos verdaderamente espiritualistas, porque adoramos á Dios como padre de todas las criaturas, y no como

Juez iracundo é implacable castigando á sus hijos; los dos somos racionalistas, y la religión no admite el funcionamiento de la razón. ¡Ay hermana!... no está lejano el día que se examinarán vuestras obras por segunda vez, y entonces os llamarán, la iluminada, la poseída, la endemoniada, la engañada por el Diablo, y para defenderos, tendré que justificar que adoráis á Dios en la cruz, y que las innegables revelaciones que tenéis, os han costado inmensos dolores, ahogando vuestros deseos y vuestras tentaciones mundanas; he de haceros aparecer como una monja fanática en éxtasis permanente y solo así, podré salvaros de morir en la hoguera.

»—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿y vos seréis el llamado para desfigurar mis obras?

»—Y gracias que sea yo el elegido, pues de no ser así, no os salvaríais de morir quemada á fuego lento. No por lo que os digo, dejéis de escribir, escribid cuanto podáis, no os importe que se quemen vuestros escritos, el fuego de mi espíritu reanimará vuestras obras. No importe cuánto suceda. Ya sabemos, hermana mía, que se vive siempre, qué nos importa que hoy representemos una comedia en el teatro religioso, y yo destruya vuestras obras; sí, mañana reanudaremos nuestros trabajos, y en

vez de poner piedras sobre piedras, levataremos nuestros pensamientos convertidos en inventos útiles y volaremos, sí, volaremos, llevando en nuestros barcos aéreos la savia de nuevas ideas que iremos á depositar en lejanos continentes.

»—Será todo lo que queráis, yo también presentía el trágico fin de mis inspiraciones, pero al convencerme que mis escritos serán pasto de las llamas, y solo quedarán las memorias de una monja loca, de una fanática histérica, ¡ah! esto es muy triste, porque vendrán otras generaciones más espiritualistas, y al leer lo que quede de mis obras, dirán:—He aquí el fruto del ciego fanatismo religioso.

»—Descuidad, yo haré todo lo posible para dejar intactos algunos de vuestros pensamientos, que no ataquen á la liturgia, por eso os digo, que no dejéis de escribir, porque habiendo mucho en que escoger, me será más fácil conservar algunas páginas en las cuales fulgure vuestro pensamiento.

»—Yo no sé si sería preferible matar el cuerpo ó matar mis obras.

»—El sacrificio sería completamente inútil, la iglesia no quiere vuestras obras, porque su contenido, es la muerte de sus ídolos, la excomuni6n de su comercio ilícito.

to, la humillación de su impía soberbia, la luz disipando la sombra, el amor destruyendo los cálculos del egoísmo, ¡Ah! no; no; yo no quiero que os arrojen á la hoguera; no merecéis morir así, sois digna, sois buena, descuidad, yo os lo repito; en vuestras obras algo quedará de vos; serán como un ramo de flores medio deshojadas conservando su aroma.

»Se levantó el sacerdote para marcharse, y al ponerse el manto se puso lívido, se tambaleó y se apoyó en el respaldo de un sillón; el arquitecto lo notó y le dijo.—¿Estáis malo? ¿qué os sucede?

»—No sé, pierdo la vista, traedme un cordial. El arquitecto salió, y yo comprendí que el sacerdote no estaba enfermo, lo que estaba era dormido, y yo rápidamente le dije:—¿Duermes?

»—Sí, necesito hablarte.

»—Pues aquí no podemos hablar, creerían que estamos endemoniados.

»—Pues es preciso que hablemos.

»—¿Dónde?

»—En cualquier parte, en tu Convento.

»—Allí no, en la casa de mi padre.

»—Está bien, mañana por la mañana allí nos encontraremos.

»Cuando volvió el arquitecto con un cordial, que él mismo había preparado, ya

el sacerdote estaba despierto aunque muy pálido, tomó algunos sorbos de la bebida tonificante y se marchó saludándome con tristeza. El arquitecto me acompañó hasta dejarme en la puerta del Convento, y yo me retiré á mi celda ávida de reposo y soledad.

»Sí, necesitaba estar sola para pensar en el hermoso día que había pasado; es verdad que el final había sido desastroso, pero en medio de tanta sombra, había una ráfaga de luz; el sacerdote ¡me amaba! no quería ver mi cuerpo consumido por las llamas y se empaparía en mis obras para salvarme ¡las leería todas! ¡todas!... mi trabajo no había sido estéril, que una inteligencia que sabe juzgar vale más que el juicio de todo un pueblo; luego me ocupé de mi entrevista con el sacerdote en la casa de mi padre, ¡qué locura!... ¿con qué pretexto iría? Me acosté y me dormí; á la mañana siguiente me desperté y saludé al Sol como tenía de costumbre, miré ansiosamente á las *flores del cielo*, que agitaban sus inmachitas corolas, y les conté mis apuros de aquella mañana pidiéndoles un consejo; una de las flores me dijo con acento cariñoso:—Has dado tu palabra y justo es que acudas á la cita.

»—¿Pero qué dirá mi familia? no com-

prendes que una entrevista entre una monja y un sacerdote, dá mucho en qué pensar?

»—Daría qué pensar si se celebrase á puerta cerrada, pero tú no, no tienes necesidad de encerrarte en ninguna parte, habiendo dilatados jardines en tus dominios donde pasearte y rezar por tus muertos, rezo al que te acompaña el mejor amigo de tu familia.

»—Qué buena idea has tenido, flor querida, tienes razón, y acto seguido salí del Convento y me dirigí á mi antigua casa. Mis sobrinos me recibieron cariñosamente, diciéndome el mayor:

»—Permitidme que os diga que cada día os quiero más, porque cada día comprendo mejor lo muchísimo que os debo.

»—Y lo que me deberás, hijo mío; porque haré de tí y de tu hermano, dos cumplidos caballeros.

»—Qué día tan feliz es el día de hoy para mí.

»—¿Por qué, hijo mío?

»—Porque habéis venido, ¡tardáis tanto en visitarnos!

»—Pues hoy vengo á cumplir una promesa que hice á tu padre; vengo á rezar por él en los jardines, y me acompañará en mis rezos un buen amigo del autor de tus días.

»—¡Bendita seáis, señora! yo iría con vosotros, pero no me atrevo, si fuérais vos sola, sí, pero el sacerdote que os acompañará me inspira un respeto rayano con el miedo.

»—Tú, hijo mío, vete á mi antigua estancia, asómate á su ancha ventana, y ruega tu también por el alma de tu padre.

»Me interné en los jardines y á poco apareció el sacerdote que me dijo con mucha sequedad:—No comprendo por qué hemos venido aquí.

»—Pues es muy sencillo, porque ayer quedamos en venir.

»Llegamos ante la fuentecita, y allí se dejó caer el sacerdote sobre una piedra; se recostó contra el añoso tronco de una encina y se quedó dormido, me senté cerca de él y el sacerdote me dijo:—Escucha, que no tenemos tiempo que perder.

»—No hables tan alto, que creen que rezamos.

»—El eco de nuestras oraciones llegará hasta los que nos escuchan, que voluntad me sobra y medios tengo para ayudarte en tu inocente mentira, ahora escucha: Yo soy aquel que te vendió y te persiguió, y se gozó en tu ruina y en tu completa degradación, y trabajó cuanto pudo para que no llevaras á cabo tu redención; yo soy

aquel que envenenó tus días, que mancilló tu alma, que destrozó tu cuerpo, esto fué ayer y entre el ayer y el hoy, hay muchos siglos, y hay mi arrepentimiento, hay mi firme propósito de enmienda. Hoy, y al decirte hoy, me refiero muchos siglos empleados en amarte, hoy te amo, ¡hoy necesito de tí!

»—No te entiendo, ¿eres un alma?

»—Sí, soy un alma, pero tengo mi cuerpo en la tierra.

»—¿Tienes tu cuerpo aquí?

»—Sí, y vengo á anunciarte mi muerte.

»No sé por qué, me acordé instantáneamente de mi hermano menor y le dije:—¿Eres el alma de Benjamín?

»—Sí, voy á morir en un desafío, pero aún vendré á verte en cuerpo, me verás muy feliz, pero hay un hombre que no quiere que yo sea dichoso, y nos batiremos, yo quiero matarlo á él, pero él me matará y prefiero morir en desafío á morir despeñado rodando de peña en peña, rebotando por los abismos, no hay muerte más cruel; y ahora dime, ¿es verdad que tú me amas? necesito de tu amor, ¡hace tanto tiempo que te quiero! dime que me querrás siempre.

»—¿Siempre? yo respondo de hoy, de mañana no sé.

»—¿Qué no sabes? pues yo te seguiré siempre, quiéreme como hijo, como hermano, como amante, como padre, como quieras, pero ámame, enlázame á tí, que sin tí yo no puedo vivir; éste que yo ocupo, también ha sido tu enemigo y hoy te ama, pero su amor no es tan violento como el mío, pero te ama, te ama. Cuando yo muera no llores, piensa únicamente en mi alma y llámala. Vendrá una mujer hermosa á pedirte noticias de mí, consuélala, la he querido, la quiero, por ella he de morir, pero no la quiero como á tí; haz buenas obras con mi herencia, ampara á los huérfanos en mi nombre, que los huérfanos son muy desgraciados. Adiós, voy á ocupar mi cuerpo que está muy decaído.

»Se fué el espíritu y ví que el sacerdote aún dormía, tuve miedo y le pregunté:—
¿Duermes aún?

»—Sí.

»—Quieres decirme quién eres?

»—Soy el sacerdote, el sacerdote que te ama, nuestro amor es una expiación, somos dos líneas paralelas que nunca se confundirán en una sola; no cruces mi camino, que no podemos unirnos aquí; haz bien, que mientras se hace el bien, no hay tentaciones.

»¡Qué hermoso me pareció en aquellos

momentos! tanto, que no pude por menos que decirle: ¿Por qué Dios te hizo tan hermoso?

»—Para que tú sufrieras y yo también, porque quiero ser virtuoso, mi cuerpo es buscado, pero yo resisto, no pudiendo ser tuyo, no quiero ser de nadie.

»Se despertó y me dijo con dureza: Me habéis hecho dormir, ¡qué manía! ayer me debísteis magnetizar.

»—Yo os juro que no os magnetizé.

»—Por Dios os ruego que no me durmáis más; que bien pudiera suceder que vos no pudiérais resistir, ni yo tampoco, y viviríamos luego en un infierno.

»—Tenéis razón, sigamos cada cual nuestra línea sin tratar de encontrarnos, porque de nuestra unión no resultaría ningún beneficio para nuestras almas ni placer duradero para nuestros cuerpos; expiemos nuestro ayer, y esperemos en nuestra redención.»





LXXIII

SALÍ de la casa de mis padres preocupadísima, y me dirigí á mi Convento completamente impresionada, que no era para menos lo que acababa de oír y de saber; ya en mi celda, medité profundamente sobre lo que me había dicho el sacerdote respecto á la muerte de Benjamín; confieso que me desesperé y le pedí cuentas á Dios por la fatal estrella de mi pobre hermano. ¿Por qué había de perderle? ¿por qué había yo de sufrir tantas pérdidas? ¿por qué me habían de acosar tantos dolores? Si la tierra brindaba vida, ¿por qué en torno mío la guadaña de la muerte segaba las mieses sin piedad? ¿por qué morir, Dios mío? exclamé en el colmo de la desesperación. ¿Por qué tanta sombra si debíamos vivir en plena luz? ¡cuántas penas, Dios santo! ¡cuántas angustias! ya no puedo más.

»Y en realidad no podía resistir tantas y tantas penalidades; porque si bien á Benja-

mín nunca le había querido con locura, ante la idea de perderle, se aumentaba de tal modo mi cariño hacia él, que lloré su prematura muerte con todo el sentimiento, con todo el desconsuelo de un alma herida por la inclemencia de su adverso destino. Aquella noche no dormí, deliré. Sí, deliré, ví campos de batalla sembrados de cadáveres; ví á bellas desposadas buscando entre los muertos á los amados de su corazón; ví lupanares repletos de mujeres degradadas y de libertinos embriagados; ví hundimientos sociales, montones de escombros que no otra cosa eran los palacios de los nobles, y las chozas de los plebeyos, ¡qué se yo lo que ví!... me levanté enferma, muy enferma, estaba cansada de vivir, ¿por qué negarlo? lo estaba; es verdad que el mismo rey me protegía, pero mientras de más alto viene la protección, menos consuela, porque entre el protector y el protegido hay tanta distancia que nunca se acercan el uno al otro; el uno no desciende porque no está acostumbrado á buscar á nadie, y el otro no sube, porque no se atreve; he aquí porque la protección del rey no me prestaba el consuelo que mi alma necesitaba, y en cambio mi hermano con su carácter arrebatado, con el cariño delirante que por mí sentía, con el afán que tenía siempre de

estar á mi lado, era para mí un defensor leal, en el cual yo tenía completa confianza; por eso al considerar que iba á perder el único baluarte que me quedaba, pedí á Dios morir, y se lo supliqué de todo corazón. Sentada junto á mi mesa lloré largo rato, y le hice presente á Dios que me faltaban fuerzas para luchar, y entonces oí una voz que me decía:—Todo eso es tiempo perdido, levántate y anda. Como movida por un resorte me levanté y pasé al Refectorio, donde encontré á todas las monjas, las que notaron mi turbación y mi desaliento. La segunda Superiora estuvo cariñosísima conmigo, me acompañó á mi celda y me hizo tomar un cordial preparado por ella; dicha medicina me dió nueva vida, tanto, que me encontré con ánimo de salir y salí en busca de nuevas atenciones y de nuevos cuidados. ¡Qué sombrío me parecía mi porvenir!... todas mis esperanzas se habían evaporado.

»Salí al campo y anduve á la ventura, sin saber dónde detenerme; volví á la ciudad y maquinalmente me dirigí á la casa de mis padres; quise entrar en mi antigua estancia y la encontré cerrada; pasé á un salón y allí encontré á la viuda de mi hermano, la que al verme dió un grito de espanto diciéndome:—¿Estáis enferma?—

Sí, lo estoy; y caí desmayada; acudió la demás familia, mi antigua servidumbre y varios médicos, y oí que uno de ellos decía: Esto está muy mal, los dientes se niegan á dejar paso á las medicinas; por fin, después de muchas tentativas inútiles pudieron darme unas cuantas cucharadas de un licor muy amargo y volví á la vida; gracias en gran parte á las frases cariñosísimas que me dirigió el médico que se encargó de cuidarme; ¡necesitaba mi alma tanto cariño!... Me habló muy discretamente sobre la religión, y la resignación, que era su hermana gemela; me hicieron acostar, y durante la noche, la viuda de mi hermano y el médico, me velaron con la más tierna solicitud; el médico parecía un padre de almas encargándome que procurara no pensar, y que si pensaba, que pensara en Dios, en sus ángeles y en los seres privilegiados que ocupaban un lugar en los cielos. Al oír la palabra *privilegiados*, no pude por menos que mirarle, y no sé cómo le miraría que el médico me miró y me dijo:

»—Qué, ¿dudáis que haya seres privilegiados?

»—Sí que lo dudo, mejor dicho, que no lo creo, ¡privilegiados! si hubiera un ser privilegiado, éste sería la negación de Dios, yo creo que Dios es amor y justicia; siendo

amor, tiene que amar á todos, siendo justicia, no puede ser injusto, y lo sería si tuviera privilegiados. Dios es amor y misericordia. El les dice á las humanidades:—Trabajad y me comprenderéis, trabajad y os engrandeceréis.

»—Dios, dijo el médico, tiene la altura que nosotros le damos, yo creo que Dios castiga á las almas culpables y premia á los justos.

»—Creedme, á Dios no es posible definirle, ni darle figura ni sentimientos, no tiene forma conocida; sus leyes son inmutables, cuanto hablemos sobre El, es perder lastimosamente el tiempo.

»Pasé el resto de la noche muy bien, y al día siguiente, desobedeciendo el mandato del médico quise levantarme, y pagué muy cara mi desobediencia, porque sentí dolores tan agudos en todo el cuerpo, que me acosté de nuevo y no probé de hacer nuevas tentativas. Pasaron muchos días antes de que el médico me diese por curada, encargándome muchísimo que no abusara de mis gastadas fuerzas, pues podría quedarme tullida, ¡tullida! ¡qué horror! Me asusté muchísimo y al volver á mi Convento observé cuidadosamente los mandatos del médico. Escribí mucho y bien; ¡escribí y lloré!... lloré de gratitud, ¡estaba

buena! no estaba ni tullida, ni ciega, ni loca! Me puse en relación con todos mis parientes y antiguos amigos, con el único afán de allegar fondos para los pobres. Durante mi sueño, mi espíritu se paseaba alrededor del Convento, pero sin querer ver más que lo bello. Un día que me hallaba más satisfecha que de costumbre porque se habían emprendido nuevas obras, en las cuales trabajaban centenares de obreros, me anunciaron la llegada de Benjamín. Entró éste en mi celda y lo encontré muy pálido, más que pálido, lívido.

»—¿Qué tienes? le pregunté.

»—Nada; que me impresiona verte dentro del Convento.

»—Pues aquí tengo la misma libertad que tenía antes; habla cuanto quieras, que únicamente yo te escucho.

»Entonces Benjamín me habló de su vida contándome sus ensueños de amor, y sus contrariedades, anunciándome de paso su próxima boda, si lograba vencer una contrariedad que se le había venido encima.

»—¿Qué contrariedad es esa? ¿tienes algún rival?

»—¿Quién te lo ha dicho? siempre serás lo mismo.

»—¿Pero es cierto que tienes un rival?

»—¡Qué quieres! soy muy desgraciado,

toco la felicidad, y ésta se convierte en fuego y me rodean las llamas; ¡qué quieres! los abismos se han hecho para mí; siempre veo un abismo á mis pies, siempre lo veo, y siempre oigo una voz que dice: basta, ¡ya hay bastante!

»—¿Y tienes que entendértelas con tu rival?

»—No hay otro remedio.

»—¿Y tienes presentimientos de morir?

»—Tengo la certidumbre de ser vencido.

»—Entonces... ¿Por qué te bates?

»—Por el honor; un noble sabe morir.

»Le hablé á mi hermano con la mayor dulzura, le recordé sus juramentos de amarme y de protegerme; y aquel hombre de carácter iracundo, casi feroz, se arrojó en mis brazos y lloró amargamente diciéndome:—¡No tengo otro remedio, no hay otra solución que morir!...

»Le hablé como una madre amorosísima y le preparé para morir dignamente; ¡qué angustia pasamos los dos! él lloraba como un niño, no quería morir, porque su amada le esperaba para hacerle dichoso; al fin se desprendió de mis brazos y al despedirse me besó en la frente y me dijo:

»—Recuerda este beso, y si hay otra vida después de la de aquí, recuerda que mi espíritu te pedirá estrecha cuenta si me ol-

vidas. Seré tu sombra, tu tormento, tu martirio para vengarme de tu cruel olvido, y seré tu brazo fuerte, tu consuelo, tu angel bueno, si al rezar te acuerdas de orar por mi alma.

»Se marchó Benjamín dejándome en un estado tan triste y tan angustioso, que llamé inmediatamente á mi amigo el sacerdote para suplicarle que no abandonara á mi hermano, para que al menos no muriera solo, sino en brazos de un ser amigo, ya que yo por mi estado no podía seguirle. El sacerdote se impresionó muchísimo con el relato que le hice de las desventuras de mi hermano, tanto, que con un arranque de verdadera desesperación exclamó:--¿Qué le habremos hecho á Dios? ¡¡Dios!! ¡eterno arcano! ¿por qué nacemos? ¿por qué sufrimos? ¿por qué hemos de morir? ¿y acaso está en la muerte la solución del problema?...

»Nos separamos disgustadísimos, y pocos días después, me envió un pliego contándome detalladamente la muerte de mi hermano en el campo del honor; murió sin agonía, ¡pobre hermano mío!... mientras leía el escrito de mi buen amigo el sacerdote, oí una voz que me decía:—¡No me olvides! que si me olvidas seré para tí co-

rriente de fuego y todo en torno tuyo lo destruiré.

»Con motivo de la muerte de mi hermano, recibí muchas visitas de pésame, tanto de mis deudos como de mis amigos; todos quisieron consolarme, y aunque ninguno lo consiguió agradecí sus desvelos; la que me conmovió profundamente fué mi hermosa sobrina, la niña adorable que me coronó en el campo, la bella joven se abrazó á mí llorando tiernamente, diciéndome:— Vente conmigo, te quiero tener junto á mí, como lo está mi vestido y mi cuerpo ¡te necesito, tía mía! ¡te necesito!

»—No, hija mía; ahora precisamente estás en una edad que no necesitas de nadie, tu juventud te acompaña, ¡y es tan risueña la juventud! ahora estás en lo mejor de la vida, ahora eres feliz.

»—No tanto, tía mía, no tanto; claro está que cuanto me rodea es halagador, pero... no sé, tengo miedo de morir antes de ser completamente dichosa.

»—Y en qué te fundas?

»—En mis sueños, en mis sueños que son tan continuos como originales, me veo muy hermosa, y me veo volando con mis alas muy blancas, y sobre mis cabellos hay guirnaldas de flores que parecen copitos de espuma; oigo una música muy sua-

ve, y llamo á una de las puertas del cielo, la puerta se abre pero no me atrevo á entrar, porque allí todo es luz y belleza; yo me miro y me veo tan fea, que retrocedo avergonzada y desciendo de nuevo á la tierra porque no me creo digna de vivir junto á Dios en el cielo.

»Los sueños de mi sobrina confieso que me alarmaron, pero oculté lo mejor que pude mi mala impresión, y le hablé de sus castos amores, de sus ilusiones, de sus esperanzas, pero la niña movió la cabeza diciendo con melancolía:—Todo eso es muy risueño y muy halagador, pero yo no lo disfrutaré. Ya lo verás, tía mía, ya lo verás.

»¡Cuántas emociones y ninguna buena! pasé algunos días pensando de continuo en Benjamín; su muerte me causó una impresión que yo no esperaba; ¡me encontraba tan sola!... Una mañana me anunciaron la visita de una señora, entró ésta y ví á una mujer joven, elegante y bella, vestía con gran lujo, su semblante no me era del todo desconocido, pero me hubiera sido imposible recordar dónde la había visto, me miró con el mayor descaro, con la más insolente impertinencia y me dijo:

»—¿Me recordáis?

»—No, señora.

»—Pues debíais recordarme; y se acercó más á mí mirándome fijamente, entonces ahogué un grito de sorpresa, aquella mujer era María, la niña que saqué del lodo de la miseria y de las garras de una mujer brutal, la que se fué de mi lado quejándose de mi desvío, tenía un enemigo delante de mí. María sin hacer caso del gesto de asombro que yo debí hacer, prosiguió diciendo:

»—Felizmente, señora, ha llegado el día que yo os pueda preguntar cuánto dinero habéis gastado conmigo durante el tiempo que permanecí en vuestra casa, porque como nada quiero deberos, vengo á pagaros lo que sea.

»Como yo no estaba acostumbrada á un lenguaje tan grosero, le dije con sequedad: —Podéis marcharos, que hemos concluído.

»—¡Cá! no señora, no hemos concluído; aquí está el importe de mi manutención; y tiró una bolsa de seda roja llena de monedas de oro sobre mi mesa diciéndome:— Ahora comienza mi venganza. Yo seré quien os acuse, quien diga que sois una religiosa hipócrita, sois audaz, pero también sois cobarde porque tenéis mucho por qué callar.

»Yo sin saber lo que hacía, me acerqué á una ventana y grité: ¡¡socorro!! y al mo-

mento se llenó mi estancia de monjas; la segunda Superiora pidió explicaciones á María de su incorrecto proceder, y María se insolentó de nuevo y se abrió paso diciendo que ella era la vengadora de los débiles y diría al clero español lo que yo era, y salió triunfante, satisfecha de su inícuca obra.

»¡En qué estado me quedé! recordé el lugar donde conocí á la niña harapienta, lleno su cuerpo de rasguños, heridas y sangre coagulada; recordé su miseria, su abandono, y el tranquilo albergue que en mi casa encontró; su amor á los pobres, sus deseos de ser buena, sus delirios por imitarme, y después...¡quién sabe el rumbo que habría tomado aquella desventurada! Es verdad que hubo un tiempo que yo la desatendí, que la confundí con mis fieles criados, que en mi casa vivían con la mayor abundancia; ¿pero mi desatención merecía castigo tan cruel? Vino el médico, y otra vez tuve que guardar cama dándole al médico y á la Comunidad graves disgustos por mis constantes delirios; la fiebre no me dejaba ni de día ni de noche, un acceso alcanzaba á otro acceso, y según supe después, gritaba como una endemoniada, y no es extraño que gritara porque lo que veía era un cuadro horrible.

Veía la plaza pública; en el centro una hoguera inmensa cuyas rojizas llamas se perdían entre las nubes, y en medio del fuego mi cuerpo carbonizado y veía á la multitud que danzaba alegremente alrededor de la hoguera, cantando canciones obscenas, diciendo como estribillo de las estrofas: Así deben morir las malas religiosas, la que recogía á los niños y luego los abandonaba, la que mentía diciendo que hablaba con Jesús; y luego... luego veía á mi Dios y le decía:—¡llévame contigo! y el me contestaba:—Vete, no te quiero. Ya ves lo que has conseguido; huye de mí, que no eres digna de seguir mis huellas. .

y allá dentro del Convento veía las monjas tristes y macilentas, aquéllas no se alegraban de mi muerte; su duelo me consolaba, hablaban de mí, contaban muchas mentiras y algunas verdades, y concluían diciendo: ¡Pobrecita! ¡se volvió loca!

»Con tales visiones se comprende que gritara, porque me quemaban dos fuegos; la leña ardiendo quemaba mi cuerpo; la ingratitude más horrible quemaba mi alma; y como el alma no se reduce á cenizas, el dolor es más inmenso. ¡Pobre alma mía! ¡cuánto padeció entonces! ¡cuánto!»



LXXIV

DURÓ bastantes días la crisis de mi organismo; el delirio fué continuando, las medicinas que me daba el médico eran ineficaces; me dió por fin un accidente tan horrible, que cuantos me rodeaban creyeron que había llegado el último momento de mi vida, pero felizmente aquel violentísimo sacudimiento me fué altamente beneficioso, porque comenzó mi mejoría con bastante rapidez, pero no tanto como el médico deseaba, que se desvivía por mí y no sabía estar fuera de mi estancia, esperando con afán que mi cabeza volviera á su estado normal; al fin, una mañana me preguntó temblando:—¿Cómo estamos? Yo me sonreí y le contesté:

»—Os reconozco.

»—¿De verdad?

»—Sí; sois el médico, el médico á quien tanto debo, porque habéis sido un padre cariñosísimo para mí.

»—Nada me debéis, solo habéis de pensar en mejoraros, que sufrís mucho y hacéis sufrir á los demás; creedme, se echan mucho de menos vuestras frases cariñosas, vuestras dulces sonrisas, vuestros sanos consejos, vuestros buenos deseos; habéis vuelto á la vida. ¡Loado sea Dios! no os agitéis, no os preocupéis, y pronto cantaremos victoria.

»Cuando se marchó el médico, pregunté á mi enfermera:

»—¿He delirado?

»—Un poquito, un poquito.

»—No me creáis mala, no es cierto que yo esté endiablada.

»—¿Y quién cree tal cosa?

»—Gracias, queréis que me cure y me curaré; hay quien me calumnia, pero también hay quien me hace justicia.

»—No os fijéis en miserias humanas, no os canséis, no penséis.

»—¿No pensar? eso es imposible, porque pensar es vivir.

»Me rodeó después toda la Comunidad y dije á mis compañeras:—¡Cuánto me alegro de veros! y... decidme, pregunté á la segunda Superiora: ¿He delirado, verdad?

»—Sí; sí; habéis delirado.

»—¿Y he hablado del diablo?

»—Ya lo creo que habéis hablado.

»—¿Y qué he dicho de ese ser imaginario?

»—Muchas cosas, no es posible hacer una exacta relación, porque habéis hablado de mundos, de soles, de cielos, de infiernos, de glorias, de abismos, de espacios, de ayer, de mañana, de todo cuanto se puede hablar habéis hablado.

»—Gracias, hermanas mías; veo en vuestros semblantes las huellas del dolor, ¿me habéis velado todas?

»—Todas, y he tenido que imponerme para que fueran por turno, porque cada noche se hubiese quedado la Comunidad en masa; ninguna monja quería irse á descansar.

»—¡Cuánto os debo, hermanas mías!

»—Hemos cumplido con nuestro deber, dijeron en coro, y todas á la vez rodearon mi lecho mirándome con verdadera adoración, y como quien besa una preciosa reliquia ó la imagen de una santa, así todas me besaron en la frente alejándose de puntillas para no hacer ruido.

»Cuando me quedé sola, miré cuanto me rodeaba, y todo lo encontré bello; miré las ventanas cerradas y pensé en mis *flores del cielo* ¡flores mías! ¡cuánto tiempo sin hablar con vosotras! pero os hablaré, porque aún tengo que vivir.

»Siguió viniendo el médico suplicándome siempre que tratara de reposar, porque le había dado miedo de mi cabeza.

»—¿Pensásteis que enloquecería? le pregunté con recelo.

»—Sí, hija mía; lo creí, y lo creí porque me sobraban motivos para creerlo; ¡qué modo de delirar! ¡qué manera de sentir!

»—Pues no temáis; no quiero llegar á la locura, y no llegaré, quiero curarme, quiero luchar, quiero vencer.

»Aún pasaron muchos días sin poderme levantar y cuando me levanté, el médico me suplicó con los ojos llenos de lágrimas que no pensara en escribir, que no me fijara en los colores, que solo mirara al cielo, pero solo un breve rato.

»Tuve una convalecencia muy lenta, y en mi interior le daba la razón al médico, que no debía pensar, porque la idea más leve ponía en desorden mi cabeza, sintiendo dentro de ella sensaciones dolorísimas. Cuando me vió más animada me dijo un día:—Estoy contento de vos porque sabéis obedecer—gracias, hija mía, ¡hacéis tantísima falta en la tierra! ¡si viérais cuántos pobres han venido á preguntar por vos! á centenares venían, algunos llorando á lágrima viva me preguntaban:—Pero ¿se quedará loca? ¡cuánto os aman los pobres,

hija mía! la mejor religión es el bien, el mejor culto á Dios consolar al triste, y vos sois una buena religiosa, porque os convertís en madre de los afligidos.

»¡Cuánto me entusiasmó la relación de mi médico! le pedí la mano, y antes que él pudiera evitarlo me arrodillé y besé su diestra con amor filial, ¡cuánto se impresionó aquel sabio!... quiso abrazarme pero se contuvo y salió de mi estancia emocionadísimo.

»Luego al quedarme sola, pensé en la muchedumbre que había preguntado por mí, y dije: ¡qué bien! esa multitud no me creará endiablada; llamé á la segunda Superiora y la dije:—Decidme: ¿cuántos han venido á preguntar por mí?—Es imposible decir tantos ni cuántos, porque han venido de todas las clases sociales, pobres, ricos, altos, bajos, militares, sacerdotes, emisarios del rey, chiquillos sin zapatos, mujeres harapientas y damas de la Corte, todos querían veros, y como eso no era posible, rezaban por vos en la iglesia que siempre estaba llena de fieles.

»—Y, decidme con entera franqueza, ¿creéis que mi enfermedad ha sido obra del Diablo?

»—No, señora; estamos persuadidas que

nada tenéis que ver con los genios malé-
ficos.

»—¿Y no tenéis la menor duda?

»—No; porque un día dijísteis: Me ro-
dean las llamas del infierno, ¡¡qué horror!!
pero... ¡¡qué alegría!! me he salvado, ya
estoy en el cielo bajo una bóveda de *arco-
iris* ¡qué hermoso paraje es la gloria! ¡cuán-
ta luz! ¡cuánta belleza!... Al oiros, todas
llorábamos, y al separarnos de vos, reuní
á la Comunidad y la dije: Oremos por nues-
tra Superiora, recordemos aquel día que
Jesús apareció, que era Jesús no podemos
dudarlo, porque el perfume que aquel día
aspiramos no nos ha vuelto á embriagar,
pues si aquí le vimos, pidámosle por nues-
tra hermana enferma, y todas nos pusimos
en oración, en verdadera oración, y cuan-
do con más fervor orábamos, os ví hermo-
sa y sonriente revoloteando en el espacio,
después descendíais y volábais en torno
nuestro, diciendo: ¡Gracias, hijas mías!
¡cuánto os debo! ¡cuánto os amo!... Y to-
das nos miramos y dijimos: Yo he visto á
la Superiora, y yo, y yo, y yo, ¡todas os
vieron! ¡todas! yo dije: ¡Dios nos ha escu-
chado! ¡qué bueno es Dios!... y entonces
todas aspiramos un perfume delicioso, em-
briagador, caímos de rodillas y el techo
desapareció de nuestra vista, y se oyó una

voz que dijo:—Siempre se escuchan las buenas voluntades, cuando me llaman acudo; sed virtuosas, sacrificáos por la humanidad, ¡qué voz aquella! era un canto de ángeles, era una melodía celestial, y todas vimos una inmensidad sin límites, arcos luminosos formaban una bóveda interminable, y allá, allá muy lejos, estaba Jesús con su blanca túnica flotando sobre olas de luz, y su voz dulcísima repetida por el eco decía: Sed buenas, sed buenas y llegaréis hasta mí, que de los buenos es el reino del porvenir, y todas nos preguntábamos: ¿Has visto á Jesús?—Sí, lo he visto; entonces, ni está endiablada nuestra Superiora, ni aquí dominan los genios del mal, es imposible, donde á raudales se vierte la vida, no puede haber las sombras de la muerte; sois, pues, para nosotras, un ser verdaderamente superior.

»¡Cuánto bien me hizo la relación de la Superiora! cuando ella hablaba yo veí también lo que las monjas habían visto. ¿Y el capellán del Convento qué dice?

»—¡Ay! señora, ese nos cree á todas endiabladas.

»Pasé el día pensando en la denuncia, ¿cuando llegaría? ¿me martirizarían? ¡tenía miedo al martirio! lo confieso, no tenía el heroísmo de los mártires.

»Al día siguiente, me dió el médico permiso para abrir las ventanas de mi celda; cuando abrí la del centro ví á mis *flores* queridas que aunque estaban lozanas como siempre, no exhalaban su penetrante aroma. ¿Nada me decís? las dije, ya no me queréis?

»—Calla, dijo una florecita, no seas impaciente, que la impaciencia es tu expiación. ¿No sabes que nunca te abandonaremos?

»—Pues dadme vuestros perfumes, los necesito, porque son mi vida.

»—Toda nuestra fragancia es para tí; y agitando las flores sus corolas, aspiré con delicia sus penetrantes olores, ¡qué aromas tan embriagadores! ellos me reanimaron extraordinariamente; tanto me reanimé, que fuí al templo para oír misa y observar de paso al pobre capellán, que al verme palideció, me miró aturdido, y celebró la misa lo más mal que pudo, diciendo disparates en vez de palabras latinas y sin saber lo que se hacía, ¡pobre hombre!

»Cuando concluyó no pude menos de decirle:—¡Ay, padre! ¡cuánto habéis tardado! y habéis pronunciado frases sin sentido ni concierto.

»—Tenéis razón, señora; desde que caísteis enferma no hago otra cosa mas que

disparates; aquí pasa algo muy extraordinario.

»—¿Luego creéis que está aquí el diablo?

»—Sí, señora, que lo creo, por eso no digo bien la misa.

»—¡Qué absurdo! ¿pensáis que Dios puede dejar abandonados á sus hijos? ¿creéis que el Diablo pueda luchar con el Supremo Ser? ¡qué locura! ¡qué falta de buen sentido! Si adoráis á Dios, ¿cómo creéis en el Diablo? no hagáis el mal, y tened fe en la divina justicia que os abrirá las puertas de los cielos.

»—Creed, señora, que estoy sufriendo muchísimo, y se calmarían mis temores y mis sufrimientos si quisiérais hacer conmigo una buena confesión.

»—¿Estáis en vuestro juicio? no necesito vuestros perdones, mas bien vos necesitáis mi perdón, que os lo concedo de muy buena voluntad, porque sois un infeliz, un iluso, que creéis en absurdos inadmisibles; mas si tanto miedo os inspira el Diablo, idos de aquí.

»—¿Queréis que me vaya?

»—No; yo no lo quiero, pero es preciso que sepáis pensar, que un ministro de Dios debe saber discurrir, y seguid con vuestras misas, y vuestras confesiones, y vuestras pláticas y no temáis á lo que no existe.

»Se retiró el capellán muy mohino y cabizbajo, y yo me reuní con la Comunidad, diciendo:—Sentáos, hijas mías, y sea para nosotras este día, un día de verdadero regocijo, pensando en ser útiles á la humanidad. No basta que sintamos aquí dentro compasión por los que sufren, es preciso hacer el bien á los pobres muy prácticamente. Junto á este Convento levantaremos un Asilo para que en él se alberguen ancianos, y niños desvalidos, y en tanto que se construye el edificio, habilitaremos algunas habitaciones para recibir á los caminantes enfermos, y á los que necesitan una noche de reposo bajo un techo hospitalario. ¿Estáis conformes?—Lo estamos; dijeron todas.—Gracias, hijas mías; el que trata bien á los pobres, se trata bien á sí mismo.

»Después me fuí á los jardines del Convento y allí oré fervorosamente, allí hablé con mi Dios. Al día siguiente hablé con el arquitecto, y le pedí una lista de seres necesitados; me fuí después á la casa de mis padres, y la viuda de mi hermano me abrazó con tal delirio, que creí me ahogaba, ¡cuánto me quería! ¡sabía agradecer! le dí órdenes para que trabajara conmigo buscando enfermos y pobres, y su júbilo no tuvo límites ¡iba á trabajar conmigo! ¡yo no la desdénaba! ¡qué alegría experimentó! ¡aquella

mujer era una santa!... ¡cuántas santas habría en la tierra, si á las que caen las levantaran á tiempo!

»Visité después á mi hermana y pregunté enseguida por mi sobrina. Ha salido de cacería con su padre y su hermano, dijo mi hermana.

»—¿De cacería? ¡qué locura! ¿qué entiende aquella niña de ciervos y venados?

»—Pues ahí verás, caprichos de la juventud y condescendencias de su padre; por mi gusto no va.

»—Deja, que cuando yo la vea le quitaré esos caprichos.

»—Creo que solo de tí hará ella caso.

»No sé por qué, me disgustó muchísimo la salida de mi sobrina; oculté á su madre mis temores, y me volví al Convento pensando en mi sobrina, ¡la quería tanto! Al llegar á mi celda encontré sobre mi mesa dos pliegos, uno grande con el sello real, y otro pequeño; abrí el primero y ví que era una carta del rey, de su puño y letra; me felicitaba por mi curación y me acusaba, amistosamente, por mi poca actividad en levantar conventos. El Rey quería muchas casas de oración, muchas, para que en ellas orasen las almas buenas, por las almas pecadoras.

»Abrí después el otro pliego, y en el me

decían: Ya sé que estás fuerte, ahora os delataré, tengo empeño en mataros y os mataré, así sabréis lo que puede *un gusano*.

»Al leer aquella amenaza, sentí en la cabeza un vértigo que me causó mucho miedo, pero me dominé enseguida y pensé que á un gusano se le aplasta. En aquel momento, como llovido del cielo entró mi amigo, el sacerdote, al que no había visto ni en mi enfermedad, ni en mi convalecencia, ¡qué hermoso me pareció! con su palidez, con su mirada lánguida, con su gentileza y su aristocrática distinción, pero estaba enojada por su larga ausencia, y le dije con marcada ironía:— ¡Qué desgracia tenéis! siempre venís una hora más tarde, ya me podía haber muerto esperando vuestra visita; nunca venís á tiempo.

»—Estáis en un error, siempre llego cuando hago más falta, y con melancólica sonrisa me indicó los pliegos que había sobre mi mesa. Me apresuré á dárselos; los leyó sin manifestar la mayor sorpresa, y me dijo con paternal ternura:— No temáis, ya está presentada la denuncia hace muchos días y obra en poder del Tribunal del Santo Oficio; éste quiere hacer una información secreta, el secretario de la Comisión, es uña y carne conmigo, y

yo soy el encargado de revisar todos vuestros escritos; quieren también que os confeséis conmigo, y que hagáis una confesión general; vuestros escritos no permitiré yo que salgan de aquí. ¡Ya véis si llego á tiempo! ¿os convencéis ahora?

»—¿Verdad que no me harán daño?

»El sacerdote miró á todos lados, cerró cuidadosamente la puerta de la celda, y acercándose mucho á mí, me dijo muy quedo al oído:

»—¡Qué te han de hacer á tí! ¡antes me matarían á mí! tienes muchos *gusanillos* que quieren roer el pedestal de tu gloria, pero los grandes de la tierra te quieren y te admiran, y te salvaremos.

»¡Cuánto bien me hicieron sus palabras! le conté todos mis planes y él me reanimó cuánto pudo, diciéndome al retirarse: Trabajemos, vos en vuestra religión, yo en mi filosofía, cambiaremos impresiones cuando sea de imprescindible necesidad, nos olvidaremos al cambiarlas que somos un hombre y una mujer, y solo hablarán la religiosa y el filósofo, preparémonos para un mañana, que el mañana es el despertar del alma de su letargo de ayer.

»Cuando se fué, exclamé: ¡Dios mío! ¡cuánto quiero yo á ese hombre! bien dice que debemos cambiar nada más que nues-

tras impresiones considerándonos única-
mente, él á mí como á una religiosa, yo á
él como un filósofo, olvidando por comple-
to, que somos un hombre y una mujer,
pero... ¡Dios mío! ¡Dios mío! no es ningún
delito, yo á ese hombre... ¡le adoro!»





LXXV

UNA de las sensaciones más gratas en la vida humana es, ser amado de verdad; y digo ser amado de verdad, porque los verdaderos amores en esta tierra de ingrati- tudes no tienen lenguaje; una palabra amorosa, un juramento apasionado, una promesa de un amor eterno, se presta al engaño, pero un acto práctico de amor dice más que todas las palabras melosas. Yo había recibido una de esas pruebas innegables, por eso con toda la efusión de mi alma dije: *¡Dios mío!... no es ningún delito, á ese hombre, yo le adoro!* y de aquella franca confesión quedé satisfecha; porque en ella exhalaba mi alma su amoroso sentimiento ¡amaba!... ¡amaba! y aquel amor era mi vida.

»En cuanto á mi denuncia ya no me inquietó; él me había dicho que me quería, que me amaba, que sería mi Providencia, me había hablado de ¡¡¡tú!!! ¡¡¡tú!!! ¡sílaba

divina! se puede sufrir toda una vida de martirio por escuchar una sola vez el sonido de esas dos letras unidas, ¡tú!... en mí hizo prodigios el escucharle; trabajé en los días siguientes con ardor febril, me multipliqué para acudir á todas partes y nunca trabajé con más aprovechamiento.

»Cuando más embebida estaba en mis trabajos de organización para el Asilo provisional que quería instalar en mi Convento, me anunciaron la llegada de mi hermana, y enseguida recordé á mi hermosa sobrina. Al ver á mi hermana comprendí enseguida todo lo ocurrido; la hice sentar y la dije:—Háblame con entera franqueza, ¿ha muerto la niña? dímelo de una vez.

»—¿Quién te lo hà dicho?

»—¿Tú misma? ¿qué le sucedió?

»—Que se le encabritó el caballo, corrió desbocado y al fin tiró á la niña; ésta, cayó en la maleza y se le clavó una espina en un costado con tal fuerza, que se incrustó en su carne haciéndole perder el sentido, cuando lo recobró ya se encontró en su lecho, y lo primero que hizo fué llamarte, creo, que te está esperando para morir, sufre horriblemente, tú eres su única esperanza, pero el corazón me dice que no la salvarás.

»Inmediatamente dí las órdenes más pre-

cisas á la Comunidad y me fuí con mi hermana á ver á mi sobrina, la que al verme me dijo sonriendo con amargura:—Ya lo ves, pueden más los ángeles que los hombres; tantas veces los he visto que venían por mí, que al fin me llevan con ellos. No te empeñes, tía mía, en darme la vida, tengo el cuerpo destrozado, y el dolor que tengo en un costado es irresistible; te he llamado porque quería verte, porque quiero morir en tus brazos, por piedad no me abandones, quiero verte hasta el último momento; y con febril angustia quiso incorporarse y no pudo, rodeé su cuello con mis brazos, y ella dijo:—Así, así moriré á gusto.

»¡Qué días tan horribles aquellos! mi pobre hermana arrodillada ante el lecho de su hija, quería rezar y no podía; su esposo, colocado á los pies de la cama, con la muerte en el alma miraba á su hija y sin darse cuenta se bebía sus lágrimas, único alimento que no rechazaba, y yo sentada á la cabecera, sostenía con mi brazo izquierdo la cabeza de mi sobrina, que no quería más almohada para su preciosa cabeza. ¡Pobre hija mía! sufrió muchísimo, pero era tan buena que no se quejaba, miraba á sus padres, y me decía por lo bajo: ¡Pobrecitos!... ¡vela por ellos, tía mía!

¡cuánto siento hacerles sufrir! ¡son tan buenos! ¡me han querido tanto!...

»Una noche se incorporó mi sobrina, quiso abrazar á sus padres pero no tuvo fuerzas, la sostuve en mis brazos y murió instantáneamente, y entonces mientras mi hermana, su esposo y sus hijos fueron trasladados á otro aposento, y antiguas sirvientas se apresuraban á vestir á mi sobrina, yo ví el cuerpo de ésta reposando inerte, y ví á su alma con su luminosa envoltura flotando en torno mío: ¡Qué hermosa estaba!...

»—¿Sufres? la pregunté.

»—Muy poco, tía mía, me voy muy lejos, muy lejos, así me lo dicen; sígueme con tus ojos, que tus ojos ven el más allá; siento que me viene sueño, llámame si ves que me equivoco de camino y dime entonces si estoy lejos de las puertas del cielo.

»—Hija mía, en el cielo no hay puertas, mírame y no preguntes dónde están las puertas del cielo; el cielo está en tus ojos amorosos, en tu sentimiento y en tu inocencia. ¡Vuela mariposa del infinito, y no me olvides en tu vuelo! Y la ví volar, la ví como se perdía en el horizonte, y la ví como se volvió agitando su nevada diestra diciéndome: ¡Adiós!

»Cuando me convencí que el alma de mi

sobrino se había ido lejos, muy lejos, me ocupé de sus padres que estaban inconsolables; mi hermana, ¡pobrecita! era una buena cristiana y se resignaba con los decretos de Dios, pero se resignaba negándose á tomar todo alimento, y su esposo, loco rematado, á duras penas se le pudo contener, que le dió por matar á todos los caballos de sus caballerizas; y el caballo que mató á su hija, éste quería quemarle él mismo. Me ví y me deseé para hacer entrar en razón al padre de mi sobrina; al fin lo conseguí, le hice llorar á mares; y quedó rendido y dócil como un niño enfermo. Yo empleé todos los medios para consolarle, y le dije finalmente:—No te impacientes de esa manera, ¿sabes tu acaso lo que Dios había escrito en la arena de la conciencia de tu hija?

»—¿Pero qué haré yo sin ella? ¡si era la luz de mis ojos!

»—Pues para los grandes dolores, son las grandes resignaciones.

»—¡Y poder resignarse! Oye: ¿dicen que tu ves las almas? te ruego que me perdones, yo he sido el primero en asegurar que tú hablabas con el Diablo.

»—Sí; yo veo grandezas inmensas, veo almas que sufren y almas que gozan, veo otros mundos donde las humanidades lu-

chan con más ventaja que luchamos nosotros.

»—Sí; sí; sí lo dicen que tú ves á los diablos, pero mi dolor me prueba otra cosa muy distinta; mi hija era un angel y me decía que tú veías á las almas buenas, y ella tambien te veía entre *arco iris* y bosques de flores, y cuando ella te veía así, no tendrás tú nada que ver con el Diablo. Ahora dime si has visto á mi hija y estaré más tranquilo.

»—Bueno, pues, siendo así, te diré que he visto el alma de tu hija en el momento que se desprendió de su envoltura carnal, la he visto partir y me dijo: Adiós; y se perdió en el horizonte.

»—¿Tú la has visto? quiero creerte y quiero creer en Dios; mi hija ya estará en el cielo y confío que se acordará de sus padres.

»Felizmente, en aquella ocasión, como en otras muchas, mi inspiración me valió de mucho; mi hermana y su esposo procuraron tranquilizarse, y yo me volví á mi Convento para llorar á solas, que también estaba desconsolada. ¡Pobre niña mía! ¡tan bella! ¡tan amada! me parecía sentir el calor de sus brazos en mi cuello y sus besos en mi rostro; pero me rehice pronto, necesitaba estar fuerte, para luchar, que bien

podía batallar siendo amada. Tengo quien me ame, decía yo muy satisfecha, y éste no morirá, no; él dará cuenta de mí, él me dejará en la fosa, no estaré sola en aquellos críticos momentos, no, no lo estaré; y entonces, oí la vocecita de siempre que me decía:—¡Adelante! no pierdas el tiempo, si tus obras escritas las mutilan, tus obras de edificaciones piadosas esas... ¡no morirán!

»—¡Gracias, Dios mío! ya han vuelto para mí los buenos días; lucharé, sé lo que me espera. ¡Adiós ilusiones! ante las realidades de la vida comprendo lo que debo hacer. No debo deshonar mi religión. ¡Dios mío! ¡dadme fuerzas para ser buena!... Mi plegaria Dios la oyó, se inundó mi estancia de luz, y al ver aquellas olas luminosas, exclamé: Dios me responde. ¡Lado sea Dios! y entonces desapareció mi estancia y me ví en la inmensidad del espacio, caí de rodillas y ví aparecer la imagen de Jesús. Yo, como si no tuviera cuerpo, volé hacia El y le dije: ¡ingrato! os he llamado y no habéis venido, he sufrido y no os he visto.—Dicen que veo el Diablo. ¡Señor! ¿por qué me habeis dejado? ¡estoy sola!... quiero irme lejos de aquí, porque este mundo es un nido de reptiles.

»El, al oír mis quejas se acercó más á

mí, y me dijo:—Te quejas sin razón, ¡mira bien! y miré, y me ví hermosa, muy hermosa, coronada de flores, y á la vez me veía rodando por los abismos, fea, despreciable, envilecida, repugnante, y me ví de pueblo en pueblo buscando un Redentor, ví mi historia terrible, con mis innumerables caídas, y mis propósitos de enmienda, y exclamé:—Ahora lo recuerdo todo, os he hecho mucho daño ¡qué horror! ¡tened piedad de mí! y ví como Jesús se transformó en el anciano de siempre, y entonces comprendí mejor que nunca, que entre Jesús y el anciano, no había más que una substancialidad; y al elevarse me enviaba efluvios de vida y yo le decía: ¡No me dejéis, Señor! y El murmuró con la mayor ternura: ¡Dejarte!... no hay sitio en la eternidad que tú lo encuentres sin mi aliento, donde quiera que vayas allí me encontrarás.

»Entró la segunda Superiora en mi celda y exclamó:

»—Aquí ha estado Jesús, siento su perfume embriagador.

»—Sí, aquí ha estado.

»—¿Y qué os ha dicho?

»—No lo sé.

»—Yo le veo en mis sueños, y por reunirme con El iré al martirio.

—»No hay necesidad del martirio; lo que es más perentorio es trabajar en bien de los desvalidos; manos á la obra: y con la mayor actividad se concluyó el Asilo provisional, en el cual encontraron refugio muchos desamparados.

»La segunda Superiora estaba encantada; sus actividades, sus energías, sus sentimientos adormecidos en la monotonía de la vida claustral, se despertaron al movimiento de la vida humana, y me ayudaba en mi trabajo admirablemente; una mañana me dijo muy conmovida:—¡Cuánto bien hacéis, hermana mía! entre los acogidos hay dos niños que me encantan, tienen unos ojos y unas palabras que me llegan á el alma.

»Al día siguiente conocí á los niños y hallé en los ojos de uno de ellos algo muy sorprendente; les pregunté por sus padres y me contestó el mayor:—Murieron de miseria, ¡pobrecitos! ¡maldita sea la miseria!

»—No blasfemes, hijo mío, que en cuanto ocurre en la tierra, no hay más que el cumplimiento de una ley eterna, tú aún no comprendes que las culpas se pagan con penas; mas yo seré vuestra madre, yo velaré por vosotros y haré que sea risueño, si es posible, vuestro porvenir.

»Los niños me miraron sorprendidos, y

alentados por mí, me besaron, y el mayor al besarme me parecieron sus labios de fuego, sentí repulsión, horror inexplicable, el mendigo de hoy, era indudablemente el tirano de ayer.

»Me cuidé mucho de las obras del Asilo para los pobres porque tenía vivísimos deseos de verlas terminadas. Cuando menos lo esperaba, vino un sacerdote de muchas campanillas: era una alta dignidad eclesiástica y para él se abrieron todas las puertas del Convento, repicando las campanas y se cantó un *Te-deum*; era el Secretario de la Comisión del Santo Oficio que venía á comenzar su interrogatorio, que fué llevado á cabo con toda la mala fe posible: preguntas repetidas, cambios de asuntos, qué sé yo, la cuestión es que logró fatigarme y aturdirme; registró todo el Convento, sin dejar el menor escondrijo, y por último registró mi celda, pero como en ésta había tantos papeles, tuvo que repetir su visita varios días y eso que trabajaba con verdadero afán de concluir. Aquel hombre no estaba bien cerca de mí, ni yo cerca de él, nos fuímos antipáticos en grado máximo. Comenzó á leer mis poesías y allí fué Troya. ¡qué de admiraciones! ¡qué de espantos! ¡qué de asombros! *Mi modo de orar*, que era una composición racionalista, la

encontró atea; mi canto *Al Sol*, porque al Sol yo le decía luz de amores, él me replicó duramente que solo Dios era luz de amor, que mi canto era un canto pagano.

»—¿Sois poeta? le pregunté.

»—Amo la poesía, pero no soy poeta.

»—¡Ah! entonces si no sabéis escribir, no sabéis que el pensamiento vuela...

»—Me haréis creer que no sé leer.

»—No, lo que os sucede es que tomáis la letra por el espíritu.

»—Se fijó después en el escrito que hice cuando me coronó mi sobrina y me dijo: ¡Ah! ya os tenemos vanidosa, vicio que lo tenéis muy encubierto, y no os coronaron de espinas, os hicísteis coronar de flores; ¡valéis más de lo que yo pensaba!... Y me miró de una manera que me hizo temblar, comprendí que estaba perdida, pero en aquel momento entró mi amigo el sacerdote, que al verme lívida y temblorosa me dijo muy quedo:

»—¿Qué hay?

»—Ese hombre es muy duro.

»—¿Tienes confianza en mí?

»—La tengo.

»—Pues entonces no temas nada; y volviéndose con la mayor naturalidad se acercó al Secretario, se lo llevó al hueco de una ventana y allí hablaron largo y tendido ra-

to, y aunque nada pude oír, comprendí que discutían muy acaloradamente, porque mi amigo, pálido de costumbre, se coloreó su semblante, y el Secretario, que tenía muy buen color, concluyó por palidecer, y accionar con los puños cerrados.

»Al día siguiente concluyó el interrogatorio; mi protector dispuso que se marchara el Secretario con su séquito, y entonces, á solas conmigo el sacerdote, no el amigo, me dijo así:—Con calma, con serenidad, con método, contadme vuestras visiones; se las conté todas; me pidió después las revelaciones que había tenido, contesté á todo, contándole sencillamente la verdad, se enteró muy minuciosamente de las curas que yo había hecho con la imposición de mis manos; y cuando se hubo enterado de todo, me dijo muy seriamente:—Si esto constara en la información que hará el Secretario, ni el Rey os salvaría de morir en la hoguera; gracias que se vé en vos una buena voluntad; pasaréis por una fanática religiosa, algo débil de entendimiento, desaparecerá vuestra verdadera personalidad, no hay otro remedio para evitaros de ir al suplicio.

»Se fué el sacerdote, y me reanimé tanto, que exclamé: ¿qué me importa? si la iglesia me anula, yo engrandeceré mi religión

con mis buenas obras; y haré tanto por los pobres, que éstos me harán justicia. Morir en la hoguera no quiero; antes me mataría, pero ese hombre que adoro me ha prometido salvarme, ¡y me salvará!





LXXVI

PARA huir de mis malas impresiones, me dediqué por completo á consolar á los desvalidos, proporcionándoles trabajo á los unos y albergue á los otros. Las obras del Asilo adelantaban rápidamente, porque las vigilaba de continuo, y como los obre-ros me querían tanto, por verme contenta hacían prodigios; ¡pobrecitos! Los jornale-ros del campo también encontraron en mí, un gran apoyo, porque como mi familia era muy numerosa, y todos sus miembros eran ricos hacendados, de continuo envia-ba á mis parientes trabajadores ansiosos de trabajar; y como si un genio invisible se complaciera en allanarme obstáculos, es lo cierto, que trabajador que yo recomenda-ba, tenía el pan asegurado para mucho tiempo; así es, que en muchas leguas á la redonda, resonaba mi nombre entre los humildes y sufridos hijos del pueblo, que en su agradecimiento me decían la *Santa*;

para ellos, perdí mi nombre, y gané en cambio todas las virtudes, que la humanidad no es tan mala como la pintan los pesimistas; basta sembrar amor para recojer gratitud; dejando aparte á los seres desgraciados cuya inferioridad les pone á más bajo nivel que los irracionales; mas una mancha en el sol, no le quita su luz; de igual manera los reptiles escondidos entre los hombres, no les quitan á éstos la grandeza de sus sentimientos más ó menos desarrollados, según la educación que han recibido y el medio ambiente que les ha rodeado. Yo puedo decir, que á pesar de mordirme algunas vívoras, encontré en la masa del pueblo verdadera adoración.

»Lo que nunca me había sucedido me ocurrió cuando menos lo esperaba: yo que nunca había celebrado la fiesta de mi santo, que jamás me había ocupado de esas expansiones íntimas, de ese día de plácemes y festejos, en que los parientes y los amigos se reúnen y cambian impresiones y aceptan recíprocamente dádivas y obsequios, aquel año pensé en el día de mi santo y quise celebrarlo; aunque mi cuerpo estaba muy decaído y mi ánimo muy sobreexcitado, había un verdadero desequilibrio en todo mi ser, pero con todo sentí apego en mí misma, y quise gozar lo que

nunca había gozado; pedí á Dios un día tranquilo, en que mi alma reposara en medio de sus buenas obras. Llegó el día deseado y me levanté muy temprano, abrí las ventanas, miré al cielo y el sol que envuelto entre rojizas nubes, rasgó súbitamente su hermoso manto y lanzó sobre la tierra sus rayos de vida; me hirió tan vivamente su luz, que cerré los ojos maquinalmente, pero los abrí enseguida animada de contemplar el astro del día, y entonces no ví un sol, ví muchos soles, creí al pronto que era una ilusión óptica, pero tuve que convencerme que había en mi celda un congreso de soles á cual más esplendentes y más hermosos; uno en particular, colocado sobre mi mesa tenía su luz tantos cambiantes, que atrajo poderosamente mi atención, quise acercarme á él, choqué contra la pared y dije con despecho:— ¡Siempre las paredes estorban aquí!...

»—No siempre, dijo una voz, tú has pasado las paredes; y pasé y me encontré en la inmensidad sin el peso de mi cuerpo; entonces tuve miedo y dije atemorizada:— ¡Señor! ¡misericordia! quiero ser buena; y oí la misma voz que me decía:—¿Quieres ser buena y no quieres llegar al martirio? ¿y no sabes que solo de los mártires es el reino de los cielos?

»—Pues no quiero el martirio, que el martirio del cuerpo embrutece, quiero otro martirio más útil, no quiero el martirio del dolor del cuerpo.

»—¿Quieres entonces el martirio del alma?

»—Sí, quiero curar leprosos, levantar tullidos, iluminar conciencias, quiero ser útil con todas las actividades de mi ser, con todas las energías de mi alma, con todos los esfuerzos de mi inquebrantable voluntad.

»Entonces ví pasar ante mí, sostenidos por manos invisibles, muchos cálices de diferentes metales, desde el humilde plomo hasta el oro; todos ellos estaban llenos hasta los bordes de amarga hiel; al verlos dije: ¡Dios mío! ¿esas copas son la alegoría de mi vida? y me dijo la misma voz:—Sí; esos cálices llenos de hiel son las cantidades que aún tienes que beber, pero bebiéndolas serás útil, como deseas, á la humanidad; y cada gota de ese amargo licor hará brotar en torno tuyo una rosa sin espinas.

»Aquellos cálices se fueron iluminando lentamente hasta convertirse en globos luminosos, en mundos que se abrieron ante mí, y ví que estaban habitados por humanidades venturosas; ¡qué mundos más dichosos!... un hombre en cuyo semblante

irradiaba el contento y la paz de su conciencia, me dijo sonriendo:

»—Ya vendrás con nosotros, aquí serás más feliz.

»—¿Tardaré mucho en venir?

»—¡Pobrecita! para el tiempo de la Tierra algunos centenares de siglos, para nosotros, breves momentos.

»Seguí mirando cuanto me rodeaba, y pronto sentí una sacudida y me encontré en mi celda, al verme en ella exclamé:—¡Gracias Señor! ya he visto mi porvenir, hoy amo, amo, y quiero ser buena cumpliendo fielmente con todos mis deberes; interrumpió mi monólogo la segunda Superiora que me abrazó muy cariñosamente diciéndome al oído:—Hoy es vuestro santo.

»—Sí, ya lo sé, y por cierto que siempre me ha pasado desapercibida la fecha de este día.

»—Pues yo esta noche pensaba en vos; y de la manera que mejor podríamos solemnizar este día; ¿queréis que hoy nos dediquemos fervorosamente á ver si viniera Jesús? no recibamos á nadie; ¿qué os parece mi plan?

»—Impracticable; la mañana no se la podemos negar á los pobres, la tarde... esa sí, haremos que sea para nosotras. La Su-

periora se fué muy contenta con mi promesa, y durante la mañana recibí gratas visitas, entre ellas la de mi amigo el sacerdote; vino muy cariñoso dispuesto á darme ánimo; le pregunté:—¿Qué hay? ¿tengo que comparecer ante el Santo Tribunal?

»—Solo una vez, y no extrañéis que yo os haga una pregunta, si cuando oráis véis á Jesús; decidme la verdad, decid lo que véis, qué habláis con El, que á su día será verdad inconcusa en nuestra religión, la relación que existe entre vos y Jesús.

»Después me habló mi amigo con tanto cariño, que comprendí perfectamente que no era él el que me hablaba; al fin se levantó y me dijo:—¡Bendita seáis! decidme, si volvemos otra vez á la tierra, ¿verdad que no seremos esclavos como ahora? Yo veo en mis sueños el mañana, y nuestro mañana es espléndido; el talento del hombre no muere. Yo me veo reproducido en mis hijos, y veo á una mujer que es mi cielo, su existencia y la mía no envejecen nunca, siempre somos jóvenes llenos de vida, de amor y de esperanza, y avanzamos por la senda del progreso venciendo todos los obstáculos; después veo talleres inmensos donde pueblos regenerados trabajan sin agotar sus fuerzas, y alguien me dice que el amor egoísta detiene al hombre

en la tierra, y doy más extensión á mi amor, y la mujer de mis sueños se reproduce y la veo en los niños, en los ancianos, en los enfermos, ya no es mujer, es astro, es luz, es manantial de vida, repartiendo sus dones... es ella y no es ella, es ella por su hermosura, por su sentimiento, por su amor hacia mí, y no es ella, porque se agiganta, porque se engrandece, porque es la suma de las perfecciones... ¡qué sueños tan hermosos! ¡Bendita, bendita seáis!... á su tiempo nos honrarán, no cabe duda; pero antes nos deshonrarán los nuestros, dirán que hemos pecado como pecan los hombres y las mujeres; pero la verdad brillará al fin, y el tiempo nos concederá el respeto debido, ya que vos sois una digna religiosa, y yo un hombre que os considera en lo mucho que valéis; y saludándome cortesmente se marchó.

»¡Cuánto le amo! exclamé gozosa; él también me ama, él vé en mí la encarnación del sentimiento, y yo veo en él el símbolo de la filosofía.

»Me reuní después con la Comunidad y comimos tranquilamente, esmerándose todas en hacerme finezas y agasajos; terminada la comida nos fuímos todas á los jardines, pero la tarde estaba tormentosa y tuvimos que entrar en el Convento, reu-

niéndonos en la sala capitular donde había un altar con una imágen de María, la madre de Jesús. Las monjas, sin yo decirles nada, comenzaron á cantar una invocación á María, yo las escuchaba sin tomar parte en sus cantos porque nunca las canturias religiosas lograron conmoverme, pero aquella tarde encontré en las voces de mis compañeras dulces melodías, llegué á conmoverme y dije entre mí:—Siempre he visto á Jesús, jamás á su madre, y Jesús la tiene; mis compañeras seguían cantando pintando los dolores de María al pie de la cruz, y algunas de ellas cantaban con tanto sentimiento que me hicieron llorar y pensé y dije:—¿Si estará su espíritu entre nosotras? ¿si estará aquí María? quisiera verla; y entonces en medio del salón se fué formando una nube luminosa, y de la nube se destacó una figura con las manos cruzadas sobre el pecho, las manos se desunieron lentamente, extendió luego los brazos, y ví una mujer del pueblo vestida muy sencillamente, sin manto ni corona, pero con unos ojos hermosísimos que parecían dos soles; los mismos ojos que su hijo; al verla temblé y le pregunté:

»—¿Eres la madre de Jesús?

»—¿Por qué me llamas?

»—No es capricho, te llamo porque creo

que debes ser muy buena, y debes reinar en los cielos.

»—Todos somos reyes de nuestras obras; fuí madre de Jesús pero no estuve á la altura de mi hijo.

»—Tu hijo debe adorarte.

»—Los espíritus grandes no adoran; protegen, amparan, consuelan, aconsejan, velan por cuanto les rodea; y al hablar así el espíritu se iba acercando á mí, y me preguntó:

»—¿Dudas que soy la madre de Jesús?

»—No, no lo dudo, pero... siento... no sé lo que siento.

»—Yo te daré una prueba; y me puso la mano en la frente y ví... ¡Dios mío! ¡lo que ví!... entonces exclamé sollozando:—Sí; sí; te conozco, tú eres aquella mártir, y entonces se alejó diciéndome:—Nunca me olvidarás.

»—¡Ah! no, nunca te olvidaré virgen y madre.

»—¡Madre! madre, sí; virgen... vírgenes llegaremos á ser cuando todos seamos buenos ante Dios.

»Como yo estaba muy separada de la Comunidad, y el salón era muy grande, ninguna se fijó en mí, tan entusiasmadas estaban todas con su canto; la aparición de María fué exclusivamente para mí; y se pre-

sentó, no como la pinta la iglesia romana, sino como en realidad era, una mujer del pueblo, sencilla y buena, santificada por el dolor, engrandecida por el más horrible sufrimiento. No pisaba estrellas ni flotaba sobre nubes de colores, no llevaba su pecho atravesado por punzantes espadas, no llevaba ni manto azul, ni manto negro; la ví con sus ojos hermosísimos, con su rostro melancólico, me habló sencillamente y no me quedó la menor duda, que la madre de Jesús acudió á mi llamamiento.»





LXXVII

CUANDO hubo terminado aquella especie de visión mía, me acerqué á mis compañeras y les pregunté si habían visto ú oído, algo extraordinario, y todas me dijeron que nada les había llamado la atención; únicamente repararon en mi estado de completa abstracción, de místico éxtasis, pero como ya estaban acostumbradas á verme muy á menudo así, no se fijaron más en mí. Les conté entonces lo que había visto y la Comunidad dijo en masa que yo había visto muy poca cosa; y entonces les dije con amarga ironía:

»—¡Ah! rutinarias, rutinarias, no os agrada lo que he visto porque se separa por completo de la farsa religiosa; y sin embargo, yo he visto la verdad, he visto á la madre de Jesús tal como es, no como la pinta nuestra religión; pero esa grandeza y esa omnipotencia, no es cierta, porque la madre de Jesús no es la madre de Dios, que

si Dios tuviera madre, ésta tendría sus antecesoras, y Dios no es una *creación*; es una eternidad, es una suma de todas las fuerzas, es el imán de todas las atracciones, es el manantial inagotable toda la vida, es el alma creadora de cuanto existe, no es una personalidad hija de padre y de madre; en la historia religiosa de los pueblos, se encuentran grandes figuras que la ignorancia ha convertido en Dioses, pero estas figuras han sido únicamente *Agentes*, *Enviados* que han llegado cuando debían llegar para despertar á las humanidades y Jesús es uno de esos *Enviados*, y como fué un hombre como los demás, por eso tuvo madre, y la razón acepta que Jesús tuviese familia como los demás mortales. ¿Fué su madre tan grande como El? ¿estuvo á su altura? no lo sabemos; únicamente sabemos que fué una mártir y que sufrió resignada su martirio. Yo la he visto sin las espadas atravesadas en su pecho, y sin aureolas luminosas en su frente, pero la he visto con sus ojos hermosísimos, llenos de lágrimas, llorando ingraticudes propias y extrañas. Yo recuerdo haberla visto antes de ahora, sentada al borde de un camino esperando á su hijo, y después de tanto esperar, desfallecida por el dolor, su hijo ¡no pasó por allí! Yo la he visto llorando

el abandono de todos, más grande, más humana, que como la pinta la iglesia. Yo he visto la verdad, he visto á María santificada por el dolor, siendo mujer, mujer con sus dolores, mujer con sus desengaños, mujer con su amarga soledad; y así me parece más grande que revestida de mantos y nubes y coronas y angelitos á sus pies, que una madre llorando la muerte de su hijo, vale más que todas las vírgenes habidas y por haber. Yo creo que sin el llanto de las madres, la tierra sería estéril. Os quedáis atónitas por lo que digo, no lo extraño, por que yo veo la historia de Jesús de muy distinta manera que la ven los demás. Jesús es un Sol, y su madre es un satélite. Jesús da vida, su madre da consuelo, y da consuelo porque enseña á sufrir. Ya os he contado lo que he visto, ahora concluyamos de pasar el día tranquilamente, y quede en mi memoria un recuerdo imperecedero de este día tan feliz, único en mi vida que he celebrado la fiesta de mi santo. Concluyamos los cantos religiosos y cantemos, á mejores días, ¡días de luz! ¡días de redención! ¡días de amor! de reproducción, y aunque esto no esté en armonía con nuestra religión, lo está con Dios, con Dios que es amor, amor y vida eterna.

»Extáticas se quedaron mis compañeras, después dije:—Bebamos, bebamos, choquemos nuestros vasos, brindemos por los pobres, y tanto nos animó el sabroso vino, que parecía que lenguas de fuego habían caído sobre nosotras, porque todas hablaban mucho y bien. A la hora conveniente dí por terminada la fiesta de mi santo, y todas nos retiramos á descansar contentas y satisfechas. Yo pasé una noche muy tranquila, mi espíritu estaba contento de sí mismo, y sonreía viendo el día por mi soñado, sin encierros, sin votos, sin reglas monásticas, sin ayunos ni cilicios, sin templos de piedra ni altares con ídolos, sin mártires inútiles ni fariseos hipócritas, reinando la verdad con todas sus grandezas, con todos sus naturales goces; la humanidad rindiendo culto á Dios con sus buenas obras, con sus investigaciones científicas, ¡qué día tan hermoso! yo le ví en mi sueño, porque yo sabía leer en el porvenir.

»Me desperté muy contenta, y pedí á Dios fuerzas para luchar, quise escribir, pero... no podía escribir, no; escribiría mi sentencia de muerte, mas... ¡si yo escribiera lo que había visto! ¡qué relato tan precioso sería!... y no pudiendo refrenar mi deseo me puse á escribir rápidamente, escribía y lloraba á la vez, ¡qué bueno se-

ría escribir para mañana! pensaba yo; pero no me dejan escribir los *doctores de la Ley*, murmuré por lo bajo; inutilizarán mis obras ¡qué lástima! ¡y tan buenas que serían!... Y escribía con una velocidad asombrosa, yo misma me espantaba, apenas tenía tiempo de colocar nuevas hojas que inmediatamente estaban llenas de renglones con letras desiguales. Sin yo sentir sus pasos, entró en mi celda mi amigo el sacerdote, y lo debí mirar de un modo tan extraño, que se acercó á mí, y me dijo alarmado:

»—¡Qué atareada estáis!

»—Sí; he escrito porque tenía el alma llena de pensamientos y he tenido necesidad de trasladar al papel lo que sentía.

»—Sí; habéis escrito lo bastante para ir á la hoguera.

»—¿Por qué? si no he escrito nada malo.

»—Veamos; y leyó con avidez lo que yo había escrito, y se fué preocupando tan hondamente, que leía, y volvía á leer, y me miraba con estupefacción, y me decía imperiosamente: Numerad esas hojas pronto, no me hagáis esperar; y, por último, pasándose la mano por la frente y por los ojos, me dijo con más dulzura:—Leedme lo que habéis escrito, yo me confundo, leyendo; veo letras dobles y las oraciones

pierden su natural sentido, no sé leer; leed, leed.

»—Leeré si así lo queréis. Y leí, y conforme iba leyendo, él me decía:—¿Os habéis fijado en esto? esto no lo habéis escrito vos; y acercó tanto su sillón al mío, que yo le dije:

»—Y si nos ven tan juntos, ¿qué dirán?

»—Dejáos de miserias humanas y leed, leed; esto es tan grande que no es obra vuestra; no, esto no es vuestro, ¡imposible! Dadme esa hoja en que habláis de Dios, es un Dios nuevo por mí soñado, y que hoy le veo más grande, ¡más humano!, ¡más justo!, ¡más sabio!... leed, leed.

»Cuando concluí la lectura, me repitió:—Esto no es vuestro; hay principios y conclusiones científicas que no caben en vuestra cabeza. ¿Qué haréis con estas hojas? dadme ésta y aquélla, y la otra, y las demás... quemadlas, es preciso.

»—Las romperé y basta.

»—No; no; que las destruya el fuego, pueden perderos.

»—¿Y las hojas que vos os lleváis?

»—Éstas... no temáis, nadie las vendrá á buscar sobre mi pecho. Y hablando de otra cosa, ya sé que el día de ayer lo pasásteis muy bien; sé que tuvísteis una visión.

»—Y cómo lo sabéis?

»—Del modo más sencillo: me lo ha dicho al entrar la segunda Superiora, que tiene en mí completa confianza.

»Al oírle, sentí que me hería el aguijón de los celos, y él comprendiéndolo me dijo: —Me queréis tanto, que teméis perderme; no lo temáis, el religioso y la religiosa están encadenados para siempre, y ahora acompañadme para que veáis que nadie me espera á la salida.

»—¿Por qué habéis leído en mi alma?

»—Porque quiero leer en ella; tenéis celos, y yo os diré como dijo Jesús: mi reino no es de este mundo; y dándome su bendición, se marchó.

»¡Que lección tan merecida recibí! Después hablé con la segunda Superiora, y queriendo leer en su pensamiento, hice elogios del sacerdote y ella me dijo:

»—¡Ah! sí; sí; y además de sabio es muy hermoso, tiene elegancia, gentileza, amabilidad, paciencia, tolerancia, como él no hay dos. Yo temblé al escucharla y la dije: —Os advierto, que mi amigo el sacerdote es muy sagaz y podrá leer en vuestra alma.

»—Y aunque lea, madre mía, ¿qué ha de leer en mi alma?; mi alma es un libro con las hojas en blanco; y se marchó sonriendo dulcemente. Al quedarme sola, ex-

clamé con angustia: ¡Dios mío! yo tengo celos, sí; yo tengo celos, y los tengo porque le quiero; sí que le quiero; y él también me quiere, pero ella es más joven, es más bella, pero no tiene ni mi talento ni mi elevación; pero es más joven y más bella...

»—Me reuní después con la Comunidad, y observé á la segunda Superiora largo rato, tranquilizándome al fin, porque su mirada era tan serena, tan pura, que me arrepentí de mi locura y al despedirme de ella la abracé con el mayor cariño pidiéndole perdón interiormente; ella se dejó abrazar y me besó la mano como de costumbre.

»Aquella noche tuve sueños horribles; soñé que todo me lo quitaban, bienes, mi Convento, mi Comunidad, hasta mis hábitos, todo, y oía una voz que me decía:— ¡Cómo te entretienes desdichada! ¡Cómo te entretienes! Cuando me levanté estaba rendida y fatigada, abrí las ventanas y saludé al sol diciéndole: ¡Dichoso de tú!... tú no tendrás celos; y, ¡quién sabe! hay otros seres más esplendentes que tú, y quizás tengas celos de la belleza de otros soles.

»—Una de las florecitas *del cielo*, me dijo con acento de reconvención:—¿Por qué deliras? ¿por qué te martirizas? ¿temes que te quiten tu amor en la tierra? No te-

mas, mujer, no temas, ¡y si tu vieras lo que es ese amor! ese hombre te ha odiado, y tú le has hecho también mucho daño; no os amáis, os atraéis por causas para tí desconocidas.

»—Pero la segunda Superiora puede amarle.

»—No; es más fuerte, y más casta que tú, cuando tu dejes la tierra te llamarán ¡la santa! ¡qué nombre tan mal puesto! por que te irás con los mismos vicios con que viníste; ella, en cambio, es más buena que tú, respétala, recobra la razón, no delires, que á nada bueno conducen los delirios.

»—Gracias florecita *del cielo*, á tí y á tus hermanas ¡cuánto os debo! no tengo frases para expresarlo.

»—Es justo el bien que te hacemos; somos las florecillas de la fuente, allí te regeneraste, y como vimos tu renacimiento te seguimos en tu peregrinación.

»—No recuerdo esa fuente.

»—No importa, en una fuente se realizó tu redención, allí nació la nueva Eva, la mujer mártir, la mujer sedienta de vida eterna.

»Seguí observando á la Superiora, y no pude por menos que tranquilizarme porque era una santa, y además, que mi amigo el sacerdote, me exigió que saliera á recibirle

y le despidiera hasta la última puerta; le hice presente que ya estaba tranquila, pero él me decía: Callad y obedeced, y la verdad es, que yo le obedecía muy contenta.

»Una mañana entró la segunda Superiora y me dijo:—Ha venido una mujer con un niño enfermo; la pobre madre llora con el mayor desconsuelo, porque la han arrojado del barrio en que vive, temiendo que la enfermedad del niño los contagie á todos, da horror mirar á la infeliz criatura; tiene una fiebre espantosa, huele muy mal; y yo no he creído prudente recibirlo sin tomaros parecer, ¿queréis verle?

»—Ya lo creo, eso no se pregunta: vamos; llegué á la sala de espera, y efectivamente, al ver al niño, sujeto á duras penas por su afligida madre, comprendí que era un caso desesperado, y por lo mismo que lo era, admití al pobre enfermito, que en la casa de Dios, tienen más cabida los enfermos que los sanos; lo único que hice fué aislarle en una habitación dejando que su madre lo cuidara y llorara con él. Cuando vino el médico puso el grito en el cielo diciéndome:—¿Qué habéis hecho? este niño tiene la peste negra, por eso le arrojaron del barrio donde vivía; á la noche le veréis como carbonizado apestando su cuerpo

más que un cadáver en completa descomposición.

»—Pero señor, ¿este niño no es un hijo de Dios? pues justo es que muera en la casa de su padre; y efectivamente, murió como carbonizado, siendo su lecho un hormiguero de gusanos; se quemó cuanto usó el niño, pero á los pocos días se desarrolló la peste en el Convento; varias monjas cayeron enfermas á la vez, entre ellas la segunda Superiora, á la que cuidé como si hubiera sido mi hija, pero ella me decía sonriéndose:—Llegó mi tiempo, madre mía, no os canséis, todo será inútil.

»—No ha llegado tu hora, que yo lucharé.

»—Lucharéis en vano, no tiene remedio mi enfermedad; y efectivamente, se puso negra, apestosa, la cubrieron los gusanos, y murió diciéndome:—Me habéis hecho un gran bien, y yo desde el cielo os bendeciré.

»¡Ay! pensaba yo, no me bendecirá porque sabrá que tuve celos de ella; y deseé su muerte, ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡tened misericordia de mí!

»De la Comunidad únicamente se salvaron cinco monjas y yo; la peste se extendió por toda la ciudad y poblaciones cercanas, duró seis meses, ¡qué días! ¡qué noches!

¡qué horas tan horribles! los muertos insepultos por falta de enterradores, las casas abandonadas, cuantos venían á prestar socorro, si no morían caían rendidos por la fiebre y el cansancio; se desarrollaron escenas verdaderamente crueles; la bestia humana se presentó con toda su ferocidad, los lazos de familia se rompieron y no hubo hijos para padres, ni padres para hijos, ¡qué repugnante! ¡qué odiosa me pareció entonces la humanidad! Yo sentía fiebre, porque no descansaba auxiliando enfermos, y muchos murieron bendiciéndome, pero la peste me respetó; cuando ya iba decreciendo la epidemia, vino á verme mi amigo el sacerdote, y se asombró al contemplarme diciéndome:—¡Como estáis! ¡pobre infeliz! ¡cuánto heroísmo! os respeto y os admiro.

»—La peste también me respeta.

»—No así á vuestra Comunidad, ya sé que murió la segunda Superiora.

»—Sí, y he sufrido mucho.

»—Lo creo, era vuestro brazo derecho; no tendréis otra como ella, y por eso he sentido su muerte.

»—¿Solo por mí?

»—Solo por vos, me contestó muy seriamente.

»—Tanto sufrí entonces, que envejecí de un modo asombroso; parecía una som-

bra, á mí misma me daba lástima verme; solo me consolaban las bendiciones de los moribundos y de los supervivientes; nuevas religiosas llegaron á mi Convento, pero tan fanáticas como ignorantes, ¡qué martirio!

»Al fin todo volvió á su estado normal, aunque no se veía más que gente enlutada; nohubo familia que no perdiera un deudo, fué una verdadera hecatombe. Cuando me tranquilicé vino á verme mi amigo el sacerdote y me dijo:—Preparáos, que ahora viene la otra peste, tenéis que comparecer ante el Santo Tribunal de la Inquisición.

»La noticia no me impresionó mucho, ¡tenía tanta confianza en él! Al fin llegó el día de mi presentación, y rodeada de esbirros religiosos, comparecí ante el tribunal, que no lo describo, porque con pequeñas variantes, era como el anterior: hombres enmascarados, Cristos agonizantes, luces trémulas, y voces sepulcrales que hacían temblar al más valiente. Allí me hablaron de una denuncia hecha por una mujer que había vivido conmigo, que si la reconocería al verla: dije que sí, y mandaron entrar á mi acusadora. Cuando la ví, ahogué un grito de espanto, ¡qué horrorosa estaba! nada quedaba de aquella hermosa niña, ni de la mujer encantadora que ví después: la peste

había dejado en su rostro sus huellas indelebles; sus mejillas roídas, su nariz desfigurada, sus labios ennegrecidos, era un monstruo de fealdad; su cuerpo y su alma se habían fundido para hacer de una mujer hermosa un montón de carne repugnante, ¡pobre María! la infeliz estaba trémula y habló con tal incoherencia que no se tomaron en cuenta sus declaraciones. Me preguntaron si tenía visiones, y yo siguiendo las instrucciones de mi amigo el sacerdote, conté sencillamente la verdad: Varios encapuchados dijeron:—¡Blasfemia!—¡Blasfemia! ¿qué sabéis vosotros? grité indignada, si no conocéis la grandeza de Dios.

»—¡Amordazadla! gritaron iracundos, ¡qué miedo tuve entonces! después deliberaron y dictaron mi orden de prisión, y aquellos sayones me ataron los brazos á la espalda y me condujeron á un calabozo, donde no había ni una piedra donde sentarse; una lucecilla moribunda, colocada dentro de un pequeño nicho, hacía más horrible aquella densa obscuridad. Al quedarme sola me dejé caer en el suelo y grité:— ¡Jesús! ¿cómo me has abandonado?... Y entonces le ví más hermoso que nunca y me dijo:—No te abandono, si voy contigo,

tienes tan poca fe, que tu poca fe te impide verme.

»—¿Verdad que no me quemarán?

»—No; tu martirio no será del cuerpo, será del alma: entre el fuego que quema la carne, y el fuego de los celos ¿qué fuego prefieres?

»—¿Qué fuego abrasa más?

»—El de los celos.

»—Pero ya no tengo de quien tener celos.

»—Los tendrás.

»Mirando á Jesús, oí abrir la puerta y se presentaron muchos enmascarados; uno de ellos se adelantó, comprendí que era mi amigo el sacerdote, y me postré ante él pidiéndole misericordia; él me dijo:—¿Juráis de nuevo que habéis visto á Jesús y que habláis con él? y añadió por lo bajo: decid que sí. Entonces repetí lo que había dicho, y dije más aún, dije:—Aquí, ahora mismo, he hablado con Jesús, le he visto y le he hablado.

—¡Qué horror! dijo mi amigo, pues moriréis quemada en la plaza pública y se aventarán vuestras cenizas.

»Todos se marcharon y me quedé hecha un mar de confusiones. ¿Me habría vendido? ¿le habrían encontrado mis escritos? ¡qué misterio tan horrible!... ¡qué dudas

tan crueles! ¡qué horas tan interminables las de aquella noche! me tiraron un mendrugo de pan negro, la sed me devoraba y bebí mi llanto, que era más amargo que la hiel, que no hay nada más amargo que el llanto del desengaño!

»Al día siguiente volvieron los enmascarados, me desataron los brazos y me sacaron del calabozo; y como la otra vez, me hicieron dar vueltas á una noria gigantesca y cuando ya no podía tenerme, cuando iba á caer en el suelo, una mano poderosa me levantó y me hizo entrar en un salón muy hermoso, sin negros tapices, ni Cristos agonizantes, ni luces trémulas; entraba el Sol por altos ventanales; rodeando una gran mesa, había muchos sacerdotes sin capuz ni antifaz; presidiendo aquel tribunal más humano estaba mi amigo el sacerdote. Me hicieron sentar en un sillón, me dieron un cordial, y me dijo mi amigo:—Hablad sin temores ni recelos, no tembléis ante el tormento, no creáis que moriréis en la hoguera, hablad; estáis entre hermanos; y animada por sus miradas amorosas, conté mi vida haciendo relación minuciosa de todas mis visiones y de las curas que había hecho. Duró varios días mi confesión general; y me dieron un hospedaje digno de una princesa, dos mujeres estaban á mi servicio

adivinándome los pensamientos; y durante las horas del interrogatorio, como sólo veía rostros amigos, hablé con elocuencia, expuse mis ideas con toda claridad, y cuando se dieron por satisfechos, vino á verme mi amigo el sacerdote, y me dijo muy conmovido:—Si no fuérais religiosa os abrazaría con todo mi corazón; habéis subido al cielo por vuestra relación; se han quedado asombrados, maravillados, ¡cuánto he tenido que trabajar para salvaros! ¡cuánto! ¡no querían reconocer la verdad! pero al fin he triunfado y saldréis libre; y la iglesia os guardará un altar para mañana.

»¡Qué hermoso estaba! ¡con qué entusiasmo hablaba! ¡me quería! me lo había dicho, ¡me querría siempre!... ¡siempre, sí! y de pronto pensé en lo que oí en el calabozo, y murmuré temblando: ¡Ay! ¿si tendré el tormento de los celos?»



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
LXII.	5
LXIII.	21
LXIV.	35
LXV.	49
LXVI.	67
LXVII.	81
LXVIII.	95
LXIX.	107
LXX.	121
LXXI.	133
LXXII.	145
LXXIII.	161
LXXIV.	175
LXXV.	189
LXXVI.	203
LXXVII.	213

CASA EDITORIAL

DE

CARBONELL Y ESTEVA

Rambla de Cataluña, 118. - BARCELONA

MISTERIOS DEL ALMA

En rústica. . . 1 pta. = En tela y plancha. 2 ptas.

La Psicología de las Religiones

En rústica. . . 1 pta. = En tela y plancha. 2 ptas.

Guía práctica del Espiritista

En rústica. . . 0'75 ptas. = En cartoné. . . 1 pta.

La misericordia es la justicia
en su más elevado concepto

Interesante folleto. 0'25 ptas.

LA CIENCIA DE LA VIDA
Ó LA CARIDAD EN ACCIÓN

En rústica. . . 2 ptas. = En tela. . . 3'50 ptas.

REPRESENTANTES DE LA CASA:

REPÚBLICA CUBANA: Sres. Claret y C.^a S. en C., **Cienfuegos**.—
D. Adolfo García, Real, 10, **Manzanillo**.

MÉJICO: D. Sixto Valderrama, 2.^a Benito Juárez, 205, **Córdoba**.—
D. David Sanguinetti, calle 49, 488, **Mérida de Yucatán**.